



María abraza fuerte a su hijo.

Sentía un inmenso deseo de llorar, y para colmo se reprochaba a sí misma el hecho de estar triste, como si no tuviera ningún derecho a ello.

Se había pasado toda la noche sonriendo en el hermoso café donde trabajaba, porque ése era el único modo que tenía de ganarse la vida, una vida que la había llevado hasta Madrid, de donde, como si se tratara de una cárcel, ya no podía salir.

Habían pasado tantas cosas desde su llegada a aquella ciudad que le parecía que debía haber transcurrido una eternidad desde su primer aterrizaje en Barajas.

Ahora tenía ya treinta y cinco, una mala de edad para una mujer sola y con un hijo.

Diez años hacía que se había ido de Argentina, y sabía que no podía regresar.

En el 2000, cuando las cosas no andaban aún muy mal en su país, en un viaje a Europa con sus amigas, en Venecia, en la plaza de San Marcos...

Aquello que recordaba tan lejano le parecía un sueño, el sueño de su vida, el único, pues el resto semejava más bien una pesadilla, como ahora, que había llegado a casa y se había encontrado con que Miguel tenía fiebre.

Miguel también había sido concebido como una pesadilla el día más trágico que ella podía recordar.

Habían pasado ya siete años, aunque si Miguel no estuviera ahí cada día para recordarle que el tiempo transcurría inexorablemente, podría haber sido ayer.

Al día siguiente su hijo tendría que quedarse solo en casa mientras ella iba a trabajar.

Se le partía el corazón, pero no era fácil salir adelante y menos con una criatura a cuestas.

Las lágrimas se le acumulaban en la garganta formando charcos en los que le parecía que podrían llegar a croar ranas de grandes que eran.

Ese pensamiento la devolvía a su infancia, o quizá a la adolescencia.

La última vez que había escuchado el canto de una rana había sido cuando era virgen y se paseaba de la mano de su primer novio por un parque de Buenos Aires.

Aún podía recordar los nenúfares de aquel estanque.

Sonreía con amargura porque aquel pensamiento la había llevado al libro de Boris Vian y a la tristeza que le había producido su lectura hacía unos meses, cuando aún era invierno, verano en su país, estaba acatarrada, con una congestión que no se le pasaba con nada, y se había imaginado ella misma con un nenúfar en el pecho, respirando con dificultad y muriendo sin remedio.

Sin embargo, con un hijo a su cargo, ni siquiera podía permitirse el lujo de abandonar el mundo, aunque no le importaría.

Se encontraba exhausta y el día siguiente amenazaba agotador.

Tendría que irse a dormir pero no tenía sueño, tan sólo la necesidad imperiosa de solucionar algo que no tenía arreglo.

Maldita la hora en la que había conocido a Marcos en la plaza de San Marcos, en Venecia.

Parecía una burla del destino.

Siempre había querido venir a Europa precisamente para conocer aquel inmenso y bellísimo nenúfar.

Había soñado con encontrar un novio italiano, con vivir una historia de amor sin límites, y entonces había aparecido Marcos.

Pero tras casi cuatro años absolutamente felices, llegó el desastre, y el mal, en forma de dolor, se le había ido prendiendo del pecho hasta consumírsele.

Fuertemente aprieta a su hijo contra su corazón y le besa en la frente, sintiendo el calor abrasador en sus labios.

Mario hojea sus libros de filosofía.

Últimamente se sentía inspirado para escribir cualquier cosa que su director de tesis le pidiese para publicarla donde fuese.

Sin duda la crisis mundial le estaba favoreciendo al poner en evidencia el sistema capitalista.

Al final se hacía patente que este macrosistema económico, basado en el librecambismo, estaba abriendo una brecha en la sociedad que a él le permitía escribir cuantos artículos desease.

Respiraba hondo, aspiraba el frescor del aire de Ciempozuelos, y se ponía de nuevo a trabajar.

Escribía como si una especie de inspiración divina le dictase aquello que debía decir. Su cerebro recibía la información como si en su disco duro, a través de años y años de aprendizaje, se hubiera grabado todo aquello que ahora él no hacía más que pasar a un procesador de texto.

Se notaba fuerte y poderoso como debían haberse sentido en su momento sus ídolos y maestros.

Era como si todos ellos se hubieran aliado, conectándose entre sí a través de su pensamiento, y finalmente hubiera llegado el momento de sacar a la luz sus obras con el fin de esclarecer a la humanidad.

¿Quién había dejado de creer en el marxismo?, se preguntaba.

Nadie, y menos ahora, se respondía.

El único problema es que nos encontramos divididos, y no saldremos de este atolladero mientras no consigamos uniros, aunque precisamente de lo que trata el poder es de aislarnos.

Entonces, nostálgico, recordaba a su ex novia Mireya.

Ella tocaba el violín.

Concentrándose, podía aún escuchar la melodía del final de La lista de Schindler y luego sentir sus manos acariciándole.

Todavía se le erizaba la piel al recordarlo.

Cerró los ojos añorando la suavidad de sus labios, tratando de rememorar en vano el olor de sus cabellos recién lavados.

Se pasaban tardes enteras en su habitación.

Para ella sólo existían él y la música.

Para él la filosofía y ella, sin embargo...

No debía pensar en lo que había sucedido porque le hacía sufrir y le impedía trabajar. Spinoza, monismo y determinismo, eso es lo único que ahora ha de guiar mi razón, se decía.

Y así pasaban las horas de aquella noche de mayo hasta que los cantos de los pájaros le sacaron de su ensoñación.

El fin de las ideologías, me río yo.

Era como si el propio Marx se encontrara a sus espaldas insuflándole fuerza y valor. Su vida tenía un sentido, y era el de luchar por el porvenir de una ilusión.

Los párpados le pesaban, pero no quería irse a dormir.

Le gustaría permanecer siempre rodeado de sus libros de filosofía y que de ellos brotaran todas aquellas cosas de las que su cuerpo y mente tuvieran necesidad.

Ahora le gustaría que Mireya entrara en su cuarto.

Miraba hacia la puerta, y al ver que no se abría, coge un libro y comienza a hojearlo deteniéndose en una frase que había subrayado en algún momento: "El progreso social puede ser medido por la posición social del sexo femenino".

Miriam se enfrenta al fin, por primera vez en su vida, a la página en blanco.

Siempre había querido ser escritora.

Trabajaba en una revista femenina desde hacía muchos años.

¿Cuántos?

Había perdido ya la cuenta.

A los veinticinco había conseguido aquel trabajo en el que había pasado los dos primeros años con un contrato de prácticas y media jornada, cuando en realidad permanecía allí encerrada más de diez horas al día.

Al principio le pagaban una miseria, pero no le importaba porque lo único que quería era trabajar.

Tampoco es que ahora cobrara mucho, pero no se arriesgaría a dejarlo por nada del mundo.

Siempre había sido muy activa, nerviosa, fumaba, se mordía las uñas y no paraba de tocarse el pelo, la cara y la ropa.

La moda era como su religión, aunque después de haber trabajado tanto tiempo para aquella revista comenzaba a odiarla.

Se diría que estaba sufriendo una crisis de fe.

Por un momento pensó en comenzar así su novela, aunque no le parecía razonable criticar lo que llevaba enalteciendo quince años.

Quizás la moda no era el problema, sino su labor, ya que lo único que hacía era ofrecer nombres de marcas y precios, como en un catálogo, para que así las lectoras pudieran saber a donde tenían que dirigirse para conseguir lo que querían.

Sin embargo incluso ella misma, después de saberse de memoria todo lo que había en el mercado, terminaba yendo a donde era más barato porque su sueldo no le permitía otra cosa.

A tener hijos ya había renunciado, y en parte se alegraba, aunque su madre no había perdido la esperanza.

Compartía piso con su hermana y la novia de su hermana.

Menos mal que no se le había ocurrido meterse en una hipoteca cuando vivía con su novio, aunque a punto habían estado.

Después de haber pasado diez años juntos, se habían dejado.

Al principio lo pasó mal, pero ya le daba igual porque los hombres le importaban más bien poco, y se había dado cuenta de que podía vivir perfectamente sin ellos.

En su novela tendría que hablar de relaciones amorosas, pero cómo empezarla.

También podría tratar del amor homosexual.

No es que ella lo conociera personalmente, pero le parecía más realista.

El ejemplo era que su hermana llevaba con su novia casi veinte años.

Le gustaría escribir algo tan impactante como Los monólogos de la vagina.

Sonreía recordando aquella vez que había publicado una entrevista de la autora, que por cierto había llegado ya escrita a la redacción.

En realidad más que redactora jefe podrían llamarme copiadora jefe, meditó.

Al menos descubrí que existía al clítoris.

Antes nunca le había dado importancia al sexo, no en vano me metieron mis padres en un colegio de monjas y mi abuelo era militar.

Volví a sonreír.

Y pensar que después de diez años juntos, cuando lo habíamos dejado, tuve por primera vez un verdadero orgasmo.

Tras varias horas sentada en el ordenador, la página continuaba en blanco.

Entonces se levanta y va a buscar al armario su juguete favorito.

Se desnuda frente al espejo y termina gimiendo de placer como cada noche.

Moncho duerme plácidamente.

Trabajaba como barrendero, pero lo que le gustaba era el cine.

Necesitaba ganar dinero y ese empleo se lo proporcionaba sin problema.

Para dedicarse a lo que le gustaba aprovechaba cada minuto que tenía libre.

Cuando cogía una cámara, el mundo entero se transformaba.

Todavía era muy joven, y por eso aún no había tenido tiempo de ver todas las películas que le hubiera gustado.

Sus directores favoritos eran los clásicos: John Huston, Billy Wilder, Hitchcock...

Lo tenía clarísimo, lo importante era conseguir un bellezón y ponerse a grabar.

Las mujeres de los años cincuenta le parecían perfectas porque cualquier actriz de esa época, con aquellos vestidos tan estrechos que llevaban, se convertía en una bomba.

Según él, el cine era como la guerra, por eso los gobiernos trataban de subvencionarlo.

Estaba convencido de que si conseguías que la protagonista de tu película hiciera caer rendidos a sus pies a los del país enemigo, habrías ganado no sólo mucho dinero, sino una batalla cultural sin cuartel.

Por ejemplo Godard lo había logrado para gloria de su país, y aunque Madrid no era París, él no perdía la esperanza de encontrar a su Anna Karina.

Por eso disfrutaba tanto de su trabajo, porque podía ver diariamente a cientos de mujeres como si se tratara de un casting.

Además, mientras barría pensaba, imaginaba, y de este modo su labor intelectual nunca cesaba.

Había escrito ya varios largometrajes y se los había enviado a algún que otro productor, aunque sin mucha esperanza.

Se sentía seguro de sí mismo y no se preocupaba porque sabía que su momento habría de llegar.

De lo que más se alegraba era de no haber ido a la universidad.

Alguna vez había visitado las facultades en las que estudiaban sus amigos del barrio y había visto que allí se pasaban todo el día perdiendo el tiempo.

Cuando les preguntaba qué habían aprendido al final de cada curso, apenas conseguían responderle.

Él, ya cuando estaba en el instituto, prefería ir al cine, y luego, cuando se había vuelto prohibitivo además de malo debido a la invasión norteamericana, empezó a acudir diariamente a su cineclub favorito al salir de trabajar.

Había nacido en Móstoles, y aunque vivía por su cuenta, no como sus amigos estudiantes, prefería seguir allí porque le gustaba el barrio, ya que era como una pequeña ciudad de provincias o un pueblo donde la gente aún se conocía.

También tenía amigos en Alcorcón.

De hecho allí había descubierto a una preciosidad que además quería ser actriz, pero no pudo ser porque a la pobre se le ocurrió ponerse una maldita ortodoncia.

En realidad lo que le faltaba a la chica, como a la mayoría, era confianza en sí misma.

Pero ése no era su caso, porque a pesar de proceder de una familia humilde, lo tenía clarísimo, seguiría los pasos de Amenábar.

La cuestión era encontrar a pivones como Eduardo Noriega y Penélope Cruz.

Según él ése había sido el secreto de su éxito, aunque ahora ya no le admiraba porque para su opinión había perdido todo el mérito al recurrir a actrices extranjeras con el fin de impresionar al público.

Su estrella sería española y conquistaría el corazón del mundo entero.

Al fin la había encontrado: su caminar era sinuoso como el de una serpiente y parecía brotar fuego de su mirada.

Pero él, cómo no, se encontraba soñando.

Marta está viendo su serie favorita.

Antes tenía novio y vivían juntos, pero un buen día le había dicho que iba a comprar tabaco y no había vuelto a verle nunca más.

Parece una broma, pero no lo es, y menos para ella.

Si ya antes vivía angustiada, según su psiquiatra por falta de seguridad en sí misma, a partir de ese día muchísimo más.

Ya había pasado un año y dos meses desde entonces.

Para saber algo de él, accedía a su cuenta corriente.

Trabajaba de cajera en un banco, a pesar de haber estudiado antropología.

Poco había aprendido durante la carrera, la verdad.

Recordaba algunas obras clásicas que había leído, pero sería incapaz de explicar su contenido.

Sabía simplemente que trataban de otras culturas, las cuales pensaba que jamás llegaría a conocer.

Lo cierto es que no se imaginaba en una isla del Pacífico, ni en Sudamérica, y menos aún en África.

Precisamente su hermano, especialista en economía africana, había vivido en Senegal.

Ahora trabajaba en Londres, se había convertido al Islam y casado con una tunecina.

Para ella ese mundo era demasiado complejo.

Una vez había estado a punto de encaminarse por la árida senda de la investigación, pero un accidente se lo impidió.

Bajaba por las escaleras de la facultad de Somosaguas, resbaló, y se rompió una pierna.

Aquello le había parecido una metáfora, no en vano le apasionaba la hermenéutica.

Justo antes de la caída iba pensando en ampliar sus horizontes, viajar a diversos continentes y conocer verdaderamente el mundo con mayúsculas.

Pero cuando se encontró en el fondo de las escaleras y sin poder caminar, presintió que nunca se movería de Madrid mas que en vacaciones.

Y así fue.

Ella, que había sido siempre la aventurera, comenzó a pasar la mayor parte de su tiempo libre en casa junto a su madre.

Sin embargo, su hermano, el empollón, aún estudiando Económicas, empezó a pedir becas para irse a países lejanos, y no regresó nunca más al hogar.

En su lugar dejó a una senegalesa que se encargaba de todo en la casa de sus padres de Torreledones y en la suya del barrio de Salamanca.

Eso, el que una persona pudiera sentirse tan afortunada simplemente por encontrarse en Europa, la consolaba.

En el fondo aquí no se vive nada mal, pensaba mientras comía cacahuetes salados despatarrada en el sofá.

Tenía amigas sofisticadas, una incluso había hecho la carrera diplomática, aunque estaba enganchada a la cocaína como su ex.

En realidad ella siempre había sospechado lo de su novio, porque su amiga nunca se lo había ocultado, como hacía él, que se gastaba en supuestos negocios miles de euros que salían de una de las múltiples cuentas corrientes de sus padres.

Ellos querían que su hija viviera a lo grande y que su pareja también.

El dinero lo habían heredado de su abuelo falangista que después de la guerra había conseguido un buen puesto en el gobierno.

Su vida le parecía de lo más normal y aburrido, por eso para divertirse necesitaba ver casi a diario Sexo en Nueva York, y eso es lo que está haciendo.

Marcial se encuentra en la calle, tumbado en un banco, porque desde hacía unos meses aquel era su hogar.

Se había venido solito a Madrid en los ochenta, cuando era un crío.

No tenía aún ni los dieciseis, y ya se había puesto a trabajar como camarero.

La razón que le había llevado desde la Línea de la Concepción hasta el madrileño barrio Argüelles, en el que llevaba viviendo veinticinco largos años, había sido una de las más comunes del mundo: los malos tratos en su casa.

Su padre era un bestia que les pegaba palizas a la madre y a los hijos.

Todos los vecinos lo sabían, pero callaban.

La ley del silencio era lo que más le fastidiaba.

Se suponía que todos debían hacer lo mismo llegado el momento, pero a él, que la naturaleza le había hecho enclenque, no le daba la gana.

En realidad, eso mismo que pasaba en su casa, se veía a todas horas en la calle y en el colegio, donde los chicos se liaban a puñetazos y las chicas a tirarse de los pelos ante el mínimo desacuerdo.

Sin embargo desde pequeñito había tenido muy claro que prefería dejarse matar antes de hacer daño a un semejante.

En el fondo se sentía feliz en su fuero interno porque tenía la conciencia tranquila.

Siempre trataba de ser amable, y ahí había radicado su éxito laboral.

La verdad es que nunca le había faltado trabajo hasta la llegada masiva de inmigrantes a la ciudad.

Pero no les echaba la culpa a ellos.

Ni siquiera a sus jefes, dueños de un prestigioso restaurante al que iba a cenar todos los viernes un destacado miembro del Partido Socialista Obrero Español, y también del bar donde él se había pasado diez largos años sirviendo cañas fresquitas y tapas deliciosas.

Sin duda habían sido los cuarenta.

Edadismo lo llaman, y al parecer es el tipo de discriminación que más afecta hoy en día a nuestra sociedad.

A pesar de haberse convertido de la noche a la mañana en un sin techo, moralmente se encontraba bien, por el momento.

De comer no le faltaba porque la gente del barrio, que lo conocía de vista desde que era un crío, y a casi todos les había invitado alguna que otra vez, estaban siendo generosos con él.

Además ya había llegado el mes de mayo, con lo cual lo peor había pasado.

Lo único que le faltaba era una habitación como la que había tenido durante veinticinco años en una pensión de Guzmán el Bueno.

Era su calle favorita y por eso había querido continuar viviendo allí, donde al menos la gente le conocía.

Y no es que el tal Guzmán el Bueno le pareciera ninguna joya.

Muchos de los vecinos, la mayoría, ni siquiera sabían quién era.

A él le habían contado la historia en una excursión del colegio a Tarifa.

Resulta que luchando contra los moros, había ofrecido a éstos una daga para que sacrificaran a su hijo con el fin de demostrarles que ni con esas se rendiría.

Otra cosa que siempre le había irritado profundamente, era la aversión de los cristianos hacia los moros.

En donde él había nacido, por desgracia, quizá porque se encontraban en la frontera y habían pasado muchos siglos en guerra, el odio hacia ellos era brutal.

No es que se estuviera volviendo loco, pero cree que por pretender simplemente ser amable se encuentra allí solo tumbado en un banco.

Muriel, con su copa de whisky escocés favorito en la mano, disfruta de la fiesta en casa de un amigo francés, como ella, que vivía en Bilbao, el barrio.

Le apasionaba España debido al clima, por eso había decidido estudiar lenguas extranjeras, especialidad español, para pasar las vacaciones en la playa.

Había nacido en Lyon, aunque había vivido durante toda la carrera en París, con su novio.

Él había estudiado también filología, como lo llaman aquí, aunque a ellos “el amor por las palabras” no le parecía el modo apropiado de denominar una carrera.

Por cierto, ésa era otra palabra española que a ellos les sonaba muy mal.

La carrera, como en inglés, era la trayectoria profesional.

Y es que puestos a poner objeciones, nadie les superaba.

Manu, su novio, era así, se pasaba el día criticándolo todo, desde el fútbol a la CocaCola

pasando por los vaqueros, que le parecían una verdadero símbolo de alienación.

A ella alguna vez le hubiera gustado ponérselos, pero nunca se había atrevido en los diez años que llevaban juntos.

Se habían conocido en el instituto, y el enamoramiento había sido total por ambas partes.

Él era alto y guapo, con el pelo largo, lo cual no terminaba de convencerle, pero tenía la esperanza de que algún día se lo cortaría.

Ella era la hija única de una profesora y un juez.

Y sus padres, siempre tan generosos, les habían pagado a ambos los estudios; ya que los de Manu, la verdad, financieramente eran un desastre.

Por una parte a su familia le sobraba el dinero, y por otra estaba casi segura de que su novio, un filólogo en el verdadero sentido de la palabra, llegaría algún día a convertirse en un gran escritor.

Ella quería ser profesora de secundaria.

Se había presentado a las oposiciones nada más terminar los estudios, es decir el año pasado por estas fechas.

Lógicamente no las había aprobado, puesto que no había tenido tiempo de prepararlas.

Por eso se habían venido a vivir a Madrid, para que ella pudiera practicar español durante un año y pasar fácilmente el examen, que por cierto sería dentro de dos semanas.

Estaba convencida de aprobar.

Siempre se había encontrado tan segura de misma...

Aunque tampoco era difícil sentirse así si montaba a caballo, tenía la ropa más elegante que ninguna chica de su edad pudiera soñar, y para colmo la naturaleza la había hecho exuberante.

El primer chico del que se había enamorado había caído rendido a sus pies, y era un amante extraordinario, haciéndole elevarse hasta las estrellas cada vez que hacían el amor.

La verdad es que ahora lo hacían con menos frecuencia, aunque ella se consideraba tan enamorada de él como antes.

El vivir en España les había unido aún más si cabe.

Aquí ella no tenía amigas.

En casi un año no había conseguido intimar con ninguna española.

Le parecían demasiado alocadas y poco sensibles, nada delicadas.

Por no hablar del mal gusto que tenían para vestirse.

El ejemplo es la gorda que está hablando en este momento con mi novio, que lleva un vestido que no se lo pondría ni mi abuela, piensa mientras saborea su whisky favorito, un Glenfiddich de reserva.

Modu, que charla tranquilamente con sus amigos en la plaza de Lavapiés, era uno de esos afortunados que habían logrado llegar desde el África subsahariana a Europa, la tierra prometida.

Las vicisitudes del viaje habían sido tantas que podría escribir un libro.

Lo había planeado durante al menos cinco años, y otros tantos había tardado en conseguirlo.

Las autoridades españolas le habían enviado por dos veces de vuelta, pero él había logrado regresar.

Claro que no se arrepentía puesto que su vida aquí era mucho mejor de lo que nunca hubiera podido soñar.

El suelo, para empezar, no era de tierra, sino que estaba limpio como una silla, y dichoso el que tuviera una en su país.

Recordaba que cuando le había tocado vender cedés, como a todo recién llegado, la gente, sobre todo mujeres, le preguntaban si no le parecía espantoso pasarse el día tirado en el suelo.

Estaba claro que no habían visto la aldea de la que venía.

Allí hasta en las casas, chozas, el piso era de tierra.

Las farolas le fascinaban, y al principio le parecía mágico el hecho de poder ver durante la noche con tal claridad.

Los trenes, los autobuses, las tiendas, las iglesias, los parques, pero sobre todo las mujeres, le parecían un verdadero prodigio.

Y luego estaban los aparatos electrónicos, que para él eran sin duda lo mejor.

El hecho de tener un teléfono móvil en el bolsillo, por alguna extraña razón, le hacía sentirse un rey.

Desde que había llegado a Europa era como si hubiera evolucionado.

A veces se arrepentía de pensarlo porque verdaderamente eso significaba que despreciaba su propia cultura, pero es que objetivamente la europea le parecía un millón de veces mejor.

Tenían agua, refrescos, patatas fritas, gominolas...

Podría pasarse un día entero enumerando todo lo que había descubierto al llegar.

La Coca-cola le encantaba, incluso el fútbol, y especialmente llevar pantalones vaqueros.

Había que reconocer que le sentaban bien.

No había mujer que al pasar se resistiera a mirarle el culo, y precisamente por esa razón se pasaba allí horas y horas, hasta que llegaba la que quería agarrárselo y gozar de verdad.

Sus admiradoras sabían donde encontrarle, en la plaza a partir de las diez.

No se consideraba un prostituto, nada de eso, sino que le parecía que esta cultura tan avanzada tenía de todo excepto hombres que supieran follar.

Era como si todos estuvieran afeminados.

Cuando veía pasar a los chicos emitiendo gritos, haciendo aspavientos y moviendo las caderas como jovencitas desesperadas, no se lo podía creer.

Luego estaban los que empinaban demasiado el codo; por cierto, la mayoría.

Entraban en un bar y salían al cabo de unas horas vociferando, gesticulando de un modo extremado, y meneando más el culo si cabe.

Entonces él y sus amigos se miraban de reojo y se reían porque sabían que eso significaba que en la cama no valían para nada, y que por cada uno de esos habría al menos una mujer carente de eso de lo que todos tenemos tanta necesidad como de comer.

Dos treintañeras se aproximan, son gemelas, y al parecer están locas por él.

Mónica baila en una fiesta a la que había ido con una amiga que hacía intercambio de conversación con una francesa.

Era arquitecta, bueno, había estudiado arquitectura, pero no tenía trabajo.

Al menos se había presentado a unas oposiciones para dar clases de dibujo en Castilla la Mancha y había aprobado, pero eso no significaba que hubiera conseguido una plaza.

Estaba en las listas, lo que quería decir que en caso de baja de un profesor, la llamarían para hacer una sustitución.

De hecho ya la habían llamado hacía unos meses para dar clases en un instituto de Seseña, pero al final se había quedado sin el trabajo porque un inspector había averiguado que la profesora a la que sustituía no estaba tan enferma como decía.

Resulta que aquel municipio de Toledo necesitaba profesores porque a él se habían ido a vivir miles de familias madrileñas.

Era gente que procedía de otros barrios del sur de la ciudad, que al casarse y tener hijos habían tenido que descender aún más en la escala urbana.

La media de veinte kilómetros para llegar desde los barrios pobres hasta el centro de la ciudad, se había duplicado tras ese pelotazo inmobiliario; aunque a ella le parecía que el balón se les había salido del área.

Recordaba, mientras bailaba, que todo había empezado hacía unos diez años cuando España estaba a punto de entrar en el euro.

Por entonces se decía que había mucho dinero negro, y se aprovechaban las ventas de pisos para blanquearlo.

De repente la idea del negro y el blanco le hizo pensar en la imagen del ying y el yang.

A continuación se imaginó aquel negocio como un pozo negro, a hombres saliendo de entre los excrementos con las manos llenas de billetes, y a mujeres lavándolos, frotando concienzudamente hasta transformar las pesetas en euros.

Suponía que el mundo humano era así, que había pozos de agua limpia y pozos de agua sucia; mientras que en la naturaleza lo puro y lo impuro no se encontraban segregados, sino que los animales dejaban sus excrementos donde les coincidía sin por ello mancillar su mundo.

Así solía pasarse el día, pues tenía mucha imaginación.

Su padre, que la adoraba pero que había muerto de cáncer cinco años atrás, la animaba

a hacerse escritora.

Pero a ella la arquitectura también le parecía un buen terreno para emplear la imaginación, como habían hecho grandes maestros como Gaudí.

Además consideraba que los modos de habitar el espacio deberían cambiar, volverse todo más versátil, y las relaciones humanas también.

Su ideal, cuando empezó la carrera, era el de lograr construir viviendas sociales, o al menos edificios públicos.

Jamás aceptaría dibujar los típicos bloques de viviendas, porque le recordaban a las celdillas de las obreras y a las cárceles.

Había viajado a Portugal para ver la obra de Álvaro Siza, aunque en Berlín también había visitado su edificio conocido como Bonjour tristesse, tan gris como la vida en las ciudades, pero al menos se trataba de una bella metáfora de hormigón.

La materialidad de aquella obra tan profundamente espiritual le había llevado a recordar la bella pagoda de Fisac situada a orillas de la Avenida de América, más allá de las torres blancas de Oiza.

Su derribo me parece también otra buena metáfora de la triste realidad urbanística en Madrid, medita sin dejar de bailar.

Mohamed, que vivía encima de la tienda que regentaba, hace manualmente las cuentas mientras su mujer española lavaba los platos tras haber acostado a los niños. Ella no sabía que estaba también casado en Marruecos, pero aunque el Islam prohibía mentir, para él la vida consistía en un juego en el que la astucia siempre triunfaba. Para tener contenta a la esposa española, se había inventado una familia falsa en Tetuán, mientras que la verdadera vivía en Tánger.

En los veranos, cuando iban de vacaciones, sobornaba a unos ancianos que se hacían pasar por sus padres.

Luego, para poder visitar a su mujer marroquí, se cogía un coche viejísimo, el primero que encontraba, y se dirigía a su país a comprar los artículos que necesitaba para la tienda.

También aprovechaba el viaje para visitar a otras amiguitas suyas, aunque esas no eran mujeres con las cuales un hombre honrado debiera procrear.

Él, por supuesto, se consideraba moralmente intachable porque su prioridad vital era la de mantener a la familia y hacerla lo más extensa posible.

Aunque aún era joven, tenía ya muchos más hijos de lo que nunca hubiera imaginado, y los que le quedaban.

Importando hachís de modo clandestino, se había montado en el dólar.

Eso, lo de sancionar el consumo de un producto sano y natural, le parecía realmente incongruente por parte de la cultura occidental, mientras que el alcohol, mucho más daño por artificial, estaba permitido.

Pensaba que los occidentales estaban llenos de incongruencias, aunque comprendía que se trataba simplemente de cuestiones de índole cultural.

Algo que sí le gustaba de la cultura europea era el que las mujeres estuvieran liberadas y se pasearan ligeras de ropa para deleite de los varones.

A la suya la había conocido en un restaurante de comida marroquí.

Por aquella época trabajaba como teleoperadora e iba a clases de danza del vientre.

Esa misma noche le pidió que bailara para él y aceptó.

Eso en su país hubiera significado que no debería haber nunca establecido una relación seria, sin embargo al final resultó ser una chica formal.

Por entonces, como llevaba aún poco tiempo en España, creyó que la mayoría eran como ella; pero ahora le parecía que en realidad había sido un milagro encontrar una mujer así.

Para él se trataba de un verdadero tesoro, la alhaja más valiosa que nunca pudiera imaginar teniendo en cuenta como estaba el percal.

La inmensa mayoría le parecían como esos brillantes de plástico con los que se hacían collares y adornaban los vestidos, es decir falsas, de las cuales uno no se podía fiar; cuando un hombre lo que necesitaba a su lado era una compañera fiel que nunca le fuera a traicionar.

A él, si le iba tan bien, era gracias a ella; aunque jamás podría confesárselo porque sino se volvería vanidosa y su alma se infectaría hasta pudrirse.

Si la trataba así, con desdén, era por su propio bien y el de sus hijos.

En el fondo él estaba atento a sus necesidades.

Por ejemplo, ahora, mientras ella fregaba los platos, más que concentrarse en sus ingresos, calculaba por cada ruido que llegaba de la cocina su estado de ánimo.

Por el poco ímpetu con el que lo hacía, deducía que estaba cansada, y entonces iba a tratar de no pasar esa noche demasiado tiempo gozando del sexo.

Si todos pensaran como yo, en la persona que tienen a su lado, el mundo iría mucho mejor, medita olvidándose de sus propios beneficios y pensando en los de toda la humanidad.

Melissa había tenido un día agotador, y se mete en la cama casi vestida porque al día siguiente tendrá que volver a levantarse a las siete.

Su vida, al menos hasta que se casó, había resultado de lo más azarosa.

Para empezar nació en Nueva York, de padre español, gallego, y madre cubana.

Sus padres se divorciaron cuando ella tenía cuatro años, casi cinco.

Todavía lo recordaba como algo traumático porque adoraba a su padre, y él los abandonó por otra mujer.

Como su madre no tenía ningún familiar en Norteamérica, ya que había huido sola de su país, y no sabía a donde ir con sus dos hijos, ella y un recién nacido; se le había ocurrido viajar a la aldea de su esposo.

Al llegar allí, con tan solo cinco añitos, se había dado cuenta de que los habitantes de aquella región eran más bestias que los animales de los que cuidaban y se alimentaban.

Su padre debía haber sido el más refinado del pueblo, y ella, al hacerse adulta, comprendió la razón que le había llevado a atravesar el océano y a no querer nunca más regresar.

Su madre, que aún estaba enamorada de él, pensó que se cansaría de su idilio y regresaría al hogar.

Y así fue, al cabo de unos años dejó plantada a la otra con un niño, pero antes ya se había buscado la siguiente, y así continuó el muy bribón hasta la actualidad.

Su madre tenía que haber sufrido tanto que ella no se lo podía ni imaginar.

Para empezar, había pasado de usar pañales desechables con su hija, a tener que lavar a mano las compresas de tela que utilizaba con su hijo, porque en casa de su abuela no había ni siquiera lavadora.

En cuanto a tecnología, allí carecían de todo.

Sin duda ése era el motivo por el que el ochenta por ciento de los habitantes habían emigrando, bien a Madrid, bien a París.

Su padre, tan original él, era al parecer el único al que se le había ocurrido la idea de irse a Nueva York.

El condenado era guapo, y como trabajar nunca debía haberle gustado demasiado, había agudizado el ingenio.

Debía ser cierto eso que decía su hermano, también muy apuesto, pero de la acera de enfrente.

Él, que había estudiado una carrera y tenía ideas brillantes, no como ella, que a duras penas había conseguido aprobar tercero de BUP, que se llamaba entonces; tenía la teoría de que el progreso social puede ser medido por la insatisfacción sexual del sexo femenino.

La verdad es que, afortunadamente, en su caso no tenía ningún problema de esos, aunque pudiera deberse al hecho de que su marido era árabe, que teóricamente poseían una cultura mas arcaica.

Sin embargo creía que la engañaba.

Cada vez que viajaba a Marruecos a por género para vender en su tienda, que por cierto la tenía debajo de casa para así mantenerla bien controlada, ella sospechaba que había estado con otra mujer.

Podía verla en sus ojos, e incluso esforzándose mucho sería capaz de apreciar su imagen porque se le quedaba grabada en las pupilas.

Al cabo de unas semanas se le borraba, y así llevaban desde hacía diez años que se habían casado.

En el fondo no le importaba, y en noches como aquella, que se iba rendida a la cama, llega incluso a comprender la conveniencia de la poligamia.

Momo pinta en la calle encapuchado y camuflado entre el gentío del sábado noche, ya que aquello era ilegal.

Se trataba simplemente de arte urbano y libertad de expresión, pero sin embargo estaba prohibido, arriesgándose a ir a prisión o pagar una multa astronómica.

Pero merecía la pena, y estaba seguro de que su estencil iba a gustar.

En él aparecía la concejala de medio ambiente del ayuntamiento de Madrid con una máscara antigás.

Hombre, Madrid nunca había sido Berlín, con hierba junto a las aceras y la gente yendo al trabajo en bicicleta, pero la verdad es que si cobraba un buen sueldo por ocuparse de las condiciones medioambientales de la ciudad, estaba claro que había descuidado por completo sus funciones.

Lo máximo que se le había ocurrido había sido cambiar de sitio los medidores para que los datos se amoldaran a las normas europeas, sin pensar que esas leyes estaban hechas como los mandamientos, por el bien de los seres humanos y no de Dios.

Él y miles de madrileños que escribían en foros ecologistas pensaban que esa negligencia debería haberle costado el puesto, como a su marido las suyas, y tenían fe en la democracia pues en veinte días habría elecciones municipales.

Se trataba de una cuestión de vida o muerte puesto que millones de personas estaban respirando veneno.

La boina de contaminación se había convertido en la noticia estrella, y a pesar de ello no se le había ocurrido mover un dedo; es decir, restringir el tráfico, y ya no digamos implantar un sistema de movilidad ciclista al alcance de todos, como el que tenían en otras grandes ciudades como París.

Él llevaba enfermo desde hacía meses, primero la garganta, luego con fiebre, después un catarro eterno, y al final se le había quedado un moqueo crónico, que según su médica era alergia a la primavera.

¿Pero que primavera si allí sólo había asfalto y por falta de tiempo no había pisado un parque desde hacía años?

Además no era el único, todo el mundo que conocía estaba igual, y lo peor de todo es que eso le consolaba, lo que debía significar que tanto dióxido de nitrógeno le estaba afectando no sólo a los pulmones.

Y pensar que no había querido fumar porros precisamente para no volverse un retrasado mental como la mayoría de los jóvenes de su generación, que entre el alcohol y los canutos estaban todos atrofiados.

Los marroquis fumaban hachís, pero eran normalmente los ancianos los que lo hacían con fines terapéuticos, bien porque le dolían los huesos o simplemente porque querían relajarse y desconectar; mientras que a los jóvenes ni se les ocurría porque lo que pretendían era estar lúcidos, en todo caso agudizar los sentidos, y todo con un fin.

Pues precisamente por eso mismo él se había hecho artista urbano, porque como para ir de tío alternativo había que fumar porros, al menos en su barrio, y él se negaba por la razón mencionada, le había dado por eso que también quedaba muy enrollado.

¿Y todo para qué?

Pues para que iba a ser, para gustarle a las pibas y follar, que sin tener coche por eso de ser ecologista significaba que te tenías que casar, como le había sucedido a él, que ahí donde lo ves tenía dos hijas y unas ganas de salir por la noche para poder tomar un poco el aire que se moría.

Y no es que el aerosol no fuera tóxico, pero al menos quedaba ahí para la posteridad, y no la laca que usaba la susodicha concejala.

Pues la verdad es que debe ser cierto eso de que el arte resulta terapéutico, piensa pudiendo milagrosamente respirar sin dificultad.

Marisa observa la luna con la cabeza apoyada en el vientre de su hermana Marina. Aunque el incesto era el tabú más extendido culturalmente, no le parecía ninguna atrocidad, y menos tratándose de mujeres libres. Ni siquiera era lesbiana, aunque no le importaría. Simplemente amaba a su hermana tanto como a sí misma y para ella aquel amor constituía su única religión. Parecían idénticas, aunque sus vidas resultaban diametralmente opuestas. Una había estudiado ingeniería y la otra filología. Ella era la filóloga, lo cual significaba que estaba en paro, mientras su hermana tenía muchísimo trabajo. Esa noche Modu las había colmado de placer. Le llamaban el hombre-máquina y él se mostraba ufano. Ellas preferían que luego se fuera a dormir a su casa porque, aunque era un cielo, les resultaba agotador no sólo físicamente, sino también porque debían hacer un gran esfuerzo para comprenderle. Alguna vez ella se había ofrecido a darle clases de español, pero en realidad no estaba interesado más que en el sexo. Sinceramente, lo que más les gustaba de él no era su físico, a pesar de esos músculos que parecían los de una escultura de ébano; sino su dulzura y sensibilidad. Lástima que nunca pudieran tener ninguna conversación interesante. Tampoco era el único hombre en sus vidas, ya que a veces salían con chicos separadamente y les gustaba intercambiárselos en secreto. Suponía que para muchos aquello suponía una perversión, pero ellas lo consideraban un modo de protesta contra las injusticias sociales en un mundo donde hasta las relaciones íntimas debían estar estereotipadas y los cuerpos vigilados. También les parecía que el sueño de la Europa del bienestar y la igualdad se estaba yendo al traste por culpa de una horrible mentalidad ambiciosa y egoísta que imperaba sobre la justicia y la equidad. Ellas, desde niñas, sabían que nada hay mejor que la ecuanimidad. Lo cierto es que todo podía compartirse con los demás y no por ello ser menos feliz, sino mucho más. Amar es compartir y compartir es vivir, se decía convencida de ello. Por eso hay tanta gente infeliz hoy en día, y no me extraña. La verdad es que esta sociedad tan desarrollada lo que se ha vuelto es mezquina, tacaña, interesada y miserable. Así no vamos a ningún lado, y tenemos que hacer algo ya. Aprovechando que estoy en el paro, como miles y miles, millones de jóvenes de mi edad, me he vuelto realmente activa políticamente. Desprecio profundamente a los dos partidos que luchan por el poder y que sólo lo emplean para su propio interés. Supongo que debería existir muchísima más intervención de las personas en cuanto a la gestión de sus necesidades. Casualmente, después de haberles propuesto a un par de amigas en el mes de marzo el promover una revuelta de estudiantes yendo a los institutos para concienciar a los más jóvenes de su difícilísima situación, ellos solitos se habían declarado en huelga, y con toda la razón. ¿Qué futuro les espera si la universidad se está convirtiendo en un instrumento más del mercantilismo reinante, y las catedrales del saber están a punto de ser dinamitadas por las ciegas leyes del mercado?, se pregunta realmente preocupada sin poder dormir una noche más a pesar de considerarse absolutamente dichosa.

Manu escribe un verso en francés en honor de una mujer que acababa de conocer. La mano le temblaba, no sabía si de miedo o de emoción. Baudelaire, siempre a su lado, le animaba insuflándole valor. Estaba a punto de llorar de tanta agitación que sentía en el pecho. Lo sentía oprimido como si estuviera a punto de darle un ataque al corazón. Y lo peor es que a unos metros se encontraba su novia, con la que había pasado diez años de su vida. Habían ido juntos a una fiesta de lo más banal. Él odiaba ese tipo de cosas, pero a ella le encantaban. Además sospechaba que el anfitrión, Maurice, un pijo que trabajaba en una ONG y viajaba por el mundo entero gracias a las influencias de su padre, estaba loco por ella. La verdad es que hacían buena pareja. Maurice era alto, incluso más que él, y sabía que a su novia eso la volvía loca. Él era el más espigado de la clase cuando empezaron a salir, aunque más que grande se le podía considerar larguirucho. Al principio creía que con el tiempo se volvería corpulento, pero no, cada día que pasaba adquiría un aire más desgarbado. Para colmo, las entradas le crecían a un ritmo agigantado. Su novia insistía en que debía cortarse el pelo, pero se negaba. En el fondo intuía que él no se adaptaba al estereotipo que a ella le hubiera gustado y que si seguían juntos era simplemente por interés. Cada uno tenía los suyos, completamente diferentes. Él, cuya familia estaba en la absoluta miseria, se había aferrado a aquella relación para poder sufragarse los estudios. La cuestión era que su padre había comerciado con arte robado e ido a la cárcel. Al menos gracias a aquellos cuadros él había descubierto en su más tierna infancia el inapreciable valor de las verdaderas joyas de la humanidad. Así había nacido su sensibilidad hacia la pintura, la cual veneraba tanto o más que la poesía, aunque según su opinión el arte de lo bello se encontraba encarnado por las mujeres. Le gustaban muchísimo, tanto que se podría considerar un adicto a la sensualidad, en la que veía otro modo de poiesis. El ejemplo era que su novia, antes de salir juntos, no era ni mucho menos la más guapa de las de la clase; sin embargo, tras el primer beso, la bella que dormía dentro de ella se había despertado. Sin duda aquella jovencita culona y con granos se había ido modelando bajo el calor de sus caricias. Él podía advertir diariamente las transformaciones en su cuerpo y en su rostro. Ella y su familia, especialmente su madre, estaban encantados con el prodigio cosmético, cósmico, como el amor verdadero. Su padre, si bien económicamente jamás le había ayudado, le había instruído a la perfección. Quizá por ese motivo tanto él como sus hermanos habían nacido verdaderamente agradecidos. Lo cierto es que podría escribir un libro sobre el verdadero arte de amar, aunque por ahora tendría que conformarse con que sus rimas fueran capaces de expresar el candor de aquella joven. Como ella carecía de móvil, le había escrito un e-mail, y a pesar de que no era creyente, estaba a punto de disponerse a rezar para que le respondiera pronto. Por ello, para sobrellevar la espera, la pinta con palabras.

Malaika tiene nombre de ángel, siendo ése precisamente el apelativo que le habían conferido al nacer por tratarse del su progenitor y pertenecer al mismo sexo.

El llevar colgado como un adorno de navidad el órgano masculino, siempre le había irritado, y sabía perfectamente el porqué.

Ni siquiera tuvo que acudir a la consulta de una psicoanalista para recordar como el jefe de su madre, delante suya, la había obligado a hacerle una felación en la oficina de la empresa en la que trabajaba como secretaria.

También recordaba que aproximadamente a la misma edad, en clase de ciencias, había descubierto que existía una categoría sexual singular en algunos animales y plantas; y aún ignorando quienes eran Hermes y Afrodita, había deseado vehementemente pertenecer a ella porque le parecía que debía tratarse de lo más semejante a Dios en versión humana que uno podría imaginar.

Gracias a aquellos dos importantes acontecimientos vitales acaecidos en una etapa tan crucial de su desarrollo personal, ahora se encontraba allí, en la calle Montera, de rojo desde la punta de los tacones de aguja hasta las de los cabellos de la peluca.

En absoluto se arrepentía de haber escogido esa profesión porque la ejercía de un modo muy creativo y singular.

Había nacido ángel y debía proceder como tal.

Los ángeles formaban parte de múltiples culturas y religiones, y sus diversas representaciones le apasionaban.

Podían encontrarse en los cementerios, en los libros medievales, en las iglesias, y sobre todo en los museos.

Aquel icono artístico, poético, místico y sagrado, le había conducido por las sendas del arte hasta lugares insospechados.

Yendo en pos de ángeles había empezado a estudiar historia del arte, luego filosofía, y por último angeología, una rama de la teología.

Lo cierto es que había aprendido mucho, quizá demasiado.

Tenía la cabeza llena de ideas puesto que se pasaba el día leyendo, así que por la noche estiraba las piernas y se despejaba, que falta le hacía puesto que meditaba tanto que podría considerársele un pensador.

Mejor dicho pensadora, ya que mantenía que el monoteísmo había propiciado un fallo ontológico al considerar al hombre el centro del mundo, descentrando de él a la mujer.

Para su gusto muy pocos filósofos a lo largo de la historia habían sido capaces de apreciar este grave error gnoseológico, del que se había nutrido a gusto la religión.

Tenía el convencimiento de que Hipatia de Alejandría no era una excepción, y que en Grecia existía más de una Diótima, pero la vanidad masculina las había ido borrando deliberadamente de la historia a través de los siglos hasta hacerlas desaparecer.

Para su credo religioso, que era la igualdad humana en todos los ámbitos de la existencia, aquello representaba el pecado original.

Para empezar, la historia del génesis le parecía pérfida y perversa.

Eva surgiendo de la costilla de Adán, como si no supiéramos todos de donde sale todo hijo de vecina.

Sin embargo algo tan básico se consideraba un gran tabú.

El ejemplo era que el famoso psicoanalista Jacques Lacan, gracias al dinero ganado aprovechándose del sufrimiento ajeno, había adquirido el cuadro El origen del mundo con el único fin de mantenerlo oculto.

A Freud, Nietzsche y Marx, su trinidad favorita, también podría reprochárseles el haber pecado de falocéntricos, y con la finalidad de redimirlos, no dejaba ni por un momento de trabajar.

De ahí que también le conozcan como Ángel el justiciero.

María rebusca en su bolso, en el cual debería encontrarse el número de teléfono de una chica que conocía porque era asidua del café en el que trabajaba.

Se le había ocurrido que quizá ella podría ayudarle, porque cada vez tenía más claro que no podía dejar solo a su hijo con fiebre mientras iba por la mañana a cuidar de una pareja de ancianos, que para ella eran ya como sus propios abuelos.

Y es que estaban tan mayores que eran incapaces de hacerse la comida.

Sus hijos vivían fuera y no se preocupaban en absoluto por ellos.

Deberían irse a una residencia, pero no querían abandonar su casa tras cincuenta años habitándola.

Cuando Miguel no tenía clase se lo llevaba con ella y además colaboraba, igual que hacía en casa, porque le parecía que los niños debían sentirse útiles en lugar de permanecer ajenos a la realidad.

Necesitaba estar pluriempleada ya que con su sueldo de camarera no podía pagar los gastos del niño, los libros, la ropa, la comida y mil cosas más.

Al menos en los lugares donde trabajaba ahora la trataban bien, y eso era lo único que pedía porque su experiencia en otros empleos había sido realmente traumática y demoledora psicológicamente.

Recordar todos y cada uno le produciría una gran fatiga, sobre todo a esas horas de la madrugada, pero aún así trataba de hacer el esfuerzo.

Había empezado trabajando como teleoperadora para una funeraria.

Quizá sonaba a chiste, pero era lo más triste que nadie pudiera imaginar.

La gente, cuando su familiar fallecía, se encontraba absolutamente desesperada, aunque rápidamente se sentían aliviados cuando se les aseguraba que todo quedaría solucionado.

El problema venía luego, cuando llamaban para quejarse porque la empresa aprovechaba que el trato era telefónico para lavarse las manos como Pilatos después de haber incurrido en numerosos fraudes.

Allí se había acostumbrado a que la llamaran zorra, puerca, puta, guarra, furcia, cerda...

Ella no podía hacer nada más que apartar el auricular del oído y sugerirles que en vez de insultarla a ella, que era una simple empleada, demandaran a la empresa.

Por aquella época se sentía como una soldada luchando diariamente en una guerra civil.

Al menos por entonces las cosas iban bien con Marcos, aunque ya había descubierto que su suegra era una verdadera enferma mental, y en parte ahí habían comenzado los problemas.

Lo bueno era que en ese tipo de trabajos tan sórdidos siempre existían compañeras en las que una encontraba consuelo.

Las había simpáticas a rabiarse, especialmente las andaluzas.

Las gallegas eran un poco introvertidas pero de fiar, buenas chicas; y la mejor de todas había sido Melissa, con dos eses.

Qué tía más maja, era un pedazo de pan.

Tal vez como había sufrido tanto en la vida desde que era una niña, no se quejaba nunca por nada.

Siempre sonreía, pero no de un modo cínico como la madre de Marcos, sino con franqueza.

A pesar de no se veían apenas, aún trabajando en el mismo barrio, seguían guardando una gran amistad.

La verdad es que le gustaría verla, quizás le enviaría un mensaje, pero antes tiene que encontrar lo que está buscando, el teléfono de esa chica.

Mario consulta la hora en el móvil.

Necesitaba saberla constantemente, como si se encontrara impaciente por algo que iba a suceder; y es que tenía la sensación de aquel domingo podría llegar a convertirse en uno de los más importantes de su vida.

A través de las redes sociales, al igual que había sucedido en las revoluciones del mundo árabe, miles de jóvenes indignados por la apatía de la clase política se habían unido frente al gran enemigo común: el liberalismo económico.

Al fin había llegado el momento de ver hasta donde la fuerza ciudadana podía llegar. Por eso no podía conciliar el sueño, ya que de aquel movimiento dependía el futuro de la clase obrera española.

La cuestión era que la verdadera ideología de izquierdas que tenían los partidos socialistas fundados en el siglo XIX se había ido perdiendo con el discurrir del tiempo, que todo, excepto el amor verdadero, termina demoliendo.

Precisamente por eso se encontraba tan optimista y excitado.

Se diría que iba a encontrarse con su amada, aunque en esta ocasión ésta era la humanidad.

Él, como el fundador de L'Humanité, un mártir asesinado por tratar de impedir como político la primera guerra mundial, conocía bien los orígenes del socialismo, los cuales se encontraban en la filosofía de Lutero, Fichte, Kant y Hegel.

En cuanto a Marx, su primer paso había sido el de demostrar el ateísmo del filósofo Epicuro, y luego se había trasladado a París, cómo no, cuna de todo pensamiento revolucionario en materia de igualdad social.

Allí había conocido a Engels, alemán como él, y de esta unión había nacido el materialismo económico, una ciencia capaz de garantizar la paz universal y la justicia social.

En aquel gran momento histórico las mentes más brillantes de Francia y de Alemania se encontraban unidas y a la cabeza de una máquina capaz de producir seres humanos plenamente felices.

Se trataba de una ciencia, no de un ideal como el cristianismo.

Aunque su amigo Ángel, más bien un conocido de la facultad, ya que se encontraban siempre en la biblioteca por las mañanas porque eran los primeros en llegar, y a raíz de esos encuentros se pasaban largo tiempo charlando; mantenía que el cristianismo era el hermano mayor del comunismo.

Al parecer había leído una historia de la vida de Jesús escrita por Hegel que le llevaba a afirmarlo, y aseguraba también que el origen de la tragedia cristiana y de la comunista había sido de la misma índole.

Decía que si bien la tiranía católica había tardado algunos siglos en instaurarse, la comunista lo había logrado con mayor facilidad al seguir el mismo patrón, el del patriarcado alienante de origen grecorromano que se nutría económicamente de soldados y esclavos.

Ángel era feminista, además de gay, y en eso no coincidían; sino tan sólo en el hecho de no cesar ni por un momento de trabajar.

Se podría decir que tenía ideas verdaderamente disparatadas.

Mantenía que un obispo de Hispania, que había ido a protestar ante el emperador romano por los errores de interpretación del nuevo testamento cometidos por el poder eclesiástico, habiendo sido ejecutado en Tréveris, podría haberse reencarnado en el autor de El capital.

También aseveraba que la catedral de Santiago de Compostela había sido construída sobre los restos mortales del tal Prisciliano.

Por cierto, hoy he quedado con él, recuerda mirando qué hora es.

Miriam, como siempre tras la descarga eléctrica que suponía el orgasmo, se siente bien consigo misma.

Se notaba tan a gusto y relajada que podría perfectamente irse a dormir, pero no le apetecía porque no eran ni siquiera las tres de la mañana de un sábado por la noche. La gente normalmente a esas horas estaba de copas, y ella antes solía hacerlo con sus amigos todos y cada uno de los fines de semana hasta las seis o las siete de la mañana. Sin embargo luego, cuando todos se enoviaron, la cosa se acabó.

Cuando uno se formaliza, las relaciones amistosas se vuelven secundarias, mientras que el trabajo y la pareja se convierten en la prioridad, razonaba.

Entonces se acordó de su amiga Marta.

Hacía meses que no sabía nada de ella.

La había dejado el novio y estaba deprimidísima.

En realidad ya se encontraba a tratamiento psiquiátrico antes de eso.

Recordaba que lo había conocido en el 2004, porque justo el día de los atentados, qué funesta casualidad, se había ido a vivir con ella, y antes del amancebamiento no creía que llevaran ni un par de meses juntos.

Al principio se veían a escondidas porque él estaba viviendo con otra chica y tenía un hijo, aunque juraría que el niño había nacido cuando ya convivía con ella.

La cuestión es que antes salían juntas los sábados y terminaban siempre bailando en la discoteca en la que Marcos trabajaba de camarero.

También tocaba la batería en un grupo.

La verdad es que era muy mono.

Sin duda estaba orgullosísima de él, y lo exhibía como si se tratara de un trofeo.

Se conocían desde niñas porque habían estudiado en el mismo colegio del barrio de Salamanca y estaban en la misma clase.

Su amiga era la típica niña rubita detrás de la que iban todos los niños, y ella justo lo contrario.

Su tez morena al parecer no estaba bien vista en esos ámbitos sociales ni siquiera en la infancia.

Marta era delicadísima, pero al mismo tiempo tenía su carácter.

Lo cierto es que, como toda amistad, la suya había estado fundada en la mutua admiración.

Su amiga le había confesado años más tarde, cuando ya estaban en la universidad, que lo que apreciaba en ella era su capacidad para enfrentarse a los niños y pelear con ellos.

Pero todo, y especialmente el comportamiento humano, tiene una explicación.

La abuela materna de Marta era una mujer muy dominante, luego su hija se había tenido que doblegar a ella y a continuación había hecho lo mismo con su marido.

Sin embargo su madre, como el que mandaba era el abuelo, había tenido siempre agarrada la sartén por el mango desde que era niña.

Su pobre padre había sido un hombre dominado y maltratado psicológicamente por su mujer, que lo insultaba y mangoneaba sin piedad.

Por ese motivo ella no tenía dificultad para tratar así, ya de pequeña, a los niños, como si fueran peleles.

Marta necesitaba un hombre autoritario, como su padre; aunque por suerte ya quedan pocos así, meditaba.

Marcos parecía tener mucho carácter, sin embargo creía que el hecho de depender económicamente de ella lo había ido minando moralmente.

En el fondo echaba de menos hablar con su amiga y le apetecía llamarla.

Entonces lo hace, demostrándose a sí misma la gran seguridad que posee.

Moncho apaga el despertador que había puesto para las cinco, ya que a las siete empezaba su turno los domingos.

Precisamente en la zona Alonso Martínez, en la que él normalmente trabajaba, era donde más basura se acumulaba porque estaba lleno de bares y la gente tenía la costumbre de beber en la calle.

Normalmente debía recoger montañas de bolsas, vasos de plástico, latas, botellas, tetrabricks, y también los lamentables efectos gástricos producidos por su contenido. Allí en cuestión de basura podía aparecer de todo, pero lo que a él le interesaba, la belleza humana, ni por asomo.

Aquellos consumidores de alcohol en cantidades masivas eran jóvenes procedentes de barrios periféricos de clase trabajadora, lo que significaba no excesivamente favorecida ni económica ni culturalmente, y eso se evidenciaba por sus comportamientos.

No es que fuera clasista, puesto que él mismo procedía de un familia humilde, pero ni en su casa ni en su entorno había visto jamás tales faltas de respeto como las que entre aquellos chicos se infligían.

Se insultaban y gritaban como posesos, como hacían los niños en los colegios, pero en este caso jugaban a ligar.

Para ese juego, las chicas se ponían faldas cortísimas y unos taconazos en los que apenas se sostenían.

También se maquillaban, pintaban las uñas y peinaban como las protagonistas de las películas porno, como si buscaran un polvo rápido en vez de amor.

Al principio, cuando llegaban, ni siquiera se miraban.

Ellos y ellas permanecían en grupitos separados ingiriendo alcohol hasta romper todas las cadenas que arrastraban como fantasmas durante los días normales, siempre acuciados por deberes escolares y morales desde que eran muy pequeños.

La cuestión es que el estrés que padecían, la grasa que comían, y el alcohol que ingerían, mezclado con los azúcares de la Coca-cola, proporcionaban a sus cuerpos y rostros un aspecto verdaderamente desagradable.

Así eran los hijos de los obreros madrileños, que sin embargo carecían de cualquier conciencia de clase, ni de ningún otro tipo.

Le parecían como esas aves de corral criadas en jaulas de las que nos alimentamos ahora, con la carne inflada y mortecina, sin sabor ni color.

Él, que había pasado los veranos en la aldea de sus abuelos en Soria, había visto que en la naturaleza todo posee sentido.

El gallo, con su cresta y su canto, era el que atraía a las gallinas, y no a la inversa.

Pero esos chiquillos carecían de ilustración sobre los aspectos básicos de la existencia.

Y no es que él creyera que el conocimiento sea lo que se encuentra en las bibliotecas ni en las aulas, sino en el diálogo entre los seres humanos.

Incluso los pájaros, a los cuales le encantaba escuchar, mantenían conversaciones entre ellos y con sus polluelos.

Pero al parecer nadie se había molestado en instruir a esos colegiales en los principios básicos del respecto hacia sí mismos y los demás.

Según le habían contado sus padres, hacía más de veinte años que los jóvenes pasaban allí las noches de los viernes y los sábados.

Últimamente el alcalde, que vivía a unos metros, había cubierto la plaza de granito para darle un aire más regio, como si se tratara de una fortaleza horizontal.

Sin embargo, manchas de todo tipo habían inmediatamente mancillado la piedra, que en su sueño se encontraba cubierta de charcos de sangre.

Entonces, para su consuelo, suena de nuevo el despertador.

Marta mira fijamente el teléfono apoyado sobre la mesa de metacrilato del salón. En un estante inferior almacenaba las revistas de moda que compraba todos los meses.

Las leía atentamente y obedecía sus preceptos como si se tratara de la biblia. Su mejor amiga del colegio, con la que precisamente acaba de hablar, trabajaba para una de ellas.

Era redactora jefe, y eso le parecía un puestazo comparado con el suyo, que no había pasado de cajera porque sin duda las finanzas no eran lo suyo.

Si había entrado a trabajar en Caja de Madrid, ahora Bankia, era porque su padre se lo había impuesto aprovechando que conocía a uno de los jefazos.

Era gallego y más machista de lo que nadie pudiera imaginar.

Ella creía que en esa región finisterraquea, por alguna ley antropológica que merecería la pena estudiar, la práctica totalidad eran así.

Galicia, según su etimología latina, debía proceder de gallo.

Así les habían considerado los romanos, al igual que a los franceses, que resultaban también bastante gallitos según su tía, que estaba casada con uno.

Era la mayor de los seis hermanos y había emigrado a Francia cuando era jovencísima.

Su padre, gracias al dinero que ella les enviaba, había logrado ir a la universidad. Allí había conocido a su madre, que cuando se quedó embarazada de ella, dejó de estudiar.

Luego, cuando se casaron, fueron los suegros los que siguieron pagándole los estudios, y así había llegado a convertirse en catedrático de sociología.

Ella le quería, pero tenía que reconocer que era un verdadero tirano.

De hecho estaba convencida de que cuando murieron sus abuelos, a los que su madre estaba muy unida, había decidido premeditadamente construir el chalet en Torrelodones para alejar a su madre por completo de la sociedad.

De joven había sido muy guapa e incluso viajera.

En Londres había estado una vez de soltera, pero aunque no se lo había confirmado, suponía que había ido abortar, porque ya estaba saliendo con su padre, que por cierto no la había acompañado.

Lo que no comprendía era por qué razón los hombres de antes dejaban con tanta facilidad embarazadas a las mujeres, mientras que los de ahora no lo conseguían ni borrachos.

O sería quizá por eso, porque bebían en exceso, fumaban porros, esnifaban...

Ella hubiera sido tan feliz si al menos Marcos le hubiera dado un hijo.

Seis años habían pasado viviendo juntos, y nada.

Al principio la había obligado a ponerse el DIU, y justo cuando se lo quitó, la abandonó.

Pues será por eso, porque no quieren tener hijos ni comprometerse, pensaba.

Además Marcos ya tenía uno, aunque realmente nunca se había preocupado lo más mínimo por él.

Entonces maldecía su suerte.

Sus padres poseían millones de euros en patrimonio, y eso de qué le valía si lo único que quería en esta vida era un niño, pero con cuarenta años aún no lo había conseguido.

Había invertido tanto dinero en la relación que se sentía verdaderamente defraudada. Pero lo que más le dolía aún era el sentir como si le hubieran robado todo el tiempo que había poseído, trabajando toda su vida para nada.

Entonces, con la garganta llena de hiel, mira fijamente el teléfono deseando pedir auxilio.

Marcial está adormilado cuando un sonido familiar le despierta. Era Camarón de la Isla, que lo tenía como melodía en el móvil, ya que el flamenco era su debilidad, por no decir toda su vida, aunque siempre le había gustado muchísimo también el heavy metal.

De hecho si había escogido aquel barrio para vivir había sido precisamente por eso, porque al salir de trabajar podía pasarse por los Bajos de Argüelles y encontrarse en el paraíso escuchando su música favorita.

Aquello, cuando él había llegado, estaba siempre abarrotado. Pero desde hacía unos cinco años la cosa había declinado, porque a los propietarios de los bares les habían obligado pagar una licencia especial, y eso les había arruinado. Lo del flamenco le venía de la infancia, porque su madre tenía familia gitana. De joven no le interesaban ni el cante ni la guitarra flamenca, pero con el tiempo se había ido aficionando, especialmente a cantar.

Como en la casa donde estaba la pensión, la gente que vivía era muy mayor, las vecinas tenían aún el hábito de entonar coplas y canciones populares que resonaban a través del patio, y él se las había aprendido de memoria de tanto oírlas. Luego, poco a poco, por variar el repertorio, había ido recuperando de la memoria las que cantaban sus vecinos cuando era niño.

A su madre, la pobrecita, su padre nunca le había permitido ni cantar ni bailar flamenco con los suyos.

Decía que eran unos malnacidos, y unos vagos. Él era albañil.

Siempre llegaba a casa sucio y malhumorado. A él le parecía que de nada servía trabajar para acabar así, por eso había dejado de estudiar, para no convertirse en un amargado.

Lo único que quería con dieciseis años era una cazadora de cuero como la que llevaban los heavies, los tipos duros por fuera pero tiernos por dentro, que pensaban en melodías, como los antiguos trovadores, en vez de dedicarse a fastidiar al prójimo. Como su padre, cuando le pidió dinero para la chupa, le propinó una paliza con su cinturón, entonces se fue de casa.

Ahora se daba cuenta de que había hecho lo que él quería, para que así su mujer sufriera aún más, como si no tuviera bastante con los insultos y las humillaciones que sufría a diario.

Seguro que su maldito progenitor hubiera deseado que se volviera yonqui, pero, eso sí, de milagro, no lo consiguió.

Al llegar, en plenos ochenta, la heroína estaba tan de moda que era difícil no caer en la tentación.

Sin embargo aquella serpiente del paraíso, aún tras su picadura, no consiguió condenarle.

Tampoco lo logró el alcohol, y ni siquiera las mujeres.

Había algo dentro de él que le hacía permanecer inmune al vicio. Él creía que esas cosas eran innatas, que el que nacía ladrón, mentiroso o violento, había que aceptarlo como era, y en todo caso poner límites a sus instintos, como en el caso de los políticos.

Para él ellos eran los verdaderos malnacidos, y no los gitanos, y menos los que llevaban dentro el mayor arte que ofrece la naturaleza a algunas especies, la canción. Él, si tenía un vicio era ése, el de cantar como los pájaros.

Y también le gustaría volar como ellos, y construir un nido en un árbol de aquella calle en la se encontraba su hogar.

¿Quién me llamará a estas horas?

Muriel no puede dormirse, y para colmo su novio seguía levantado.

Le escuchaba caminar por el salón-cocina del apartamento que compartían cerca del museo del Prado, el lugar favorito de él, que por una extraña razón era adicto al arte.

Le había contado que de pequeño, cuando había visto una pintura del siglo XVII escondida en el garaje, le había impresionado de tal manera que desde entonces observaba cada pincelada como si tuviera un infinito valor semiótico.

Pero ella, que desde pequeña había ido al psicoanalista, tenía otra teoría diferente.

Pensaba que como habían encarcelado a su padre varios años justo en la época que él atravesaba su fase edípica, se había sentido el responsable de la desgracia familiar.

Entonces, al hacerse mayor, el cuadro que envió a su padre a prisión cobró la dimensión fantasmática de un superyó.

Lo cierto es que lo suyo con la pintura le parecía una enfermedad.

Podía vivir perfectamente sin hacer otra cosa que mirar un cuadro.

Hombre, ella estaba de acuerdo en que eran bonitos, pero sin más, como podía serlo una pulsera, unos zapatos, o un vestido.

Claro que antes del invento de la fotografía aquello suponía la única manera que existía de representar e inmortalizar el presente.

Y todo el que podía, lógicamente, se hacía retratar.

Los reyes, por ejemplo, tal como mostraban los cuadros del museo del Prado, tenían trabajando a sus pintores años y años para lograr ser inmortalizados con la mayor solemnidad.

A ella esas imágenes no le parecían diferentes de las que ahora veíamos en el televisor.

Lástima que no pudiera compartir con él su pasión pictórica.

Él mantenía que la pintura era como la poesía.

Por cierto, ésa era otra cosa que ella no entendía.

Las canciones, con sus estribillos, rimas y todo eso, le parecían lo más poético que uno podía escuchar.

En ese caso también tenía la teoría de que antes de existir los discos, como no todo el mundo es capaz de cantar, la gente se conformaba con leer y aprenderse de memoria poemas románticos.

Y hablando de romanticismo, se decía, hay que ver cómo me besó Maurice.

Aquel amigo suyo, que conocía desde que eran niños pues sus padres tenían una casa en Niza justo al lado de la suya, llevaba años detrás de ella.

Recordaba que antes de empezar a salir con Manu, el otro ya le tiraba los tejos.

Pero por entonces no sólo no le gustaba, sino que le repugnaba su cuerpo regordete y blanducho.

Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, quizá debido a que viajaba por todo el mundo, se estaba poniendo cañón.

En el fondo sospechaba que había pedido ser trasladado a Madrid para estar cerca de ella, puesto que le parecía demasiada casualidad que le destinaran allí justo al mes de haberle dicho que vivía en esa ciudad.

Luego estaban las fiestas, una cada sábado.

Resultaba evidente que no reparaba en gastos.

Cada vez había más chicas, pero él sólo la miraba a ella.

Por una parte lo comprendía, ya que las españolas, por guapas que fueran, carecían de estilo y refinamiento, resultando tan burdas que comprendía que su amigo no deseara en absoluto a una mujer de ese tipo.

Chicas así estarían bien para liarse con ellas una noche, razonaba.

Cuanto más piensa, menos sueño tiene, como si ambos estuvieran enfrentados.

Modu se siente pletórico de contento.

Como siempre, tras haberse acostado con las gemelas, se consideraba el hombre más dichoso del universo.

Eran guapas, jóvenes, inteligentes y divertidas.

Ponían música africana, cantaban y bailaban.

Luego se desnudaban y besaban.

A continuación hacían lo que ellas llamaban el bocadillo de chocolate.

Les encantaba el chocolate y no paraban de comerlo.

En el envoltorio del que compraban en una tienda de comercio justo aparecía precisamente la fotografía de un negro.

Él, para hacerse el gracioso, ya que el sentido del humor le parecía el más necesario para sobrevivir en el mundo humano, insistía en que prefería el blanco.

Sin duda los propietarios de esa marca habían dado en el clavo encontrando una buena

metáfora.

Cuando ya tenía más confianza con ellas, se lo había comentado, y entonces cayeron en la cuenta.

Realizar ese tipo de asociaciones le resultaba muy sencillo porque el mundo civilizado

estaba repleto a rebosar de cosas por el estilo, especialmente la publicidad.

Cuando querían vender una cosa, te ofrecían otra, casi siempre la misma, aquello de lo

que la mayoría más carecía.

El hecho de proceder de una civilización completamente diferente podría convertirle en un magnífico antropólogo de la nuestra.

Para él todo estaba clarísimo, por una parte se encontraba lo real y por otra lo ficticio, simbólico, o como se le quisiera llamar.

Para su opinión, aquí la gente vivía sometida a la necesidad de aparentar.

La prueba eran los coches.

No es que a él no le gustaría tener uno, o una moto, pero creía que no era necesario.

El metro y el autobús resultaban mucho más económicos y prácticos para vivir en la ciudad.

Lo cierto es que mucha gente se desplazaba desde barrios muy alejados, pero casi todos ellos estaban bien comunicados por tren o autobús.

El que la mayoría poseyera un vehículo propio le parecía un claro ejemplo del abismo entre las necesidades reales y las creadas artificialmente.

Luego estaba la cuestión de las marcas, que al parecer resultaba crucial en el caso de los pantalones vaqueros.

Si los italianos triunfaban en cuanto a la guerra comercial que Levi's había iniciado, los alemanes se hallaban ganando la que llevaba a la gente a arruinarse para luego pasarse horas encerrado en sus búnkeres-tanques, haciendo además de las ciudades un campo de batalla donde la gente tenía que combatir hasta para comunicarse con la persona que tenía a su lado en la calle.

Al parecer en las ciudades africanas era aún peor, pero allí no existía una magnífica red de transportes, sino taxis viejísimos compartidos, casi todos Mercedes viejos traídos de Europa que echaban muchísimo humo.

Y todo porque al lado del coche aparecía un bomboncito, como si al comprar uno, el otro viniera de regalo.

Para su fortuna, en esta sociedad el bombón era él, con lo cual no tenía que preocuparse por nada.

Así que ahora, con el alto y el bajo vientre saciados, se dispone a dormir en la habitación compartida donde esa noche se siente dichoso.

Mónica camina hacia Alonso Martínez tras haberse terminado la fiesta a la que había ido con su amiga Manoli, que cogerá allí el metro para volver a casa.

El anfitrión y dos compañeros de trabajo de éste las siguen.

Sin duda querían ligar, como todos, especialmente un sábado por la noche.

A ella le hacía mucha gracia ese comportamiento humano tan animal.

No es que se riera del instinto sexual, ya que no le parecía ninguna broma, sino que le asombraba que durante toda la semana pudieran reprimirlo de un modo rotundo, mientras que en esas circunstancias llegaran incluso a parodiarlo.

Se imaginaba que eran perros siguiendo a las hembras por el olor de la entrepierna y que en cualquier momento levantarían la pata y marcarían territorio, ya que el mayor desenfreno de los machos jóvenes consistía en eso, en dejar las fachadas del centro cubiertas de orines.

Así, tras haber ingerido litros de alcohol, volvían a casa contentos de haber podido sacar la chorra en plena calle desafiando el orden público y moral.

Cuánta represión sufrimos, y así estamos, que llegamos a los treinta solos, sin trabajo, y ni nos quejamos.

Y hasta ella misma debía reprimirse porque por una parte sentía la lógica necesidad de interactuar con aquellos tres chicarrones que las seguían como hipnotizados, aunque

por otra conocía demasiado bien ese tipo de situaciones.

Estaba segura de que cualquiera de ellos aprovecharía la mínima ocasión para tirársele

encima, llevarla a su casa y ofrecerle un sexo completamente insidioso.

Luego roncaría como un cerdo, y por la mañana se mostraría distante.

Algunas veces, tratando de dejarse llevar por su desbordante imaginación, había pensado que al desnudarse y abrazar a un ser del sexo opuesto, a ambos les brotarían alas pudiendo elevarse y volar juntos, como en los sueños, a través de hermosos paisajes.

Sin embargo su experiencia le aseguraba que lamentablemente no era así, que la pasión amorosa resultaba un lujo al que muy pocos tenían acceso.

Antes, cuando se mantenían relaciones castas, al menos durante el noviazgo la gente podía soñar con un amor de dimensiones extraordinarias.

Aunque aquel fue únicamente otro modo de represión sexual que condujo a las parejas

formales a esperar varios años para acabar realizando un acto sexual anodino, y que tan sólo conducía a procrear.

Y así, tanto los matrimonios como las parejas informales, acababan practicando el sexo con desidia, como si toda mujer, incluso la esposa abnegada, no fuera más que una prostituta gratuita.

Precisamente por eso no quería tener novio, porque ese tipo de relaciones amorosas, por llamarlas de algún modo, no le interesaban en absoluto.

Al menos había conocido el amor con mayúsculas en París durante su año Erasmus.

El problema era que él estaba casado en su país, Norteamérica.

Se habían conocido en una fiesta en la Ciudad Universitaria y el flechazo había sido fulminante.

Ella había sentido por él una atracción tan inmensa como la que deben experimentar los astros, la cual provoca no sólo mareas, sino grandes cataclismos.

Poco había estudiado ese año, pero le parecía que había sido el único momento de su vida en el que no había perdido el tiempo.

Lo que más le gustaba de él era su sensibilidad para la música y la pintura.

Juntos habían visitado todos los museos de la ciudad, e incluso habían estado en la ópera viendo una representación del Don Juan de Mozart.

Por cierto, aquellos tres aprendices de Tenorio les siguen todavía.

Mohamed trata de despertar a su mujer, ya que pensaba que un hombre casado y serio como él, no podía dormirse sin descargar su energía libidinal.

Con tanto destape primaveral, el deseo se multiplicaba de un modo asombroso, convirtiéndose en un monstruo que se le metía dentro y había que sacarlo como fuera. Por eso comprendía que aquí hubiera tanta gente con la necesidad de acudir al psicólogo.

Y es que nada hay peor que quedarse con ganas de eyacular, meditaba.

Bien podía masturbarse, pero eso no estaba bien visto por las leyes de su cultura ni de su religión, y además le parecía deshonesto.

Él era creyente, y su religión le había enseñado que el cuerpo era un instrumento que debía satisfacer al espíritu, lo trascendental, patrimonio de la divinidad.

De lo que se trataba en esta vida no era simplemente de gozar, sino que el goce estuviera encaminado a servir a Dios, y no al egoísmo de cada cual.

Según eso, los que empleaban las partes nobles de su cuerpo únicamente en su beneficio eran estigmatizados por la propia divinidad para advertir a sus congéneres del peligro que entrañaban.

Por eso a los onanistas se les ponía el culo gordo y el cuerpo flácido.

Aunque en el caso de las mujeres, que la abstinencia sexual provocaba los mismos síntomas, se consideraba hermoso; al menos cuando aún eran jóvenes.

Sin embargo, para desafiar las leyes supremas, las sociedades altamente pecadoras estaban repletas de gimnasios.

Pero los músculos artificiales le parecían rígidos como los de un muerto, mientras que los de aquellos que practicaban regularmente el sexo con su pareja semejaban fuertes y elásticos, pues esfuerzo y goce iban unidos.

En definitiva, como aquello del placer sexual no compartido se trataba de un juego sucio en el que él no pensaba caer, y menos teniendo una mujer, la cuestión era despertarla.

Lo cierto es que estaba desesperado pues esa tarde se había pasado por la tienda una chica que casi le mata de ansia por estrecharla entre sus brazos y hacerle el amor salvajemente.

De hecho él vendía pantalones hippies porque sabía que eran los preferidos de las culonas con piernas largas, sus favoritas, aunque no solían tener mucho pecho.

Pero en este caso se había tratado de una deliciosa excepción.

El problema de ponerse las botas, especialmente los sábados, era que necesitaba luego bajar la fiebre producida por ese virus que se encontraba siempre latente en su entrepierna.

Pero ahora, desde que en el supermercado donde trabajaba su mujer les había dado por abrir los domingos, andaba agotada porque ya que no descansaba ni un solo día a la semana.

Eso le parecía otra terrible transgresión de las leyes divinas, y que atentaba gravemente contra el espíritu de los seres humanos subyugados a las mercancías.

Y es que las grandes empresas eran así, se comían a las pequeñas y exprimían a sus empleados hasta consumirles la salud con el fin de volverse cada vez mayores, como si quisieran elevarse hasta el cielo a través de la materia.

Él le había propuesto que lo dejara, pero debido a la gran amenaza que suponía la cifra de cinco millones de parados, ella no quería arriesgarse.

Pero si la cosa sigue así, lo que va a perder es al padre de sus hijos, considera un tanto airado.

Si no se despierta tendré que salir a buscarme a otra, porque ante todo soy un hombre como manda Alá.

Melissa se sueña bella, envuelta en velos de seda que acarician suavemente su piel. Magníficos dibujos de henna recorrían sus brazos representando formas florales y geométricas que no dejaban de maravillarla.

La iconografía árabe le fascinaba porque decoraban los espacios domésticos como si se tratara de templos.

Cada simple objeto llevaba impresa la marca de esa fascinante cultura, mientras que en la suya el plástico lo había invadido todo.

Cuando era pequeña tenía un vasito azul por el que bebía y que le gustaba mucho porque se trataba de algo que le pertenecía en exclusiva, aunque cuando habían llegado a España se había dado cuenta de que por él el agua y la leche sabían fatal en comparación con los de cristal.

El olor tóxico del recipiente por el que había malbebido los cinco primeros años de su vida hacía que ahora le produjeran una aversión terrible las tiendas regentadas por chinos, y todas aquellas en que vendían los productos fabricados por ellos.

El mundo del plástico le resultaba falso y malvado, como el Mickey Mouse que tenía estampado su vaso azul.

Cuando era niña consideraba a aquel personaje uno más de la familia ya que se encontraba impreso en toda su ropa, incluso en sus braguitas.

Sin embargo, tras la ruptura de su padres, su inconsciente había demonizado a aquel ratón que en sueños se burlaba de ella.

Por esos motivos tan personales, aunque para muchos los Estados Unidos pudieran representar una especie de tierra prometida, para ella se trataba de todo lo contrario. En el 2003 había por las calles de Madrid una pintura de Aznar con orejas de Mickey que le encantaba porque también veía así a Bush junior, considerando la guerra en la que ambos se habían involucrado como el ciego afán por el petróleo de una cultura altamente tóxica.

La árabe, sin embargo, le fascinaba.

Le encantaba la danza del vientre, la gastronomía, la decoración...

Todo le parecía tan bello como los rostros de las mujeres árabes, las cuales se maquillaban haciendo de los ojos verdaderos cuadros.

Y es que la mirada representa una obra de arte pues sirve de vía de comunicación entre las almas.

El tema del velo le parecía controvertido, la verdad, pero a ella no le incumbía ya que no se había convertido a la religión musulmana por el momento.

Había que reconocer que en nuestra cultura el cabello tenía también una importancia crucial, ya que la clase social podía adivinarse por la cantidad de mechones y laca que una se pusiera encima.

En su caso había comenzado a cubrir las canas con henna que su marido traía de Marruecos.

Siempre, desde que era niña, había tenido una melena preciosa.

Aunque había sobrepasado los treinta, intentaba mantener su pelo sano y brillante, ya que para ella simbolizaba su bienestar físico y moral.

A pesar de que trabajaba muchísimo, era feliz porque amaba a su marido y adoraba a sus tres hijos.

En su sueño, cuando su cabello estaba siendo cepillado por mujeres con el rostro velado, sintió como si se produjera un terremoto.

Las paredes de la habitación se derrumbaban y su marido la llamaba a gritos con una voz realmente angustiada.

Trata de despertarse para ir a rescatar a sus hijos, pero inmediatamente se siente atrapada por un delicioso sueño del cual es incapaz de escapar.

Momo ya ha terminado su jornada de trabajo artístico sin incidentes y se dirige a Alonso Martínez, donde ha dejado la bici.

Está contento porque ya ha habido gente que le ha felicitado por el estencil, aunque no cree que vaya a tener tanto éxito como el que había hecho en el 2003 en el que aparecía el marido de la concejala con orejas de Mickey.

En ese caso quedaba muy claro el mensaje, el de la invasión cultural y bélica que de la segunda guerra mundial nos conducía a una tercera como si de un juego de niños se tratara.

Lo que más le satisfacía de salir a pintar en la calle era el hecho de poder comunicarse con la gente y saber lo que opinaba.

Respecto al tema de la intoxicación del aire en la ciudad, hubo al menos veinte personas que esa noche reconocieron haber pasado por el mismo suplicio durante los últimos meses.

Sin embargo, como la comunicación era unidireccional, los periodistas no tenían la libertad de expresar lo que realmente sucedía, y un grave problema de salud pública como aquel había permanecido silenciado.

Consideraba que aparte de los blogs y las redes sociales, apenas existía una legítima vía de comunicación capaz de expresar la verdadera opinión ciudadana.

Él lo sabía porque trabajaba para una revista femenina, que le parecía una de las más alienantes de todas; pero no tenía otra alternativa, pues no existían tantos puestos de trabajo para un diseñador gráfico como le gustaría.

A los que poseían la fuerza de trabajo como él, jóvenes con ansias de crear, no les quedaba más remedio que servir a los poderosos para ganarse el pan.

Antes no había tampoco mucho donde elegir, y ni siquiera existía el diseño gráfico, pero al menos uno podía establecerse como autónomo y vivir con desahogo.

Sus padres tenían una librería y durante décadas habían realizado honestamente su labor de difusión de la lectura en el barrio.

Aunque ahora estaban a punto de cerrar porque todo se había vuelto impersonal, y las nuevas generaciones de vecinos, guiados como los corderos por la publicidad, se dirigían a comprar a los grandes como el Fnac.

Lo mismo había pasado con todo tipo de mercancías como la ropa, la comida, los muebles...

Cómo no iban a cerrar las tiendas de los barrios si el mundo se había convertido en patrimonio de las multinacionales y los países estaban gobernados realmente por ellas.

A su modo de ver el mundo se dirigía hacia una dictadura económica controlada por un mafia política que a su vez debía obedecer a la publicidad, de la cual se nutrían los medios de comunicación que guiaban a las masas.

Por eso le parecía que lo más lógico para el mundo entero, especialmente los países desarrollados, sería comenzar a pagar de una vez la tasa Tobin antes de que la mitad de la población se quedase en la ruina a causa de tanto monopolio económico.

Por ese motivo hacía años que pertenecía a Attac.

También era miembro de Pedalibre, y esperaba la manifestación del día siguiente como agua de mayo.

Desde joven tenía conciencia social, y el derecho a respirar le parecía fundamental.

Quizá el haber vivido en Berlín, donde había estado de Erasmus cuando estudiaba Bellas Artes, le había abierto los ojos sobre la situación en su propio país.

Allí se había aficionado a la bici, y aunque sabía que arriesgaba su vida, luchaba cada día por poder ir a trabajar en ella.

Como tenía un amigo que trabajaba en un bar en Alonso Martínez, se plantea si irse a casa o pasarse a hacerle una visita.

Marisa se siente orgullosa de su labor social, ya que se había dedicado por su cuenta a dar a conocer el banco de tiempo del barrio, y una mujer que necesitaba urgentemente que alguien cuidara de su hijo la había llamado.

A pesar de que acababa de quedarse dormida, el hecho de que la tal María no hubiera dudado de su benevolencia a la hora de pedir ayuda, era lo que más le había gustado, porque significaba que ella también era capaz de ofrecerla.

La vida es así, siempre necesitamos el apoyo de los demás, mientras el dinero apenas soluciona más que la cuestión de la supervivencia, y para eso no en circunstancias adversas.

En cuanto alguien enfermaba de nada le servían las propiedades materiales, y entonces la gente se daba cuenta de que había perdido su tiempo, aunque en muchos casos era demasiado tarde.

Para ella la vida no era más que cuestión de tiempo y movimiento.

Había dos modos de vivirla, bien con autonomía y libertad, o bien inmovilizados y vendiendo nuestro tiempo vital a cambio de un sustento como en los tiempos más oscuros de la humanidad.

En el fondo le parecía que poca diferencia existía entre el feudalismo y el capitalismo, ya que ambos consistían en una servidumbre absoluta.

Básicamente la diferencia radicaba en que ahora los cuerpos de los esclavos se encontraban limpios y bien alimentados.

Pero los siervos de la gleba actuales no se conformaban con comer y ducharse, sino que la sociedad de consumo les obligaba a acicalarse de los pies a la cabeza, como si el hecho de parecer soberanos les convirtiera en uno de ellos.

La moda, por ejemplo, le parecía un arma más del dominio ejercido por el poder para subyugar a las masas.

Ella, que se vestía con la ropa que compraba en un puesto del rastro a un euro, sabía que se podía prescindir de ir a la última para vivir.

En cuanto a cremas, nunca le habían hecho falta ya que su piel era perfecta.

Ni siquiera había tenido acné durante la pubertad, aunque eso lo achacaba a que a los quince años había comenzado a hacer el amor con su profesor de latín, y quizá por eso su piel no había tenido la necesidad de sobreengrasarse para atraer sexualmente.

Las arrugas, otra gran fobia irracional de nuestro tiempo, le parecían hermosas.

Su apariencia, por cierto muy buena, no le preocupaba en absoluto porque vivía centrada en cuestiones ajenas a sí misma.

Sin duda la maldición del espejo mágico se trataba de una trampa que finalmente convertía a las personas en seres tan odiosos como la bruja del cuento.

Pero en la actualidad los príncipes se encontraban tan aletargados que las princesas se hacían viejas antes de que uno de ellos la hubiera besado con el ardor suficiente para liberarla de los pesares de la cenicienta moderna.

Así las bellas vagaban por un lado y los bestias por otro sin encontrarse, pues se habían vuelto ciegos para lo esencial.

Además mantenía que esta ceguera narcisista provocaba a nivel metafísico que el verbo parecer se encarnara en el ser haciéndolo perecer.

Y así se aniquilaban todas las cualidades humanas que entrañaban bondad, como el idealismo, el sacrificio, la dadivosidad o la abnegación; mientras la maldad en todas sus formas se adueñaba del género humano sin piedad.

En este caso, ya que nadie le pagaba por difundir la existencia de los bancos de tiempo, y ni siquiera lo registraba como una labor que pudiera ser recompensada mediante algún otro servicio, se siente como un caballero que acaba de enfrentarse a la vileza y adquirido un gramo más de nobleza para atesorarla en su corazón.

Manu acababa de discutir con su novia y se siente al fin sosegado.

Resulta que ya no estaba satisfecha, porque cada vez hacían el amor con menos frecuencia, como si aquello fuera una obligación.

Y lo peor es que él lo percibía como si así fuera.

Hacía años que estaba teniendo la sensación de haberse convertido en un esclavo sexual, y aquella preciosa noche de primavera le parecía el mejor momento para romper con esa condena.

Al parecer, mientras él se había ido al baño, ella se había levantado y leído el poema que contenía el nombre de la destinataria.

Y es que Mónica le sonaba a poética aristotélica, república platónica, estética kantiana, y a simpática.

En el fondo consideraba aquello como un golpe de gracia del destino justo cuando estaban a punto de abandonar la capital española para regresar a París.

Allí habían vivido antes juntos cinco años que no habían estado mal, pues gracias a ellos pudo pasar todo el tiempo que quiso visitando sus templos favoritos, el Louvre y el museo de Orsay.

Sin embargo intuía que aquel no sería el lugar donde transcurriría el resto de su vida, y ni siquiera en Francia, pues había algo en la sociedad de su país que le disgustaba profundamente, aunque no sabría decir lo que era.

Bueno sí, que se había vuelto terriblemente burguesa.

Su novia era el ejemplo, aunque había casos mucho peores.

Ella al menos podía permitirse consagrar su vida al consumo, pero el que los hijos de los obreros emplearan todo su tiempo libre en ir de compras, en lugar de dedicarse al amor y la cultura, le parecía una atrocidad.

Por una parte comprendía que el conservadurismo fuera una cuestión de la edad, lo cual explicaría que incluso aquellos que habían participado del mayo del 68 se hubieran vuelto terriblemente conservadores.

Sin embargo le parecía que había algo más, porque afectaba también a los jóvenes, que independientemente de su clase social llevaban una vida tan gris y aburrida como si fuesen ancianos.

A las chicas, como síntoma de esa tristeza colectiva, les había dado por quedarse esqueléticas y vestirse de luto.

Al menos en España todavía quedaban mujeres capaces de llevar vestidos de flores sin miedo a mantener su esencia colorada en tanto que carnal.

Miedo, ésa era la palabra.

Pero él no tenía ninguno.

Por ese motivo se dedicaba a leer todo lo que le daba la gana y a meditar, sin importarle lo más mínimo aprobar la oposición para profesor de lengua y literatura.

¿Miedo a qué?

¿A estar vivo, luego a morir?

Tras sus reflexiones, volvía a escribir imaginándose muerto de placer entre los brazos de aquella española vestida de rosas con olor a clavel.

Precisamente la nacionalidad de su rival había sido lo que más le había dolido a su novia, que creía que por llevar la denominación de origen francesa, como el champán, podía considerarse superior.

Como si aquello no se tratara de otro engaño, al igual que el de las marcas, para volverse insensible frente al prójimo y vivir ajeno a la realidad.

Lo cierto es que durante años se había sometido a unas creencias burguesas que le parecían estúpidas, pero ya no pensaba continuar soportando aquella tortura.

Y al fin, los nervios que le devoraban han desaparecido.

Malaika lee la mano de una compañera de trabajo de origen Nigeriano con el fin de ganarse poco a poco su confianza, ya que el hecho de poder creer en alguien le parecía

lo más valioso del mundo, y era lo único que le interesaba en su relación con los demás.

El dicho de que el roce hacía el cariño le parecía cierto, aunque había amores que mataban, por eso se encontraba allí tratando de salvarle la vida a las prostitutas. Básicamente por ese motivo había comenzado a travestirse, y al final le había cogido el gusto, porque uno a todo se acostumbra.

Su familia y los compañeros de la facultad no lo sabían, ni falta que hacía.

Tan sólo estaba al corriente Marisa, una amiga suya, dado que su espíritu era los suficientemente abierto como para comprenderle.

Aunque mucha gente se consideraba tolerante, muy pocos lo eran realmente.

En principio todo estaba permitido en cuanto al sexo, pues la norma había cambiado, pasando de suponer algo totalmente privado a un espectáculo público.

Años atrás a nadie se le hubiera ocurrido que un hombre pudiera pasearse vestido de mujer, y qué mujer, por el centro de la ciudad.

Pero toda aquella parafernalia representaba para él una especie de burla pantagruélica.

El hecho de llevar aquel disfraz y que a todo el mundo que pasaba a su lado, incluida la policía, le pareciera normal, significaba que la cosa estaba muy mal en cuanto a imaginario sexual.

Por ello, con gran aplomo, se paseaba por las noches por el corazón de la ciudad con su traje de vinilo rojo.

En invierno lo llevaba de manga larga y en el verano de sisas, pero con el cuello alto, porque no pensaba introducir en su cuerpo balones de silicona, faltaría más.

Eso le hubiera gustado a sus clientes, pero él no trataba de satisfacerlos, sino de castigarlos tal como se merecían.

En un sostén de la talla cien, se metía una bolas de navidad, rojas, eso sí, que le hacían

sentirse un nuevo redentor de la humanidad.

Las piernas, como las tenía bonitas, podía enseñarlas, aunque siempre las llevaba cubiertas por medias tupidas porque la depilación le parecía una tortura.

Con afeitarse la barba y en verano las axilas tenía bastante.

Luego estaba lo más importante, el maquillaje.

Cada noche se pasaba al menos una hora mirándose al espejo con sonrisa de Mona Lisa hasta que lograba convertir su rostro en el de una geisha occidental.

Tras una fachada de falsedad absoluta, se parapetaba con el fin de lograr que las vendedoras de su propia carne le confiaran sus problemas, que sin duda habían de tenerlos para estar allí expuestas como mercancía.

Por mucho que parecieran muñecas de plástico, como él mismo, también tenían un alma, aunque bien oculta y sin atreverse ni siquiera a pedir ser socorrida como la de aquellos que acudían en masa a las consultas de los psicólogos aquejados de una terrible angustia.

Detrás de aquellas mujeres tan amables, que obedecían las demandas del primero que las solicitara, había casi siempre una amenaza de muerte que pesaba no sólo sobre ellas, sino también sobre el resto de su familia.

Si procedían del este de Europa, donde un materialismo atroz había aniquilado toda espiritualidad, de nada valía tratar de ayudarlas, pues no sólo habían perdido la fe, sino nacido ya sin ella.

Sin embargo las africanas, como eran terriblemente creyentes, tenían esperanza de salvarse; y eso era precisamente lo que le estaba asegurando a aquella menor, cuando se les acerca el marido de su hermana.

María duerme abrazada a su hijo sintiendo como si de su cuerpo brotara un manantial de amor mucho más fuerte aún que el apasionamiento que la había arrastrado hasta España.

Si pudiera permanecer siempre así, unida a él, sería la mujer más feliz del mundo.

Ella le enseñaría a leer, escribir, y cantar como Andy Changó.

Los abuelitos a los que cuidaba podrían narrarle bellas historias verídicas fruto de su experiencia.

Verían películas, escucharían música, le llevaría a los museos...

Además, con internet, todo el conocimiento humano se encontraba disponible.

Sería simplemente cuestión de averiguar cuales eran las inclinaciones de su hijo y ayudarle a encaminar su vocación.

La verdad es que le gustaría poder sacarle del colegio porque le parecía una especie de prisión en la cual se encerraba a los niños, para apartarlos no sólo del cariño de sus madres, sino para limitar sus capacidades.

Por una parte se sentía como una especie de terrorista por pensar así, aunque por otra le resultaba realmente increíble que Miguel, con seis años y medio, no fuera aún capaz de reconocer ni siquiera las letras.

Eso realmente le desesperaba, el ver que a pesar de tanto esfuerzo como suponía llevarlo cada mañana y pagar montones de tonterías, no sólo no aprendía nada sino que se embrutecía.

Claro que iba a un colegio público en el centro de la ciudad en el que la mayoría de los alumnos eran hijos de emigrantes, como ella misma; y aunque teóricamente eso podría resultar enriquecedor culturalmente, se daba cuenta de que no era así en absoluto.

Los profesores se quejaban de que pasaban la mayor parte del tiempo tratando de pacificarlos y que por eso no lograban enseñarles ni lo más básico.

¿Y si lo que sucedía era que los niños en realidad se estaban sublevando como los presos en las cárceles sin que nadie se hubiera percatado del sentido de esa rebelión?

Eso se le había ocurrido porque no consideraba a los niños como una manada de animales salvajes a los que había que doblegar, sino como ángeles llenos de pureza y sentido común.

En principio la educación pretendía ser igualitaria, pero hasta un tonto, y no digamos un niño, podía darse cuenta de que la coexistencia de colegios públicos y privados segregaba a sus alumnos de por vida.

De todos modos en Argentina el clasismo escolar era aún peor, y aunque ella había tenido la suerte de asistir a un buen colegio, e incluso haber pasado por la universidad, tampoco le había servido de nada.

El criar a Miguel en Europa, además de servirle quizá para volver un buen día con su padre, al que todavía amaba, lo hacía para que pudiera recibir una buena instrucción; aunque cada vez estaba más convencida de que el sistema educativo español resultaba una estafa.

De qué le valía ofrecerle cada día lecciones de civismo y cortesía si luego en su entorno, principalmente el escolar, esos valores eran rechazados, pues los niños violentos y maleducados estaban mejor considerados, dado que la brutalidad triunfaba sobre la delicadeza.

Cómo le gustaría poder salvar a su hijo de todo aquello.

Por eso, tratando de protegerlo de las amenazas conscientes e inconscientes que rondan sus sueños, le abraza notando su ser lleno de una especie de líquido amniótico que recorre su cuerpo, haciéndole sentirse no sólo plenamente viva, sino más feliz de lo que nunca hubiera imaginado.

Mario, sentado frente a su mesa de trabajo, comienza a ser vencido por el sueño. Entonces, aunque aquello nada tenía que ver con Marx, decidió enviarle a Mireya un mensaje con la excusa de preguntarle si iba a asistir a la manifestación que tendría lugar ese mismo día dentro de doce horas.

A pesar de que era demasiado pronto y la respuesta no llegaría inmediatamente, sentía como si el hecho de haber realizado esa acción le permitiera irse a dormir tranquilo. Ella le había abandonado, traicionándole con su mejor amigo.

Sin embargo, quizá Ángel tenía razón, y detrás de aquel gesto podría esconderse una especie de protesta por alguna afrenta causada previamente.

Las mujeres para él, puesto que no tenía hermanas y ni tan siquiera ninguna prima, representaban una especie de enigma, una interrogación con curvas sinuosas y un punto crucial, el sexo.

Su padre precisamente trabajaba con mujeres, o mejor dicho para mujeres, ya que era psiquiatra.

Su clientela estaba prácticamente constituída por chicas anoréxicas enviadas a la consulta por sus padres, o amas de casa deprimidas.

Al parecer era un buen profesional, ya que tenía siempre la consulta llena.

De joven se había venido de Perú porque a través de un amigo había conseguido un trabajo en Ciempozuelos, en el psiquiátrico San Juan de Dios.

Allí había pasado muchos años antes de montar la consulta privada.

Su madre había fallecido hacía diez años, y dos años más tarde su padre había comenzado a convivir con una mujer mucho más joven.

Las relaciones entre sus padres las recordaba tensas, aunque al haberse acostumbrado a ello, le parecía de lo más normal.

La imagen que guardaba de su madre, tras quince años de convivencia, era la de una sirvienta, siempre limpiando y cocinando del mismo modo que ahora lo hacía su madrastra.

A él le gustaría comprender el feminismo, pero consideraba a las feministas mujeres mucho más amargadas que el resto, además de feas, por las cuales no sentía la mínima simpatía.

En el fondo le dolía pensar así, e incluso se avergonzaba, tratando de ocultarlo.

Y es que sólo de considerar la posibilidad de una igualdad a lo Simone de Beauvoir, algo se revolvía en su interior, como si el hecho de imaginar que las mujeres pudieran llegar a masculinizarse le pareciera una monstruosidad.

Por ese motivo dejaba de lado el tema, ya que creía que si nunca a lo largo de la historia había sido así, por qué habría de cambiar precisamente ahora.

Al parecer incluso las propias feministas se estaban arrepintiendo de haber concebido esa infértil posibilidad, lo cual había dado origen al llamado feminismo de la diferencia, del que tan sólo sabía de oídas a través de una compañera de la facultad que estaba haciendo su tesis sobre Julia Kristeva.

Incluso veía, aunque esto nunca se lo había confesado ni siquiera a su mejor amigo, a las mujeres que estudiaban filosofía demasiado agresivas y poco deseables en comparación con el resto.

Mireya, sin embargo, era femenina hasta la saciedad, y por eso le volvía loco de deseo.

Con su pelo trigueño, sus ojos verdes y su piel tan blanca...

Tenía unos pechos perfectos, ni grandes ni pequeños.

Verlos, acariciarlos y besarlos suponía el sùmmum del placer.

Ahora eran amigos, aunque en el fondo sentía como si aquella amistad fuera interesada, o al menos por su parte.

Entonces, acompañado por su recuerdo, se admite derrotado por el cansancio.

Miriam vuelve a intentar escribir.

Aunque no se le ocurre nada, no pensaba irse a la cama sin haber comenzado su novela, pues estaba acostumbrada a imponerse todo como un castigo, amenazándose a sí misma con privarse de lo que fuera si no lograba su objetivo.

Lo cierto es que siempre lo cumplía, y si esa técnica hasta ahora le había dado buen resultado, no iba a fallarle tampoco esa noche.

Recordaba que cuando estudiaba bachillerato en el colegio religioso, apenas salía los fines de semana para poder estudiar más y así sacar mejores notas.

Y ahora que pensaba en las monjas, recordaba que de pequeña las veía feas, casi como engendros en lugar de mujeres normales.

Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, cada vez se parecía más a ellas físicamente.

Las monjas no se maquillaban jamás, y ella rara vez lo hacía.

Por una parte se pasaba el día escribiendo sobre cosméticos, aunque por otra le producían una especie de repulsión cuando trataba de echárselos.

Su piel era lo suficientemente grasa como para que ni siquiera le hiciera falta usar crema hidratante.

Tampoco le gustaba pintarse las uñas, ni los labios, ponerse maquillaje, o echarse rimel.

En su ambiente resultaba extraño, pero no podía evitarlo, aunque desconocía la razón. Su amiga Marta, sin embargo, era todo lo contrario.

Desde los doce o trece años, nunca la había visto sin maquillar, incluso cuando en verano iba a bañarse a su piscina.

En su cuarto de baño se encontraban todos y cada uno de los productos que salían en su revista, especialmente los anticelulíticos.

Aunque la pobre, por muchos tratamientos que se hacía, no perdía un gramo, sino que cada vez engordaba más.

Según ella había sido desde que el psiquiatra le había cambiado el Prozac por otro antidepresivo, pero le parecía que se trataba de una excusa.

A pesar de que nunca se lo había confesado, sabía que desde la adolescencia padecía trastornos alimentarios.

No hacía más que verla cuando salían a cenar en pandilla los fines de semana para darse cuenta que tenía que encontrarse muy mal para comer con el ansia que lo hacía. Por entonces aún estaba delgada, lo cual significaba que después de aquellos festines, nada más llegar a casa, se iba derechita a vomitar.

Gracias a Dios, ella no había tenido nunca que preocuparse por el peso, ya que su propio nerviosismo le impedía engordar.

En el fondo de su ser eso le satisfacía en gran medida porque sabía que tener un buen cuerpo estaba aún mejor valorado socialmente que ser guapa.

Las pieles delicadas, como la de Marta, a partir de los treinta se volvían ajadas y no había forma de mantenerlas tersas, como lo estaba suya.

Además, de nada le servía a su amiga que sus padres tuvieran tanto dinero, si sólo se lo podía gastar en bolsos y en zapatos carísimos, pues la ropa no le quedaba más remedio que comprársela en Zara, donde no había necesidad de abochornarse ante de las dependientas debido a las escabrosas cuestiones de la talla.

Tras haber pensado en toda esa sarta de banalidades, le dio por volver a reflexionar sobre el tema de las monjas, descubriendo cómo ella misma, al ser mucho más masculina que su amiga, se las arreglaba mucho mejor en la vida.

Por mucho que las religiosas pudieran haber sido las lesbianas del pasado, eso no me sirve para mi novela, ya que los tiempos de Santa Teresa han quedado atrás.

Moncho se encuentra adormilado en el metro.

Los domingos a esas horas de la madrugada los vagones que se dirigían la centro iban prácticamente vacíos, mientras que los que traían a los jóvenes de vuelta para sus casas se encontraban abarrotados.

Sin embargo, los días laborables era justamente a la inversa.

Las escenas que se producían en las estaciones le parecían una película neorrealista, aunque ya no le hacía falta ni mirar porque se las sabía de memoria, dado que siempre se repetían.

Bien se trataba de grupos de gamberros gritando y golpeando con rabia todo lo que encontraban a su paso, furiosos al parecer por no haber logrado aparearse esa noche; o de parejas que en absoluto parecían modelos de romanticismo, sino más bien lo opuesto.

Las chicas que conseguían ser aprehendidas por un varón, se desligaban de sus amigas

para irse con su raptor, como si realmente creyeran que él iba a protegerlas, cuando se trataba de todo lo contrario.

Éste, aún fingiendo estar pendiente de la joven, seguía a su manada de lobos sin soltar al cordero, sobre el cual se apoyaba como señal de dominio.

Viéndolos pasar se hacía evidente que aunque ellas apenas se sostenían sobre los tacones, aguantaban sin rechistar.

La historia del cazador y la presa, como él lo llamaba, le había inspirado un cortometraje, Sangre.

Primero salían unas jóvenes cantando por el bosque, y entonces llegaban los chicos corriendo exaltados.

Dado que ellas huían despavoridas, ellos se hacían con escopetas para atraparlas.

Entonces comenzaban a disparar indiscriminadamente, y en medio de aquel desenfreno, como era de suponer, terminaban asesinándolas.

Al final, solos y aburridos, acababan disparándose hasta aniquilarse unos a otros.

En el fondo se percataba de que la visión que tenía del mundo era excesivamente catastrofista, y que su imaginación, en lugar de mejorarla, le proporcionaba un tinte más dramático aún.

Sin duda le gustaría poseer el sentido del humor de Woody, pero dado que no era así, le consolaba el que al menos sus autores de culto compartieran aquella opinión.

Si en las películas de Godart las mujeres eran siempre víctimas de la crueldad masculina, en las de Hitchcock no digamos.

Una de sus favoritas de John Huston, Paseo por el amor y la muerte, también mostraba que conseguir escapar a la barbarie humana resultaba prácticamente imposible, y tan sólo las parejas de enamorados podían lograrlo, aunque tampoco durante mucho tiempo.

Por eso él quiere encontrar a una actriz dispuesta a enamorar al mundo entero y mostrarse como una especie de heroína singular al estilo de Carmen Maura.

No necesitaba ser joven, sino lo suficientemente bella para conquistar los corazones de los caballeros y las damas de nuestro tiempo, en vez de saciar la sed de lujuria de las masas al estilo de Angelina Jolie y Brad Pitt.

Lo tenía muy claro, bajo ningún concepto iba pasarse al bando de los malos; es decir, dedicarse a hacer versiones modernas de pelis del oeste.

Para eso estaban las grandes producciones americanas, para poner a tíos fornidos a pegar tiros contra los más débiles disfrazándolos de amenazadores, y luego, una vez el público adiestrado, poder llevar a cabo sin trabas incursiones bélicas.

Por todo ello, aun semidormido, no deja de pensar en su musa y presiente encontrarse a punto de hallarla.

Marta canta al fin después de tantos años de silenciosa amargura. Todo gracias a que había cometido una insensatez. Se le había ocurrido marcar un número al azar. Después de haber probado unos cuantos, una voz más amable de lo que jamás hubiera imaginado respondió a su grito de auxilio. Entonces, para aprovechar la ocasión, sintió la necesidad de contárselo todo, de confesarle todos y cada uno de los secretos que había mantenido encerrados en su pecho pudriéndose sin poder ver la luz. Para empezar lo del VPH, que al menos no se trataba de un virus mortal, pero durante años había estado yendo al ginecólogo sin decírselo ni siquiera a su madre. Aquel lamentable recuerdo se lo había traído de Nueva York. Allí había pasado un mes haciendo un curso de inglés. Para practicar, se iban los fines de semana a la discoteca. Pues bien, ese regalito, y también un intento de violación sobre un coche, era lo que había recibido a cambio de perder su virginidad. Y, casualmente, ambas agresiones contra su integridad física y psíquica habían sido perpetradas por hombres de color. Aunque sabía a la perfección que la africana y la americana eran dos culturas diametralmente opuestas, aún sentía su corazón acelerarse cuando veía a los negros que vendían CDs en la calle. Aquel había sido su primer gran viaje al extranjero cuando había cumplido los dieciocho. Más que a estudiar, había ido desmadrarse, porque ante todo quería convertirse en una chica liberada. Sin embargo, lo único que logró fue regresar más atemorizada. En el fondo siempre había tenido miedo a todo, aunque tratara de mostrar justo lo contrario. Por eso, cuando llegaba a casa, angustiada, se ponía a comer. Compraba en el supermercado todo lo que le apetecía y engullía hasta reventar, ya que no temía engordar pues conocía el modo de evitarlo. Recordaba que su madre, al llegar a los cuarenta, había empezado a ganar peso y le ofrecía de merienda sus barritas de Biomanán. Por entonces creía haber ya descubierto el modo de dominar no sólo su cuerpo, sino su vida, vomitando cuanto ingería. Pensaba que todo era así de sencillo, y que, como la princesita de un cuento, se casaría cuando quisiera con quien ella deseara, no en vano desde niña todos le iban detrás. Sus cabellos rubios, su piel tan fina, y su delicadeza al hablar, le hacían sentirse una especie de Blancanieves a punto de encontrarse con el príncipe azul. Durante la carrera salía de noche prácticamente todos los fines de semana, y como no sacaba malas notas, se creía omnipotente. Lo del doctorado reconocía que había sido un error. Si durante la adolescencia se había creído capaz de destacar sobre su madre, nunca debiera haber deseado llegar tan alto como su padre. Ahora se conformaba con un triste empleo monótono y aburrido rodeada de enreídos enchufados. Todos habían pasado las pruebas de acceso del mismo modo que ella, conociendo algún jefado que les había conseguido una entrevista con el jefe de personal, el cual les había proporcionado las soluciones a los exámenes. Si estaba tan deprimida era porque tenía menos independencia aún que su madre. Pero eso se había terminado, siendo ésa la razón que ahora la impulsa a cantar.

Marcial acaba de recuperar la fe, y es que a decir verdad nunca la había perdido.

Aunque su padre no era religioso en absoluto, a su madre sí podía considerársela una mujer piadosa.

De no ser por la iglesia, ella no hubiera aguantado la amarga vida que le había tocado, y como poco hubiera tenido que suicidarse.

Siempre decía que le hubiera gustado mucho poder ir a limpiar por ahí, pero su marido se lo había prohibido.

A él le parecía que la misa era cosa de mujeres, de viejas ociosas que llenaban la iglesia del mismo modo que los hombres los bares.

En ambos lugares sagrados, como en una especie de comunión comunista, cada uno de los dos géneros de la especie humana se reunían por separado, unos bebían vino y las otras comían pan para consolarse.

De niño sí que le parecía que en eso del cristianismo se hallaba una gran verdad, la de que todos a priori éramos hermanos, hijos del mismo padre, y que debíamos amarnos como tales.

Luego, tras su época hippie, bohemia y juvenil, fumando porros y bebiendo calimocho, justo cuando estaba a punto de perder la fe, había conocido en el barrio a un hombre que proclama los mismos valores de los cristianos, convirtiéndole a esa nueva religión en la que no era necesario ir a la iglesia, puesto que podía ser compartida con las mujeres en los bares.

De hecho siempre llevaba con él a su hija, la chica más guapa que había visto en su vida y a la que respetaba como si fuera una virgen.

Ella era una de las personas que se preocupaban cada día por su bienestar, yendo a menudo desde que vivía en la calle a preguntarle cómo se encontraba y qué era lo que necesitaba.

A veces, cuando su madre ya estaba dormida, le decía que subiera a su casa.

Como el mundo nunca es perfecto, si la joven tenía un padre del que podía decirse que era un santo, que en paz descansase, además de un hombre apuesto e ingeniero; la madre en este caso parecía la clásica bruja de los cuentos.

Se trataba de una de las típicas mujeres burguesas del barrio, que por haber nacido en una familia con cierto patrimonio, se creía superior a todo cuanto le rodeaba.

Aunque según le habían contado, las propiedades le venían por línea materna, ya que la abuela, una de esas valientes mujeres republicanas, había estudiado y trabajado como boticaria; consiguiéndole a su hija un puesto fijo de por vida en el colegio de farmacéuticos.

Habían tenido tres varones y una niña, Mónica, la pequeña, a la cual la madre siempre había tratado como a la cenicienta del cuento.

El propio padre se quejaba de ello y pretendía hacer que también los hijos ayudaran en la casa, pero su mujer se empeñaba en protegerlos; así que era él mismo el que limpiaba y cocinaba con el afán de ahorrarle pesares a su hija.

Los chicos se habían casado bien, incluso uno vivía en el barrio de la Moraleja.

La chiquilla, que estaba soltera y debía rondar los treinta, estaba acostumbrada a trabajar como una negra, pero aún así no había nunca dejado de estudiar, y era muy activa políticamente.

Según le había contado pertenecía a un grupo comunista que no paraba de realizar todo tipo de actividades, y siempre le venía contando algo nuevo.

Lo raro era que no hubiera aparecido aún por allí, ya que solía visitarle todos los domingos de madrugada cuando volvía a casa.

Verla aparecer sonriente, como ahora es el caso, le permite confiar en la magnanimidad ya no de Dios, sino también del género humano.

Muriel está haciendo las maletas con la intención de irse a París. Había comprado por internet el billete para un vuelo que salía esa misma mañana. Se quedaría en casa de una amiga hasta que pasaran los exámenes, y luego se tomaría unas buenas vacaciones. Viajaría a un país exótico con su madre y allí reflexionaría sobre su futuro, el cual dependía de la nota que sacara en la oposición. Le gustaría trabajar en París, vivir en un buen barrio y tener hijos; lo que se dice llevar una vida tranquila. Estaba claro que aquello no era lo que Manu deseaba. Al fin, tras haber discutido como nunca hasta entonces lo habían hecho, se había dado cuenta de que no tenían las mismas perspectivas de futuro. Él era un bohemio que no pensaba ponerse a trabajar en serio por el momento. Y es que encima tenía valor de decir que se trataba de una cuestión de principios dado que defendía “la huelga humana”. Él, que siempre había vivido como un rey gracias a ella, ahora le venía con esas después de haber pasado las vacaciones en hoteles de cinco estrellas en montones de países con sus padres. Lisboa, Venecia, Roma, Praga, Viena, Budapest..., eran algunas de las ciudades que había visitado con su familia, sin contar los cinco años que había vivido a su cuenta en París y uno en Madrid. Y en lugar de agradecerse, le había soltado que sus padres le parecían unos burgueses aburridos, que cada palabra que pronunciaban resultaba tan falsa que le producía náuseas. También le había dicho que cuando viajaban lo miraban todo como a través de la vitrina de un escaparate. ¡Qué insolencia! Y es que en realidad se pasaba la vida protestando y sacándole defectos a todo. Al menos a partir de ahora iba a poder ponerse vaqueros, y especialmente esos cortitos que llevaban todas las chicas. Porque él, con su mente retorcida, los consideraba una vejación para las mujeres. Ella quería ir a la última, por mucho que él se empeñara en que la moda era un modo de someter al género femenino e imponerle tiránicamente un modo de conducta. Cada vez tenía más claro que el malvado era él, y por eso veía amenazas donde no las había. A partir de ahora, lo que él pensara ya no le importaba lo más mínimo. Cuando una relación de pareja se acababa, era de manera definitiva. Entonces recordaba canciones que afirmaban que el amor no duraba siempre, como una de François Hardy. Al final iba a resultar cierto que el amor sólo duraba tres años, tal como afirmaba ese escritor francés que a ella le horrorizaba. En el fondo pensar así tampoco le hacía ningún bien porque había planeado casarse y permanecer toda su vida con el mismo hombre, como su madre. Aunque por otra parte el divorcio tampoco es ninguna desgracia, se decía. Pensaba que el propio presidente de su país estaba divorciado y se le veía feliz. Ella le había votado en contra de la opinión de su novio, que se decía de izquierdas, pero que sin ningún tipo de escrúpulos se había unido a una chica rica, como al parecer también había hecho Marx. Lógicamente lo que quiere todo el mundo es vivir bien, y lo cierto es que en Francia hay mejores condiciones materiales que aquí, así que me voy. Modu se encuentra soñando con pasteles de fresa de todas las formas

Modu se encuentra soñando con pasteles de fresa de todas las formas y tamaños, quizá por haberlas tomado en abundancia en casa de las gemelas.

Y es que todas las mujeres que conocía, sin excepción, eran generosas con él.

Claro que tampoco podía considerársele un amante tacaño, dado que les ofrecía, además de mucha ternura, toda la fuerza física que poseía; pues consideraba que eso era lo que ellas buscaban en los hombres, haciéndoles desearlos con vehemencia.

Él simplemente lo daba todo, y a cambio recibía lo que se merecía.

La verdad es que tenía mucha suerte comparada con otros africanos, especialmente los chaperos, o los que se acostaban por dinero con mujeres mucho más mayores.

Aunque en ciertas ocasiones a él no le había quedado más remedio que buscar el amparo de esas pobres señoras gordas cincuentonas a las que nadie quería y de las que el mundo occidental estaba lleno.

Al parecer se trataba, como casi todo, de un modelo de alimentación y modo de vida americano que los españoles habían comenzado a padecer desde hacía tan sólo unos treinta años.

Según le habían contado, la dictadura les había hecho permanecer aislados del resto del mundo civilizado, y hasta la muerte de Franco tenían tan sólo lo justo para no perecer.

La gente habitaba el campo, criaba animales y trabajaba la tierra, hasta que en el los ochenta el país se había llenado de carreteras y supermercados.

Las mujeres tenían antes otro papel social, y en vez de pasarse el tiempo libre de tiendas, como había escasez, se las arreglaban para nutrir con materias primas baratas a su familia.

Lo cierto es que le costaba imaginarse una España así, pues la imagen que ofrecía ahora era la de una abundancia descomunal.

En el fondo se alegraba de ser pobre y no dejarse llevar por los pecados capitales, ya que el exceso resultaba tan nocivo para los cuerpos y las almas como la privación.

A veces se preguntaba si el mundo no debiera estar mejor repartido, y en vez de tantos tratamientos para adelgazar, la gente podría conformarse con una cantidad razonable de dinero, y destinar el resto a los que realmente pasaban hambre, e incluso morían de inanición, como sucedía en su país.

Eso lo había hablado con las gemelas, y claro que estaban de acuerdo en que se trataba de una idea lógica que les encantaría poder llevar a cabo.

Pero ellas no tenían ese problema, ya que se repartían el sueldo de una entre las dos, con lo cual no les sobraba nada, y además estaban siempre acompañadas.

Lo que también le parecía muy triste era ver cuánta gente vivía sola y precisaba de animales de compañía para ofrecerles afecto y cuidados, cuando tantos seres humanos carecían de ellos por completo.

Como eso nunca lo había ni siquiera imaginado antes de llegar aquí, le resultaba sorprendente, e incluso tenía reflexionado sobre las razones, llegando a la conclusión de que los perros sustituían a tanto a las parejas como a los hijos.

Y a veces se preguntaba si también realizarían con ellos prácticas sexuales.

Suponía que habría de todo, pero a los hombres eso les iba seguro, no hacía falta más que ver la cantidad de machos que gozaban de encolar a sus semejantes, y la prueba era que por diez euros muchos de sus conocidos ofrecían ese tipo de servicio.

Aunque lamentablemente, según le habían contado, eso también lo demandaban muchos de los que trabajaban como representantes de las ONGs al saberse poderosos frente a la miseria absoluta.

Sin embargo, la verdadera caridad, como los pasteles de fresa con los que sueña, eran cosas de mujeres amables, dulces y misericordiosas, de verdaderas diosas.

Mónica sonríe porque antes de acostarse había mirado el correo y tenía uno muy romántico de un chico francés al que acababa de conocer. Eso era lo que necesitaba en su vida, un poco de romanticismo, porque del resto no le faltaba de nada. Trataba de recordar el color de sus ojos, de su pelo, la forma de su nariz, las orejas... Pero como mucho lograba recrear cambiantes caricaturas de diversos rostros tan desconocidos como los que se cruzaban diariamente en su camino. Recordaba que había permanecido toda la noche de pie en una esquina mientras que su novia coqueteaba sin cesar con el anfitrión. En el fondo le produjo lástima y acercó a él ofreciéndole un intercambio, en lugar de conversación, de lenguas, en plural, con e abierta al final. La broma había surtido efecto porque de inmediato se sonrojó. Luego comenzaron a hablar de temas absurdos como el Nepal, los koalas, o las jerarquías angélicas. A todo esto en francés, porque él no sabía ni una palabra de español. Parecía un chico tímido, aunque muy inteligente. Sonreía de nuevo pensando que aquello le excitaba, y que además hacía mucho tiempo que no se encontraba con ningún hombre así de interesante. La mayoría le parecían demasiado básicos. Manolos, les llamaba. Por cierto, Manu debía proceder de Manuel. Sin embargo no parecía alguien inclinado a los trabajos manuales, sino a las arduas labores intelectuales. En todo caso sus delicadas manos estaban hechas para acariciar, aunque también parecía saber hacerlo a la perfección con la mirada. Lo cierto es que estaba contenta a rabiar. Le parecía un milagro que alguien volviera a regar su corazón tras tantos años de sequía. Quizás pronto llegaran a germinar las semillas que dormían en él. De hecho notaba ya un extraño calor en su pecho. Le había respondido, precipitadamente, que podrían encontrarse en el museo del Prado a las doce. El problema era que como siguiera pensando en él, iba a llegar a la cita sin dormir. Cuánto tiempo hacía además que no visitaba aquel maravilloso museo. De repente recordó que su padre lo adoraba, y juntos pasaban allí las mañanas de los domingos haciéndose pasar por turistas y riéndose hasta saltárseles las lágrimas. Aunque su padre se consideraba ateo, ella no podía evitar mirar hacia el techo para tratar de comunicarse con él y expresarle su alegría. Entonces pensaba que aquella debería haber sido una noche mágica, ya que incluso a Marcial le había sucedido algo insólito. El pobre había tendido que abandonar la pensión al haber pasado la dueña a mejor vida y su hijo vendido el piso. Resulta que cuando se puso a buscar habitación, como el barrio estaba próximo a la Universidad, se había llenado de estudiantes ricos de provincias que se negaban a compartir morada con un simple camarero. ¡Qué nazi se está volviendo la gente!, piensa con lágrimas en los ojos. La verdad es que podría haberse mudado de barrio, pero era un cabezota. Decía que al menos allí conocía a mucha gente y se sentía parte de la sociedad. A ver si es cierto que le ha caído una mujer del cielo, se dice volviendo a sonreír y tratando en vano de dormir.

Mohamed llora como un niño.

Resulta que había salido poniéndose como disculpa el tener asuntos que resolver, del mismo modo que lo haría luego con su mujer.

Ella, aunque debía sospechar que estaba metido en el business del hachís, no tenía, por su bien, derecho a conocer los detalles.

Sin embargo ese negocio no le requería el mínimo esfuerzo puesto que estaba automatizado, por así decirlo.

Los traficantes eran verdaderos empresarios, gente seria, ya que se trataba de uno de los negocios estrella en la ciudad.

Para empezar no había que pagar impuestos, y las drogas se vendían como caramelos a la puerta de un colegio.

La cocaína era la que más beneficios daba, claro está.

Normalmente entraba por Galicia en barcos pesqueros, a veces a toneladas, tal era el nivel de consumo; aunque no sólo se vendía en España, sino que también se distribuía por toda Europa.

Al parecer los españoles eran los principales consumidores, pero los ingleses y los italianos les iban a la zaga.

Aunque él no tomaba ningún tipo de estupefaciente, y menos aún alcohol, suponía que mezclándola con licor se formaba una especie de cóctel en el cerebro que debía hacer a la gente sentirse dioses omnipotentes.

De no ser así pensaba que no se gastarían en ella el dineral que costaba.

Aunque no contaba con datos oficiales, sabía que en unos años las ventas se habían duplicado, así que suponía que las mujeres se habían consagrado en cuerpo y alma a consumirla, como hacían con el alcohol y el tabaco.

Poderosas redes mafiosas controlaban el tráfico, y él no era sino una pieza diminuta del inmenso engranaje.

La primera vez, como un incauto, tuvo la osadía de probar por su cuenta.

Le salió mal, claro, pero gracias a eso había logrado introducirse en el negocio.

Como si se tratara de una película, los policías que lo habían detenido al pasar la frontera, tras reírse de la ínfima cantidad que transportaba, quizás asombrados de su sangre fría, le preguntaron si tendría el valor de atreverse con cargamentos mucho mayores.

A partir de aquel día no había vuelto a tener problemas con las autoridades.

Tan sólo tenía que comunicarles cuál era la matrícula de su vehículo antes de emprender el viaje y obedecer órdenes.

En realidad había tenido mucha suerte, porque el tráfico de hachís, al beneficiar en cierto modo a los moros, y proporcionar menos ingresos que la cocaína, resultaba más perseguido.

Las drogas y la prostitución eran los medios que existían para manejar enormes cantidades de dinero, y el mercado inmobiliario no era más que la tapadera de esa descomunal olla a presión.

Él, un garbanzo dentro de un cocido inmenso, se encontraba plenamente integrado en la sociedad corrupta a la que pertenecía.

La prostitución le gustaba como al que más, aunque en el fondo le resultaba escandaloso ver como las pobres mujeres se vendían hasta en la calle, a plena luz del día, sin el menor reparo.

En su país también existía, pero se parecía más bien a lo que aquí se consideraba el ligoteo, y si ella aceptaba irse contigo, tenías que pagar.

Lo cierto es que por haber pecado, y no haber sido la primera vez, ya que se últimamente se estaba aficionando, ahora llora arrepentido.

Melissa apaga el despertador, que a menudo podía sonar durante horas sin lograr despertarla.

Lo primero que hacía siempre era mirar la hora y respirar hondo al comprobar que no llegarían tarde ni ella al trabajo ni los niños al colegio, luego saltar corriendo de la cama y prepararse un café con los ojos aún cerrados.

Permanecía dormida aún unos minutos frente a la cocina hasta que el silvido de la cafetera marcaba el momento de levantar definitivamente los párpados y enfrentarse a la realidad.

Todo aquello resultaba una tortura diaria, pero estaba acostumbrada, lo mismo que a criar a sus hijos siempre corre que te corre, agobiada pero en el fondo feliz.

Su secreto sin dudas era el café, ese brebaje turbio que la ponía espídica cada mañana, pero sin el cual no sería capaz de sostenerse en pie.

Reconocía que para ella se trataba de una adicción porque cuando se iban a Marruecos de vacaciones era consciente de los efectos tan nocivos que producía la abstinencia en su cuerpo y en su alma.

Se mantenía fiel a su droga porque le parecía que la vida consistía en soportar un sufrimiento constante y combatir un cansancio permanente con una sonrisa en los labios.

Conocía además a muchas mujeres cuyas vidas eran aún mucho más perras que la suya.

Si su madre se había ido de Cuba en busca de una vida mejor, y no lo había conseguido, no era plan de restregárselo a la pobre por las narices.

Por eso trataba de llegar viva al final del día, para llamar a su progenitora y asegurarle que se encontraba bien, ya que para ella vivir consistía en dar la vida y las gracias a quien nos la ha proporcionado.

Por ese motivo aguantaba todo y más, como el hecho de que su marido hubiera pasado una vez más la noche fuera de casa.

Aunque se hacía la tonta, conocía muy bien todos y cada uno de los asuntos turbios en los que estaba metido, desde el tráfico de hachís hasta que le gustaba irse de putas.

Su hermano le había contado que más de una vez que lo había visto solicitar los servicios de las jovencitas de la calle Montera.

Y aunque él tampoco le había precisado por qué demonios se encontraba allí, como desde que era pequeño le había visto utilizar los productos cosméticos de su madre, suponía que además de un erudito era travesti.

Ella, aunque podía parecer una mujer de lo más vulgar, comprendía todo porque su corazón era inmensamente grande y carecía de prejuicios.

Árabes, cristianos, ricos y pobres, eran iguales frente sus ojos puros y llenos de amor hacia los demás.

Quizás en eso radicaba el secreto de su felicidad.

Con tomarse cada mañana un café tenía suficiente para afrontar todas las vicisitudes cotidianas, y por eso comprendía también a los que fumaban porros o se atiborraban de cocaína y alcohol.

La vida era igual de dura para todos, y sin drogas, o la más fuerte de todas ellas, el amor, se volvería insoportable.

Lo que ya no le parecía tan bien era lo de que ir a comprar sexo fuera teniéndolo en casa, así que las cosas no iban a quedar así.

Esa mañana, por mucho que el encargado le echara una bronca de tres pares de tetas, ya que era domingo, se merecía un descanso.

Así que apaga el despertador sin temor a dormirse de nuevo.

Momo se despide de su amigo cuando ya ha comenzado a amanecer. Habían permanecido casi dos horas sentados en la plaza de Alonso Martínez hablando de música, que era la pasión de su colega. Por ese motivo trabajaba en ese bar, ya que entre semana pasaban por allí las mejores bandas de jazz y de blues del mundo. A veces incluso le permitían tocar un ratito la batería con ellos. Qué tendría la música para ser capaz de llenar toda una vida, se preguntaba mientras Marcos le contaba emocionado sus experiencias con músicos de los que él ni siquiera había oído hablar, y dudaba que volviera a escuchar alguna vez sus nombres. Se diría que en ese sentido aquel era el rincón más neoyorkino de la ciudad, aunque los fines de semana se convertía en un garito vulgar lleno a rebosar. Como tenía cierto renombre, los que iban allí los sábados a beber, esnifar y ligar, se consideraban gente con clase. Según su amigo eran treintañeros de familias adineradas con buenos puestos de trabajo que venían con ganas de tirarse a quien fuera. Al parecer las mujeres, las típicas rubias de bote, iban derechas a por él. Según se las describía, eran igualitas a los modelos femeninos que promocionaba la revista en la que trabajaba; es decir egoístas, despiadas y agresivas, buscando sexo al estilo de la serie americana favorita de todas ellas. Luego estaban los hombres, más tranquilos pero tan sólo en apariencia, dado que el hecho de tratarse de expertos cazadores de carne humana durante siglos les había vuelto taimados, aunque el brillo lascivo de sus miradas también asustaba. El dueño lo tenía clarísimo, por un lado estaba su pasión por la música que le costaba dinero de su bolsillo, ya que la ciudad no era aficionada a esos estilos musicales, pero por otro aprovechaba la afición del personal al ligoteo para compensarlo. Así que los fines de semana empleaba a los camareros como carnaza para nutrir a las fieras, y así salía de allí su amigo, destrozado física y moralmente. Se habían conocido en el colegio y siempre se llevaron bien, aunque sus vidas poco tenían en común. Si la suya podía considerarse de lo más común: padres normales, carrera, trabajo y matrimonio; la de Marcos parecía un tango. No en vano su madre era argentina, aunque de origen español, casada con un italiano del que pronto se separó y luego se vino a Madrid. Trabajaba de modista, y su único hobby era hacerle la vida imposible a su hijo. Entonces, para no tener que escucharla, había comenzado a refugiarse en la música. De adolescente se pasaba el día metido en Madrid Rock o tocando la batería. Y así había seguido hasta que un buen día se enamoró. Él había presenciado aquel momento tan crucial en la vida de su amigo. Se habían ido de Interrail por Italia, haría ya más de diez años de aquello. Estaban tirados en la plaza de San Marcos, fumando porros tranquilamente, cuando una chica guapísima con acento argentino se acercó a pedirle fuego. No sabía lo que le había sucedido, pero se quedó como en trance. Ella dejó a sus amigas, se les unió aquella tarde, y luego por la noche. Al día siguiente, cuando fueron a dormir a la playa, ellos desaparecieron. Tras aquel fulminante flechazo, se marchó a Buenos Aires; pero luego, cuando todo se fastidió por allí, regresaron a Madrid. Ella trabajaba, pero él se empeñaba en llegar a vivir de la música, lo cual le parecía bastante egoísta por su parte, y no le extrañaba que hubieran terminado mal. Al menos a mí me va bien con mi mujer gracias a que tengo un empleo fijo, considera mientras se despiden con un apretón de manos.

Marisa abraza dormida a su hermana, estrechándola contra su cuerpo y sintiendo su calor.

Aquel gesto tan habitual entre ellas era lo que le proporcionaba la fuerza para existir en el gran sentido de la palabra.

Amo ergo sum era su filosofía.

Por eso desde que había descubierto en Francia la obra de Tiquun se sentía parte de ellos.

Se trataba de un grupo de filósofos considerados como revolucionarios, y en realidad lo eran por preconizar el amor en tiempos de cólera.

Les había conocido cuando se encontraba en París en la primavera del 2006 investigando para su tesis sobre la obra de la escritora y feminista Hélène Cixous.

Para pagarse la estancia, cuidaba niños durante la hora de comedor y el recreo en un colegio para ricos de la rive droite.

Por unos cientos de euros, les ofrecía su cariño y cuidados del mismo modo que ella los había recibido durante su infancia, sin considerar que eso podría considerarse para ellos un privilegio más.

Nunca antes se había planteado el hecho de resultar tan dulce y bella, porque desde niña le había parecido normal.

Pero cuando le había tocado colocarse del lado de los jóvenes golpeados por la policía, había comenzado a considerar que a lo mejor no resultaba fortuito el hecho de que todos los marginados fueran tan feos y huraños.

Resulta que sus madres les habían destetado y abandonado nada más nacer para ir a trabajar a las casas de los burgueses que habitaban el corazón de la ciudad del amor.

Así había caído en la cuenta que ella misma, como toda mujer joven, recibía pingües honorarios a cambio de vender no sólo su tiempo, sino todo su ser.

Y es que estando de buen ver, una podía optar fácilmente a un trabajo, pues se convertía en la mercancía predilecta del burgués.

Incluso Godard había hecho lo mismo con sus mujeres, por mucho que al mismo tiempo se hubiera consagrado a criticar ese abuso.

Alphaville, una de sus películas favoritas, mostraba a la perfección que vivimos en una época imperial como la romana.

Tal como relataba Pascal Quignard, uno de los muchos autores a los que leía en francés, el sexo, desde la época de Augusto, se había convertido en un arma de guerra al servicio del poder.

Cristo, no por casualidad, había ofrecido sus doctrinas de libertad, igualdad y fraternidad con las mismas ansias de justicia social que Tiquun en pleno reinado de un emperador romano perverso, cruel y malvado.

Según las leyes morales del imperio, el amor amenazaba la estabilidad patriarcal ofrecida por el matrimonio como método reproductivo de los patricios.

A partir de entonces la libertad sexual y amorosa se encontraron proscritas.

Los esclavos se revelaron, como durante el comunismo, pero no consiguieron nada porque la iglesia católica romana, a través del matrimonio, transformó el cristianismo en un nuevo brazo armado del poder esclavista y bélico.

Todo eso lo había aprendido a través de sus lecturas y las conversaciones con Ángel.

Él, al igual que la primera mujer que llegó a convertirse ministra en el mundo, una anarquista republicana española, ofrecía auxilio a las mujeres que vendían su cuerpo y su alma para que los hombres saciaran su sed de mal.

Las prostitutas eran simplemente seres humanos sacrificados por el bien del capital.

Pero ese no era su caso, pues aún dormida se sabe amada, algo tan necesario para vivir como el agua o el pan.

Manu observa a Muriel hacer las maletas.

Nunca hasta entonces se había dado cuenta de que su meticulosidad llegara a tales extremos.

Ella siempre había sido escrupulosa, limpia que se dice, también ordenada, tal como se esperaba de las mujeres de las familias bien.

Entonces, al verla actuar como si estuviera en un laboratorio, se daba cuenta del significado de aquel hábito femenino tan bien aceptado socialmente.

Era el horror a la muerte lo que se encontraba implicado en aquel ritual sagrado.

Ahora comprendía por qué cada vez más personas se veían afectadas por fobias relacionadas con el miedo a contraer enfermedades.

La gripe A, por ejemplo.

Un virus había conseguido aterrorizar a todo el planeta sin que nadie se hubiera planteado el sentido de aquella amenaza.

Se trataba de la falta de fe, pero sobre todo de amor.

La prueba era que en unos instantes, simplemente por el hecho de haber roto con él, se había convertido en una especie de robot.

Sus movimientos eran los de un autómata, y la expresión de su rostro producía terror.

En el fondo se sentía feliz y respiraba hondo alegrándose de haber terminado con ella.

Por mucho que le hubiera echado en cara el haber estado viviendo durante años a costa del dinero de sus padres, pensaba que ella le había estado vampirizando.

Para empezar se aprovechaba de su pensamiento.

Nunca leía, ni siquiera el periódico, y esperaba que él le ofreciera no sólo la información, sino la repercusión de cada noticia.

Él reflexionaba sin cesar en voz alta, mientras ella mantenía una sonrisita de satisfacción, como quien se sabe dominador.

Entonces las mujeres frías, dominantes, o flores del mal, como Baudelaire las llamaba; se habían convertido en las amas del mundo.

Y esa violencia, disfrazada de pulcritud, le parecía propia de un sepulcro.

Eso realmente significaba la escrupulosidad malsana, el hecho de considerar a los demás como cadáveres putrefactos.

Lo séptico se encontraba dentro de todos nosotros, y todos esos afanes antisépticos no servían más que para aumentar el padecimiento que un profeta había venido en vano a la tierra a redimir.

La razón de todo aquel miedo patógeno, el verdadero germen del mal, era sin duda la ausencia de goce.

Es decir, la escisión del núcleo del ser, el cisma entre el sexo y el amor.

Ellos, como toda pareja genuina, se habían iniciado en ambos poco a poco.

Primero había llegado la atracción y luego el acercamiento.

Una vez a solas, sus almas se habían buscado a través de los ojos, encontrándose y regocijándose mutuamente.

Los labios, pero especialmente las manos, durante años habían sido capaces de fusionar por sí mismas sus dos seres.

Lo que se dice sexo, la unión genital propiamente dicha, había tardado en hacerse un hueco en sus encuentros amorosos.

Precisamente en aquella primera época el deseo fluía como un río.

La eyaculación carecía de importancia pues sucedía de modo espontáneo.

Pero luego, cuando el coito se institucionalizó, de algún modo fue robando terreno al amor, y así al final su alma había llegado a convertirse en un pozo seco.

En el fondo algo le había matado por dentro, y viéndola actuar con tal vehemente frialdad, reconocía a la culpable de aquel crimen contra la humanidad.

Malaika se encuentra en estado de shock pues jamás hubiera imaginado que podría llegar a encontrarse en un situación tan comprometida.

Resulta que mientras entablaba conversación tranquilamente con una chica Nigeriana para saber si había alguna posibilidad de salvarle la vida, el marido de su hermana se les había acercado.

Una sangre helada, pues fría ya tenía que tenerla para encontrarse allí haciendo lo que hacía, se había apoderado de su espíritu.

Era tarde y ya no quedaban más chicas por allí, así que tenía el cincuenta por ciento de probabilidad de que le tocara.

Además sabía muy bien que los árabes eran realmente racistas frente a los negros, a los que consideran una raza inferior; aunque luego eso no les impedía tratar de imponerles su religión.

Bueno, al menos todo había ido bien, como de costumbre.

Le había hecho subir a su habitación en la pensión Amador, decorada especialmente para la ocasión.

Allí, durante los dos años que llevaba metido en eso, se había dedicado a colocar todas cuantas fotos de mujeres maltratadas encontraba para inspirarse a la hora de realizar su performance.

Al entrar les preguntaba lo que querían y les cobraba por adelantado.

Entonces, cuando se disponía a guardar el dinero en el bolso, sacaba su pistolita traída de Los Ángeles para la ocasión.

Muy dulcemente les hacía arrodillarse y pedir perdón por sus pecados.

Muchos, la mayoría, terminaban llorando arrepentidos.

Y es que algunos, tal como confesaban, llegaban incluso a tomar el dinero que sus mujeres ganaban limpiando, los muy hijos de mala madre.

Es decir, de mujeres esclavizadas y maltratadas por todo quisque, como las suyas.

En realidad no creía que en esa guerra hubiera buenos y malos, sino fuertes y débiles.

Los hombrecillos que iban allí a pie eran poca cosa, pobres diablos que si no maltrataban físicamente a sus esposas era porque tenían menos fuerza que ellas.

Por eso motivo necesitaban utilizar a aquellas chicas para mantener su hombría a punto.

Ellas se dejaban hacer porque estaban al servicio de un fiero bien musculado que a puñetazos las mantenía firmes sobre los tacones.

Se trataba de una cadena como la de la alimentación, prueba de que el canibalismo había logrado adquirir un matiz más simbólico a través de las religiones monoteístas.

De hecho pasar por la piedra significaba antiguamente sacrificar, como lo hicieron los judíos con Jesucristo por tratar de defender a las prostitutas y el amor frente al sexo.

Pero para los romanos, cuyos antepasados habían sido amantados por una loba, sinónimo de puta, pasar por la piedra consistía en encolar violentamente al enemigo.

Y por eso, a pesar de Cristo, Venus y Marte, el sexo y la guerra, las armas y la prostitución, seguían siendo los verdaderos dioses demoníacos de los hombres.

Así que su labor redentora consistía en calentarles las nalgas y meterles el puño por el ano para que supieran lo que era bueno.

Lo cierto es que tenía éxito, porque todos volvían a repetir después de cierto tiempo.

Se trataba sin duda de una cuestión de justicia, pues el que da golpes, también necesita recibirlos en revancha, de lo contrario su alma se siente pecadora y sufre.

Al fin y al cabo, todas las relaciones sociales se basaban en un toma y daca.

Los que iban de muy machos, tenían siempre en el fondo una parte femenina clamando ser penetrada.

Pero, aún creyendo haber actuado correctamente, se siente conmocionado.

María escucha sonar su móvil.

En ese instante se encontraba profundamente dormida soñando precisamente con su ex, el mismo que por inercia había marcado su número de teléfono.

Tantos años había esperado aquel momento...

En sueños cada noche se encontraba en sus brazos como si nunca la hubiera abandonado.

Habían pasado siete años, sin embargo para su inconsciente no había ni siquiera transcurrido un segundo desde el último beso ardiente de sus labios.

El flechazo entre ambos había alcanzado tan intensidad que se diría que sus seres habían quedado ensartados para siempre en el lugar donde se habían encontrado por vez primera.

Ella siempre regresaba a la gran plaza de Venecia en sus sueños, luego al Lido conducidos por un gondolero que les arrullaba con el timbre vocal de un Pavarotti.

Ave Maria...

Ésa era la melodía que ahora entonaba el tenor con su camiseta a rallas a la luz de la luna.

Ave Maria...

Se sabía nacida para alcanzar aquel punto de una dimensión tan elevada como misteriosa al que tan sólo en sueños era capaz de regresar, y en la que había logrado mantenerse durante más de diez años gracias a ellos.

En el fondo de su corazón se sentía dichosa porque el goce junto a su amado había sido tan inmenso que su recuerdo perduraba y lo haría por toda la eternidad.

La vida para ella consistía simplemente en florecer y al encuentro con el polen reproductor dar origen a un fruto.

Ni siquiera le hacía falta ser creyente para comprender el significado de la figura de las vírgenes con niños, pues ella se sentía una más.

Sin embargo, por mucho que sus padres, y especialmente la madre de Marcos, hubieran insistido en que debían casarse, en absoluto se arrepentía de negarse a ello.

Encontrarse divorciada en un país extranjero la haría sentirse como su suegra, una paria.

Así era libre, al menos, si es que uno podía pedir algo más.

Salud y libertad eran sus dos únicas ambiciones, aunque la primera había comenzado a escasear tras pasar un invierno helado bajo un aire completamente contaminado.

Entonces regresaba a orillas del Adriático y los tres se repartían una pizza en una especie de comunión sagrada riéndose y mirándose a los ojos.

Justo en ese instante el teléfono había dejado de sonar.

Marcos, tras haber estado rememorando con Momo su primer encuentro en Venecia, no había sido capaz de reprimir el impulso de llamarla.

Le encantaría volver a ver a su hijo, aunque por otra parte la vergüenza le turbaba.

Al menos había aprendido la lección más importante de su vida, y es que como decía el refrán, no es oro todo lo que reluce.

Cuando había conocido a Marta, la ambición le había cegado, creyendo que el éxito era una cuestión de dinero y poder, cuando en realidad los ricos no eran más que esclavos de la banalidad.

Más de mil y una noches había perdido el tiempo tratando de hacer contactos, como su ex lo llamaba, lo cual consistía únicamente en dejarse llevar por el frenético consumo de alcohol y cocaína.

Al menos el año que llevaba de nuevo dentro de la barra, tras seis años fuera de ella, le había servido para recuperar su integridad moral.

El Ave María vuelve de nuevo a sonar, y esta vez ella consigue despertar.

Mario es perseguido por una bruja a través de espacios tenebrosos.

Se trataba de un sueño recurrente que arruinaba sus noches de forma habitual desde la muerte de su madre.

Una mañana que se encontraba en la biblioteca de la facultad a primera hora de la mañana, como de costumbre, al verle Ángel tan abatido, le había preguntado por el motivo.

Aunque no acostumbraba a tratar de temas personales con sus compañeros, le había contado su maldita pesadilla.

A medida que se la describía, sus ojos se iban iluminando.

Al instante se arrepintió de haber compartido sus temores con alguien, como si aquello hubiera supuesto una debilidad.

Él le había hablado de un poeta austríaco amigo de Wittgenstein y de sus ideas sobre el simbolismo de los colores.

Según ese autor que él desconocía, aunque pudiera parecer incongruente, el blanco no simbolizaba la pureza, sino la muerte.

Aquella idea le había parecido absurda pues precisamente con él se vestían las novias, las cuales representaban la vida.

Entonces le había hecho interrogarse por el sentido de la filosofía wittgensteiniana, advirtiéndole que podría encontrar en su obra grandes paralelismos con Spinoza e incluso con Kant.

Para él el problema consistía en temer a las brujas, cuando en realidad podrían representar el bien.

Estaba claro que se trataba de un feminista redomado para pensar así.

En esa cuestión nunca lograban ponerse de acuerdo.

Incluso afirmaba que la caza de brujas, llevada a cabo en la Edad Media, había sido una conspiración entre la iglesia y sus universidades para deshacerse de los saberes curativos femeninos, y apartarlas como posibles competidoras frente a los médicos diplomados.

Pero sin duda la disputa más grande la habían tenido por culpa de la mujer que ofreció a Althusser su amor y sus ideas durante más de treinta años.

Al final había aprendido su apellido, Rytman, porque Ángel insistía en repetirlo en lugar de referirse a ella como su mujer, especialmente tras haberla asesinado.

A pesar de ese desgraciado incidente, se trataba de su pensador favorito, y no por ello dejaría de serlo.

La complejidad estructuralista que entrañaba su obra le maravillaba, pues era de los que opinaba que el lenguaje filosófico, cuanto más hermético, mejor.

Mientras que los pensadores como Sartre, que incluían en sus obras referencias literarias, como para ablandarlos, le parecían de segunda, pues consideraba la emoción y la belleza cosa de mujeres, no de filósofos.

Pero lo más absurdo que le había escuchado decir a Ángel era que quizás ni la primera ni la segunda guerra mundial hubieran tenido lugar sin que Marx hubiera proporcionado al capitalismo un verdadero manual de instrucciones sobre la explotación del proletariado.

Incluso mantenía que por su culpa, la nación rusa había llegado a convertirse en una gran legión de soldados, al igual que China de esclavos.

Y respecto a la caza de brujas, arguía que en la ignorancia actual de los saberes curativos femeninos radicaban todas las enfermedades que asolaban a la humanidad, especialmente las psicológicas.

Entonces, dormido, se plantea que a lo mejor debería dejar de correr y enfrentarse a la bruja a pesar del pánico que le produce.

Miriam está a punto de encontrar el argumento de su novela.

Tenía ya en mente algunos personajes, todos femeninos, pues ése era el mundo que le rodeaba.

De repente se imaginó que todas aquellas mujeres que formaban parte de su vida: modelos, diseñadoras, maquilladoras, fotógrafas, publicistas..., estaban encerradas en un convento.

Aquella idea sonaba un poco surrealista, la verdad, pero al menos podía tratar de desarrollarla puesto que se le había ocurrido a ella, y la sentía como una especie de creación propia.

Quizás fuera cuestión de perseverancia, de darle forma como a una figura de barro, del mismo modo que el propio creador lo había hecho con Adán.

Al fin y al cabo sentía como si esas mujeres poseyeran semejanza con las monjas, tal como ella misma suponía poseer.

Todas tenían en común el idolatrar la moda y el postrarse de rodillas ante ella, obedeciéndola ciegamente.

Ahora se le ocurría que las ciudades, como en la antigüedad, se encontraban repletas de conventos llenos de féminas a rebosar, pero que los muros de piedra se habían transformado en escaparates.

Qué disparate.

Entonces se reía de ella misma y de sus ideas descabelladas.

Al instante dejaba de sonreír y su rostro adquiría la gravedad acostumbrada cuando se encontraba en el trabajo.

De nuevo volvía a soltar pequeñas risotadas imaginándose que los collares eran como los crucifijos colgando del cuello de las novicias modernas y que esos zapatos de tacón incómodísimos sustituían realmente a los cilicios.

La carcajada era aún mayor, y lo cierto es que estaba disfrutando de su imaginación como no recordaba haberlo hecho en toda su vida.

Una sonrisa pícaro de Mona Lisa se dibujaba en su rostro.

Tras la idea que acaba de cruzar como una estrella fugaz por su universo cerebral, permaneció boquiabierto.

Algo le había hecho descubrir que no era habitual ver imágenes de mujeres con rostros de aspecto tan gozoso como el de la misteriosa pintura de Leonardo da Vinci. Ese pensamiento la condujo hasta el famoso bestseller basado en la unión carnal entre Jesucristo y María Magdalena, que una mujer llamada Sofía, como la filosofía, llegaba a desvelar.

Por cierto, El ocho es uno de los libros prohibidos por el Opus Dei, se decía.

Con la expresión suspicaz de una detective trataba de desenmascarar a un sospechoso ignoto.

¿Quién demonios me habrá hecho pasar tantos años sin gozar de mi propio pensamiento?, se preguntaba ofendida y enfurecida.

Su mirada se tornaba iracunda como la de una imagen que acostumbra a ver, aunque no recordaba exactamente dónde.

Tras darle vueltas a la razón de esa furia que la invadía, recordó el logotipo de Versace.

Todo tenía una explicación y gracias simplemente a tratar de escribir una novela, había resuelto por azar una complicada ecuación.

Entonces, el Opus Dei, Aznar, la Botella, Esperanza Aguirre y toda esa tropa opusina estaban detrás de la conspiración para convertir a las jóvenes madrileñas en las mujeres castas y devotas de una nueva religión perversa.

Al fin todo cobra sentido, y ahora sabe muy bien de qué tratará su libro.

Moncho acaba de encontrar al protagonista de su próximo largometraje. Resulta que nada más empezar a barrer se lo encontró cantando y saltando de alegría. Una fuerza poderosa, como un imán, le había hecho acercarse a él. Sus ojos brillaban como diamantes, y su sonrisa era la más espléndida que nunca hubiera llegado a imaginar. Nada más verle pensó que no era habitual encontrar en estos tiempos miradas llenas de felicidad a rebosar. La música brotaba de su cuerpo y de su boca, improvisaba y enlazaba diferentes melodías sin el menor esfuerzo. Parecía Gene Kelly bailando bajo la lluvia, saltando de un banco de piedra a otro y subiéndose a las farolas. Algo así no hubiera imaginado que podría sucederle ni en sueños. Él mismo se había puesto a acompañarle, utilizando la escoba como pareja de baile y apoyándose en ella para saltar. Los grupos de jóvenes que andaban aún por allí a aquellas horas de la mañana, les grababan con el móvil, como si se tratara de un gran espectáculo. Hasta entonces nunca se había creído capaz de representar una comedia, y de repente se planteó que quizás no fuese tan difícil. Según Woody Allen la fórmula era simple, tragedia más tiempo, y al parecer tenía toda la razón. Cuando se terminó la función, al entablar conversación con aquel treintañero de aspecto tan singular y sugerente, comprobó que así era. Resulta que toda su vida había supuesto una tragedia desde que tenía dos años y sus padres se habían separado. Su padre era argentino de origen italiano, y su madre de ascendencia española. Tras la ruptura, ella había regresado sola al país del que procedía su familia. Pero por orgullo, no había querido retornar al pueblo de sus abuelos, y había criado a su hijo sola trabajando en Madrid como modista. De niño, siempre rodeado de mujeres, viéndolas únicamente pendientes de sus vestidos y del espejo, había generado hacia ellas una especie de aversión. De jovencito tenía mucho éxito entre las chicas, pero las rehuía por considerarlas estúpidas y vanidosas, prefiriendo consagrar su tiempo a la música. Sin embargo un día había aparecido en Venecia, en la famosa plaza con su mismo nombre, el amor de su vida. La tragedia se produjo para él el día que la abandonó, precisamente el de los atentados de Atocha. Tras cuatro años absolutamente enamorados, ella le había pedido que antes de marcharse tratara de dejarla embarazada, para que al menos conservara un recuerdo para siempre de su amor, y así fue. La mujer que le había seducido era la típica rubia teñida, una especie de demonio, estúpida, vanidosa e indolente, que trabajaba para Bankia. ¡Cómo no, los malos de la película!, se decía. Durante seis años había vivido en un piso del barrio de Salamanca, comido jamón ibérico a diario, y viajado cada agosto a los rincones más exóticos del planeta. Era músico y había creído que junto a ella conseguiría tocar con los mejores. Pero a su lado llegó a sentirse el más fracasado y miserable del mundo. Tras narrarle su vida, le había pedido dinero prestado para llevarle flores a su amada, con la que había decidido volver y nunca más abandonar. Y él, convencido de que acaba de encontrar al protagonista de su próximo largometraje, se lo había ofrecido sin rechistar.

Marta suda y se agita en sueños tratando de arrancar sus cadenas.

Nunca hasta aquel día había sido tan consciente de su falta de autonomía.

Al final todo resultaba ser una trampa, una especie de jaula en la que vivía encerrada, aún creyéndose rica y afortunada.

Su abuela, aquel monstruo dominador que había obligado a sus padres a vivir en el mismo edificio que ella durante más de veinte años, la amenazaba con un látigo obligándola a entrar de nuevo en su prisión enrejada.

En realidad esa mujer siempre había gobernado a la familia como si se tratara de una pequeña nación, defendiéndola contra posibles enemigos en un estado de guerra preventiva permanente al estilo de Bush y Aznar.

Al parecer, el único que había conseguido sacar partido de todo aquello era su padre. Se diría que esa mentalidad facha estaba creada para beneficiar únicamente a los hombres, si bien eran las mujeres las que la preservaban.

Si tenían un hijo varón lo mimaban, adoraban su falo como si se tratara de un tótem.

Mientras que a las hijas, por no tener pene, las despreciaban y maltrataban.

Las mujeres de su familia estaban cortadas por ese patrón, y ella, de haber llegado a tener hijos, hubiera repetido ese modelo.

Su abuela le había arruinado la vida a su madre, manteniéndola encerrada como una cenicienta palaciega, sin poder realizar en toda su vida otra actividad que obedecerla; mientras su tío, y también su propio hermano, vivían completamente libres.

Aunque su madre no era tan malvada y manipuladora como la suya, estaba repitiendo los designios de su familia.

Por eso ella misma iba siempre llena de pulseras de oro a modo de grilletes.

El hecho de haberlas heredado, le obligaba a ponérselas.

También, desde la adolescencia, comprendió que debía ir siempre maquillada, para así no desentonar entre los ricos, ni asemejarse a la portera y a su prole, tan inferiores desde el punto de vista de los suyos.

En realidad no eran tan sólo sus padres, como siempre había creído, y su psiquiatra le había confirmado, las personas que tanta presión ejercían sobre ella.

La clase social a la que pertenecía, a cambio de alimentarla a base de ibéricos, permitirle viajar en vacaciones a donde le diera la gana, y vivir en un barrio elegante, la condenaba a una especie de guerra psicológica frente a cada persona a la que se enfrentaba diariamente.

Ahora lo veía todo clarísimo.

Se trataba de batallar frente a los demás por preservar los valores dictatoriales heredados de una sociedad franquista, de la cual su familia no era más que un diente en el gran engranaje de una máquina de guerra voraz.

De ahí todo su malestar, su ansiedad, la depresión que sufría desde hacía años, y su gordura malsana.

Pues si parecía inflada, era porque se sentía como una bomba a punto de estallar.

Incluso lo que le había sucedido en Nueva York, a los dieciocho, cobraba sentido.

Había llegado allí creyéndose que era la dueña del mundo, cuando aquella gente, y especialmente los negros, debían estar hartos de ser avasallados.

Aquel trágico intento de violación y las verrugas genitales habían representado un modo de advertirle que se estaba adentrando en los dominios del mal.

Más de veinte años habían pasado sin descubrir aquel secreto que todos se empeñaban en silenciar.

Incluso Marcos, en vez de mostrarse sincero, la había utilizado vilmente.

Vislumbrando en sueños la raíz de todo su sufrimiento, suda y se agita como si se hallara poseída por el demonio.

Marcial no puede pegar ojo de lo nervioso que está.

Hacía años que no tenía relaciones íntimas con una mujer, y le temblaban las piernas pensando en que iba a quedar con una tras tantos años de celibato.

Incluso se planteaba ir a rezar a la iglesia del Cristo de la Victoria pidiéndole a Dios que obrara un milagro.

El problema era que eso de victoria le sonaba a guerra, no en vano allí se congregaban, por encontrarse cerca de Moncloa, los fachas del barrio.

Aquella era la parte regia de la ciudad, donde se encontraba el palacio presidencial, las residencias militares, el ministerio del aire, el águila sobre un enorme pedestal, el edificio circular lleno de cruces dedicado a los caídos en la batalla de Madrid, y frente a éste el arco de la victoria franquista.

Sin duda los derechistas quisieron mostrar su triunfo y lo llevaron a cabo sin escatimar en gastos.

Aunque el palacio de la Moncloa lo habitaba un socialista, no hacía falta ser muy avisado para darse cuenta de que en ese barrio se encontraba fuera de lugar.

Precisamente allí, en la cafetería de un edificio llamado Galaxia, se había fraguado el golpe de estado.

Y aunque hacía ya treinta años de aquello, el ambiente continuaba enrarecido.

Por entonces los pijos se reunían en los bajos de aquel edificio, no en los de Aurrerá, a donde iba él, sino en los de la manzana contigua.

Recordaba que una vez, por curiosidad, se había acercado hasta allí con unos amigos, colándose entre los ricachones, altos y apuestos ellos, rubias y delgadas ellas.

Hacía calor aquella noche, pero él llevaba su chupa de cremalleras, de la que estaba orgulloso por habérsela comprado con el primer sueldo que había ganado.

Por entonces, aunque le costaba creerlo, solía ligar a pesar de su complexión débil.

Las chicas le decían que tenía una cara muy graciosa, además de unos bonitos ojos verdes.

Pero las mujeres, ya por aquella época, bebían demasiado, así que se acostaban con uno y al día siguiente ni se acordaban, a menos que les interesara, y no era el caso.

Y es que hasta las que iban de liberadas, vestían de negro y secundaban a los que protestaban a través de la música y los gritos desesperados, en el fondo eran tan conservadoras como el resto.

En cuanto descubrían que vivía solo y no tenía el mínimo contacto con su familia, se esfumaban en busca de un mejor partido.

Sin embargo él estaba convencido de ser mil veces mejor que aquellos con los que se casaba la mayoría, su propio padre el primero.

Luego, cuando llegaban los hijos y los pesares, con ese tipo de hombres fornidos, que estaban muy bien para follar, no se podía contar.

Y había que ver la cara de amargadas que se les ponía luego a las pobres, que incluso después de divorciarse tenían que seguir aguantando sus ataques machistas.

Él, que cuando huyó de su casa creía que era en la única que se cocían habas, a lo largo de su vida se había percatado de que ninguna estaba libre de pecado.

No hacía falta más que ver las estadísticas sobre las mujeres que eran maltratadas y asesinadas para hacerse una idea de la magnitud del problema.

Según Mónica, con la que mantenía largas conversaciones sobre temas de ese tipo, se trataba de una guerra civil mundial librada en el seno del capitalismo, que todavía tendería a agravarse más con el paso del tiempo.

Él, que no participaba de esa guerra desde hacía mucho tiempo, para empezar porque en el mercado de la carne humana su cuerpo no tenía ningún valor, tiembla de miedo y a punto está de convertirse en un desertor.

Muriel quiere despertar a Manu para despedirse.

Lógicamente, marcharse sin decirle ni siquiera adiós le parecía muy violento, y de mala educación.

Miraba su reloj de Cartier desesperada, aunque todavía faltaban más de dos horas para la salida de su vuelo.

Se diría que lo estaba haciendo adrede para fastidiarla, porque juraría que hacía unos minutos le había visto levantarse para ir al baño.

Por una parte le maldecía, aunque por otra se daba cuenta de que aún sentía por él una pasión muy intensa.

En ese momento estaba a punto de sucumbir.

Sentía deseos de meterse también ella en la cama y olvidar todo lo sucedido aquella terrible noche.

Quizás la pelea había sido una de tantas de las que habían tenido lugar a lo largo de su vida juntos.

Era especialista en sacarla de quicio, aunque se atrevería a decir que precisamente eso era lo que más le gustaba de él, porque luego, con un simple arrumaco, la hacía caer rendida a sus pies.

Seguro que se trataba de una táctica masculina, porque sin duda él conocía todos los trucos para mantener a una mujer constantemente excitada.

Lo de darle celos, como aquella noche, tampoco era la primer vez que lo hacía.

Ahora que lo pensaba, menudo historial tenía.

Seguro que me ha visto coquetear con Maurice y por ello me ha montado ese pollo.

Y eso que no sabe que cuando fui a su habitación a servirme mi whisky favorito, apareció de repente y me besó de un modo que de tan ardiente dejó asombrada.

¡Quién lo diría de él!

Entonces sonreía sentada en el borde de la cama dispuesta a olvidar lo sucedido, tanto lo del beso como la disputa.

En ese momento se arrepentía de todo, y pensaba que en el fondo él tenía razón.

Seguro que ella era una absoluta ignorante en materia de arte, de cine, y de muchas cosas más.

Él no quería trabajar como profesor de secundaria por el momento, pero al menos se leía todos los días el periódico y le informaba a ella de la actualidad.

Le gustaba enterarse de las cosas que sucedían en el mundo, pero le daba pereza ponerse a leer con calma las noticias, como él lo hacía.

Prefería pasear, ir de compras, montar a caballo...

Más que aprovecharse de ella, reconocía que vivían en una especie de simbiosis.

Qué culpa tenía él de que sus padres tuvieran tanto dinero y además fueran generosos.

Él se lo merecía porque era educado y culto.

Daba gusto estar a su lado.

Sus conocimientos tendrían que proceder de los libros que leía.

Sabía no sólo de literatura, sino de otros temas complicadísimos como la filosofía, la política o la economía.

Si estaba convencida de que llegaría a ser alguien en el mundo de las letras, sería sin duda por algo.

Entonces siente por él una ternura muy intensa y comienza a acariciarle dulcemente, como él solía hacerlo durante horas, recorriendo su cuerpo suavemente con sus manos y colmándola de placer.

Piensa despertarle para despedirse antes de coger el avión, porque de todas formas tenía que viajar a París tarde o temprano, pero está segura de que permanecerá para siempre a su lado.

Modu sueña con su país, ya que había algo de él que en el fondo

53

Modu sueña con su país, ya que había algo de él que en el fondo añoraba, aunque no sabría decir el qué.

Allí la gente era tan diferente...

Para empezar resultaban amables, como las personas humildes suelen serlo.

Cuando llegaban los extranjeros, los trataban de un modo acogedor, mientras ellos, incluso los religiosos y los que trabajaban para las ONGs, se mostraban despectivos y altaneros.

Suponía que los romanos, durante la época de dominación de sobre las tierras de Europa, se habían comportado de un modo semejante.

Seguro que tampoco eran joviales, como les sucedía ahora los occidentales, que en eso no se parecían en absoluto a los africanos, siempre cantando y bailando con el corazón lleno de alegría.

Ellos carecían de desarrollo tecnológico y científico, pero del resto eran iguales a pesar del color de la piel.

No en vano Jesucristo había luchado por esa igualdad en tiempo de los romanos, aunque ahora nadie parecía darse cuenta del sentido de esa creencia por haber sido convertida por el imperio en dogma a la fuerza.

En su país había iglesias a montones tanto cristianas como mahometanas, ya que eso parecía lo único que les interesaba a los gobernantes, que a cambio recibían importantes ingresos, que luego invertían en armas y en soldados.

Aunque la religión de los cristianos le parecía un poco mejor, no le había quedado más remedio que pasar por el aro de los árabes.

Mientras vivía allí, fingía, como el resto, obedecer a los ritos sociales del grupo al que pertenecía a pesar de resultarles terriblemente injustos y crueles, en especial con las mujeres, a las cuales denigraban sin compasión.

El animismo, la religión pura y simple del poder del alma, aunque estaba cada vez peor considerada, podía resultar más útil, y llegaba incluso a curar enfermedades.

Eso sí, siempre que se utilizara para hacer el bien, porque también estaban los que empleaban la fe de las personas para mantenerlas atemorizadas, como sucedía con las demás doctrinas.

El ejemplo era que muchas de las mujeres africanas que trabajan como prostitutas habían sido sometidas a prácticas de ese tipo en sus países de origen.

Pensándolo bien, si eran capaces de soportar aquello por temor a que a alguien de su familia le sucediera algo malo, cuánto amor debían albergar en su corazón.

Y es que en el fondo, aunque las mujeres africanas no representaran el modelo de belleza dominante, le parecían mejores.

Lástima que las mayoría de las que llegaban a Europa, se encontraran subyugadas por los proxenetas.

54

En realidad lo que echaba de menos era el contacto con una persona del sexo opuesto perteneciente a su misma cultura, con la que además pudiera compartir su lengua materna, el wolof, y así fuera capaz de comunicarse de verdad.

Hacía tiempo que venía sintiendo la desagradable sensación de encontrarse desplazado del núcleo de la vida, la matriz de la naturaleza, es decir de Dios.

Se había dado cuenta de que ya no disfrutaba de la existencia con la misma intensidad.

Ni siquiera del sexo, el único medio que uno podía encontrar en el mundo civilizado para fundirse con el alma universal, le satisfacía plenamente.

Entonces, viéndose reflejado en sueños en los ojos de una mujer de su mismo color, se siente dichoso.

Mónica sueña con París, una ciudad llena de belleza y cultura.

Allí todo resultaba artístico y armonioso, desde los edificios hasta las personas que los habitaban.

La luz poseía un matiz particular, como si se tratara de la iluminación propia de los cuadros o de las películas.

Sin embargo en Madrid, donde casi siempre brillaba el sol, éste lanzaba sus rayos sobre la ciudad y sus habitantes con tal ferocidad como si quisiera castigarlos.

Se diría que París estaba iluminado con delicadeza a través de una pantalla formada por las nubes, mientras que en Madrid la bombilla quedaba al desnudo resultando cegadora y proporcionando unos contrastes grotescos.

Allí una podía vestirse de colores sin miedo a herir la vista de los demás puesto que a penas se reflejaba el sol sobre las vestimentas.

Sin duda aquel había sido el lugar donde más seres humanos a lo largo de la historia tuvieron la fortuna de cubrirse con el brillo resplandeciente de la seda y amar hasta la saciedad.

Si por ella hubiera sido, la revolución hubiera tomado el camino contrario, y en vez de degradar a los nobles, se hubiera ennoblecido a los plebeyos, tal como proponía el yerno de Marx en su Elogio a la pereza.

Sin embargo, incluso el país que en la batalla de Poitiers había detenido la invasión del más cruento de todos los monoteísmos, creado a imagen y semejanza del católico, se encontraba también ahora en estado de guerra contra él.

Y no es que ella tuviera nada en contra de los musulmanes, sino de la necesidad de los mal llamados cristianos de combatirlos sin piedad.

De hecho Madrid, diez siglos atrás, había sido una población sarracena, como la mayoría de la península ibérica.

Por mucho que los conservadores lo negaran con todo su empeño, el país todavía guardaba su esencia mora, de la que ella no se avergonzaba en absoluto.

La prueba era que incluso el adalid español de la cruzada del siglo XXI poseía un apellido árabe.

Por cierto, los Aznares y sus amigos integristas, a la guerra civil habían tenido el valor y la osadía de denominarla cruzada.

Eso podía dar una idea de la magnitud del problema sobre el que se asentaba la cultura, o incultura española.

Creía que la ingesta desmesurada de alcohol y la prostitución gratuita en masa generada como consecuencia de lo primero, no eran más que viejas tácticas guerreras.

Se trataba de un modo muy astuto de colocar en la mano de cada cual una daga y dejar actuar libremente a la animalidad propia de nuestra especie.

Por eso mismo saldría a la calle esa tarde en defensa de los derechos más básicos de los ciudadanos de su país, ya que ellos no eran culpables del pecado heredado de los reyes católicos por todos los españoles.

Aunque por otra parte se temía lo peor, ya que la tercera guerra mundial, al igual que el arte, había perdido sus contornos y nada podía verse con claridad.

No lo decía sólo ella, sino que Stéphane Hessel, uno de los intelectuales al frente de esta batalla pacífica, así lo manifestaba.

Del mismo modo también tenía claro que el espíritu antidemocrático del franquismo seguía vivo y tenía nombres y apellidos.

Muchos pertenecían al Opus Dei, una secta católica nazi.

Por eso en sueños abandona su ciudad y viaja a París, para encontrarse rodeada de los valores morales a los que conduce un sabio y racional ateísmo, y de los cuales el amor puro es el más elevado de todos.

Mohamed camina lentamente hacia su casa.

Lo que le había sucedido había sido sin duda un castigo de Alá, aunque por una extraña razón se encontraba absolutamente relajado.

Aquello le resultaba sorprendente, como si una especie de descubrimiento azaroso le hubiera abierto las puertas de un nuevo paraíso.

En su caso, en vez de haber recuperado la fe, acababa de perderla por completo.

Siempre temiendo la desgracia de llegar a ser sodomizado, para finalmente darse cuenta de que no era algo malo, sino absolutamente placentero.

Incluso los animales, desde su más absoluta ingenuidad, también lo practicaban.

Ahora comprendía que realmente no estuviera muy mal visto en su cultura, tan atenta a las necesidades del alma.

Penado estaba, aunque sólo teóricamente, porque allí muchas personas mantenían relaciones amorosas homosexuales de un modo bastante explícito.

En su país no era raro ver a pasear a hombres agarrados de la mano, o a las mujeres abrazarse ardientemente entre sí.

Aunque extrañamente nunca se veía a personas personas del sexo opuesto haciéndolo de forma pública.

En la cama, a oscuras, se practicaba el sexo como un deber matrimonial; pero lo que se dice amar al cónyuge, resultaba algo completamente fuera de lo común.

Tanto miedo, al final para nada, se decía alegre.

Incluso le costaba reprimirse para no canturrear, como hacían sus mujeres tras un buen polvo, de esos que tenían lugar tras una copiosa comida.

Especialmente con la española, ya que la marroquí era demasiado pudorosa.

Entonces si todo el mundo practicara de vez en cuando el sexo anal, no sólo el normal, la gente estaría más relajada, meditaba.

Sin duda esa prohibición, junto con la del incesto, mantenía a la gente desquiciada.

Así andaban todos luego sodomizándose de un modo simbólico, jodiendo al prójimo en vez de follárselo.

Lo cierto es que esa noche se había vuelto un libertino.

También podría considerársele un perverso, aunque por otra parte se daba perfectamente cuenta de que nunca jamás se había sentido menos perverso y con menos deseos de herir a los demás.

Ahora entendía por qué los hombres maltrataban a los niños en vez de acariciarlos.

Todo el mundo tenía miedo de algo que al final era inocuo, eso sí, siempre que se practicara con preservativo.

Si incluso él, que tenía numerosos hijos, y en su país alguno ya mayorcito, les propinaba cachetes para reprimir los besos y los abrazos.

Y ahora que lo piensa, resulta que la mayoría de las mujeres también se mostraban crueles con las niñas.

La suya marroquí era un clarísimo ejemplo, y así estaba la pobre de amargada.

Si se reprimía con sus hijos e hijas, y luego a su marido no lo veía más que un mes al año, como para no estar hecha una furia.

Menos mal que tenía a la española, que era una santa.

Cierto es que ella a su propia madre la quería mucho, y ambas se trataban con verdadero afecto, sin reprimirse.

Así luego hacía lo mismo con sus hijos.

Y pensar que cuando se había visto amenazado con una pistola, había creído que iba a morir, cuando en realidad aquella super mujer, como una madre, simplemente le había castigado tal como se merecía.

Por eso, sintiéndose en paz, regresa a su casa.

Melissa juega en la cama con sus hijos.

Se hacían cosquillas y se besaban sin pudor, ya que ella consideraba que así debían tratarse las personas, sin interponer barreras entre ellas, ya que eso luego les causaba traumas.

Por esa razón, a los que les educaban prohibiéndoles todo, y evitando el contacto físico, se volvían maniáticos, bien muy retraídos, o bien agresivos.

De eso había hablado más de una vez con su hermano.

Él estaba absolutamente de acuerdo con sus ideas, que al fin y al cabo resultaban de sentido común.

También era muy importante no darles órdenes, ni gritarles, como en el ejército; sino tratarles con cariño y respeto en todo momento.

Por lo visto muchísimos niños estaban yendo al psicólogo, y eso significaba que sus padres no lo estaban haciendo nada bien.

Entre los infernales divorcios y los complejos que la gente les creaba a base de transmitirles sus propias inseguridades, últimamente se estaban engendrando verdaderos monstruos.

A ella le daba pena ver a los chiquitines llorando todo el día y con ojeras, a punto de volverse locos.

Todos encopetados, eso sí.

Endomingados pero sufriendo ya por los pecados de toda la humanidad.

Un síntoma de que se encontraban afectados por la raíz del mal en occidente, la repulsión carnal entre los seres humanos, era que siempre se encontraban enfermos, cuando los suyos ni siquiera se acatarraban en todo el invierno.

Mira que en Madrid hacía frío y estaba contaminado, pues ni con esas.

Pasaban las tardes en la calle, se divertían, y dormían como angelitos.

La cuestión radicaba en comportarse con ellos de un modo sano.

Estar de buen humor era la clave para que ellos se sintieran seguros.

Si les amaba, ¿cómo iba a mantenerse distante con ellos?

Tendría que estar mal de la cabeza para hacer algo así.

Como su hermano para todo tenía una teoría, mantenía que mucha gente falseaba su verdadera sexualidad, lo cual resultaba tan patológico que llegaba incluso a derivar en enfermedades mortales.

Y no sólo eso, sino que también aseguraba que los que asesinaban a sus mujeres eran maricones que en el fondo las odiaban a muerte.

También argumentaba que la homosexualidad reprimida era lo que había llevado a su propio padre a comportarse como un canalla con todas las mujeres.

Lo que estaba claro es que su sangre cubana era más pura.

Los españoles, que en América no había hecho más que abusar de las mujeres y esclavizar a los hombres, ahora tenían su merecido.

Todos los sudamericanos que ella conocía, al verlos así de amargados, incluso a pesar de estar forrados, opinaban que las armas que habían utilizado para llevarse el oro de sus tierras, ahora se estaban volviendo en contra suya.

Afortunadamente sus hijos no andaban con españoles, sino que jugaban en la calle con niños de todas las razas, todos muy simpáticos, educados y cariñosos.

Los había sudamericanos, chinos, gitanos, rusos, rumanos...

Todo el mundo estaba dispuesto a jugar con ellos y ellos con todo el mundo, como tenía que ser.

Así estaban siempre de sanos y felices.

Lo cierto es que su marido era algo pudoroso, así que aprovecha que aún no ha llegado para divertirse con los niños a sus anchas.

Momo discute con su mujer mientras las niñas lloraban, como de costumbre.
Un día más se arrepentía de haberse casado.
Qué le costaría a ella dejarle dormir en paz.
Había estado trabajando.
Era un artista, no un juerguista.
Vale, se había pasado un rato charlando, pero quién no tiene derecho a hacerlo.
Por lo visto eso de sentarse en la calle y estarse horas de palique resultaba antes de lo más normal.
Cuando eras joven parecía que aún tenías derecho a ver a tus amigos, pero en cuanto te casabas, se suponía que debías recluirte en casa como en un monasterio, ponerte a ver la tele y quedarte más embobado aún que con los porros.
Pues él se negaba, lo sentía mucho pero necesitaba defender sus derechos de ciudadano libre, especialmente frente a su mujer, que más bien parecía un policía disfrazado.
Así comprendía que muchos hombres se vieran obligados a mentir a sus cónyuges al salir de trabajar diciéndoles que estaban en la oficina.
Él no quería caer tan bajo, pero aún así reconocía que alargaba todo lo posible su jornada laboral.
Le salía de manera inconsciente.
Se pasaba el día perdiendo el tiempo, viendo chorradas en internet, y luego le tocaba ponerse a currar a última hora.
Lo sentía por las niñas, pero de ellas se encargaban las abuelas, y parecían encantadas.
Qué diferencia abismal existía entre la generación de sus padres, la suya y la de sus hijas.
Unos nacidos durante la autarquía, otros abiertos a Europa, y ahora todos inmersos en plena globalización.
Aunque mirándolo fríamente le parecía que la diferencia radicaba en que cada generación vivía más enclaustrada que la anterior.
Por eso lo único que deseaba era manifestarse esa tarde, al fin.
Y esperaba que aquellas movilizaciones por la libertad, en nombre de la verdadera democracia, se prolongaran durante largo tiempo.
Al parecer estaba previsto comenzar a celebrar asambleas en los barrios, y eso le parecía un sueño tras tantos años de silencio por parte de la ciudadanía.
A él le gustaba la libertad de expresión, pero a su mujer no.
Ella era una de las miles de mujeres que perdían su tiempo libre en soledad comprando en Zara.
Así iba el mundo, mal para todos excepto para el dueño de esa empresa gracias al trabajo de las mujeres.
Ella se dejaba allí el sueldo, y luego no era de extrañar que estuviera amargada.
Con sus hijas no pasaba ni una hora al día, hasta las bañaba su madre.
Por las mañanas, era él el que las llevaba a la guardería, así no la molestaban.
Para acicalarse le hacían falta horas.
Y todo para ir a trabajar a la oficina de la empresa inmobiliaria de su papá, donde se creía la jefa por haber estudiado Empresariales.
Luego, como sólo estaba pendiente de sus tacones y sus collares, no se enteraba ni de uno de los chanchullos que hacía su padre, que había que estar ciego para no verlos.
Menudo paripé.
A cambio sus padres pagaban la guardería en la que había querido meter a las gemelas nada más nacer, como si le desagradara el contacto con ellas.
Y lo peor es que cuando se pelean, como ahora, él se lo echa todo en cara.

Marisa, sonriente y feliz como de costumbre, acaba de despertarse.

Cada día suponía un regalo sorpresa, ya que siempre le sucedían cosas extraordinarias.

Esa mañana iría a cuidar al niño de una desconocida que le había llamado a las tres de la mañana.

Eran las nueve y había quedado en pasar por su casa a las doce, así que aún le quedaba mucho tiempo del que podía disfrutar.

Respiraba hondo como si se encontrara haciendo yoga, una de sus actividades favoritas.

Cerraba los ojos y escuchaba latir su corazón, sintiéndose tan viva y tan afortunada que tenía que morderse el labio inferior para reprimir un grito de felicidad.

Se imaginaba en un bello paisaje rodeada de verdor, tumbada sobre la hierba y viendo pasar nubes inmensas, como de algodón.

Extendía sus brazos notando como las fibras de sus músculos se estiraban hasta la punta de sus dedos.

Sentir su cuerpo así de intensamente cada mañana le parecía un placer exquisito.

Cuánto había gozado gracias a él, y lo que le quedaba.

Desde pequeñas, ella y su hermana habían ido a clases de baile.

Se podría decir que eran bailarinas, aunque como el ballet les parecía demasiado rígido, preferían la danza libre.

El pertenecer a una asociación por la libertad y la conciencia corporal, les permitía poder practicarla de vez en cuando.

Resultaba tan liberador...

La verdad es que le costaba comprender que tanta gente fuera capaz de soportar la rigidez física, y por lo tanto mental, de la vida cotidiana.

Aquella maravilla que le había sido donada por la naturaleza, su cuerpo, la única propiedad que poseía, le parecía un verdadero tesoro.

Y no tan sólo el suyo, sino también el de los demás.

La obesidad, por ejemplo, que tan mal vista estaba últimamente, no como en tiempos de Rubens, se trataba de un síntoma de sumisión, y eso siempre había estado bien considerado en la mujeres.

El problema radicaba en que las personas sumisas, debido al nivel de crueldad al que habíamos llegado, tenían que soportar toda clase de vejaciones.

Y tener que operarse, por ejemplo, le parecía una de ellas.

Lo cierto es que en Madrid no se vivía tan mal como en países aún más tradicionalmente capitalistas.

Pero suponía que lo peor estaba por llegar si no se hacía algo por resistir frente al enemigo, el imparable poder del dinero.

Cada año percibía como los pasos de los habitantes de la ciudad, esclavos del consumo, se aceleraban un poco más.

La raíz del mal psíquico se llamaba deseo insatisfecho, el cual generaba ansiedad.

Pero la sociedad, aún a sabiendas de que producía un gran malestar, lo potenciaba a través de los medios de comunicación de masas.

A ellos les interesaba, ya que se financiaban a través de la publicidad.

Pero la prueba de que no todo el mundo estaba corrompido era que miles de personas saldrían ese día a protestar contra las numerosas injusticias que estaban siendo cometidas en nombre de la democracia.

Ella misma, una verdadera indignada, gracias al valor que le infunde el compromiso, se siente feliz y sonríe como de costumbre.

Manu encuentra en sueños una fuente en la cual saciar su sed.

Hacía años que le afectaba una extraña resaca espiritual, a pesar de no probar el alcohol.

Al final había tenido el valor para romper con el pasado, dejando de pertenecer al clan de los burgueses, para el cual se suponía que debería procrear y crear durante toda su vida sin parar.

Aquel ciego afán humano trataba de afrontar, como todas las religiones, el miedo a la muerte.

La cobardía estaba en la base de todas y unas de las grandes creaciones humanas, del arte también, por supuesto; aunque a veces éste resultaba verdaderamente generoso, creando belleza al estilo de la propia naturaleza.

A pesar de que siempre habían existido autores valientes como Zola o Huysmans, entre otros, la mayoría se conformaban con sacrificar chivos espiatorios y dejar a todo el mundo satisfecho mediante el derramamiento de sangre ajena.

Zola, cien años atrás, había tenido el valor de luchar contra ello confiando en el poder de la República y la Democracia.

El mundo, más gracias a la literatura comprometida que a la historiografía, no había olvidado aún su valeroso Yo acuso.

Y no lo hacía para salvar su pellejo de modo egoísta, como los chivatos, sino el de un judío condenado injustamente.

Cuántos Zolas hubiera necesitado la humanidad para detener el genocidio nazi.

Sin embargo pocos tuvieron el valor de arriesgar ya no sus vidas, sino su comodidad, para prestarse a algo tan loable como absolver de una injusta condena a muerte a otro ser humano.

Claro, si para eso ya estaba Dios, quién tendría por qué molestarse.

Para más inri, el propio pueblo hebreo había creado al monstruo topododeroso que les convirtió en sujetos indefensos frente a las afrentas de sus semejantes.

Vale, no os defendáis, que vais a ver lo que os espera.

Y lo vieron, y lo vimos todos.

Precisamente una víctima de ése mismo horror, Sthéphane Hessel, acababa de dirigirse a los ciudadanos tratando de advertirles del peligro que les acechaba.

Ya no se trataba de Hitlers, Musolinis o Francos, sino de otros muchos bajitos acomplexados y homosexuales reprimidos, cuyos rostros no se mostraban públicamente pero igualmente nos estaban conduciendo a un nuevo holocausto.

Las víctimas se encerraban cobardemente en sus casas aterrorizadas.

Se les amenazaba con el despido y el desahucio, pero ellos continuaban luchando sólo por lo único que les interesaba, perpetuar su clan y hacerlo lo más numeroso posible.

En eso consistía la mentalidad conservadora en cualquier parte del planeta, en defender cada uno lo suyo como alimañas.

Su ex novia tampoco le ofrecía muchas más expectativas.

Y si pretendía que él se convirtiera en un gran escritor, no lo hacía por el bien de los demás, sino por su prole.

Su propio padre, hijo ilegítimo, se había esforzado toda su vida por crear una gran estirpe, acabando por convertirse, como no, en un ladrón.

Él le había impulsado a salir con una chica rica, animándole y aconsejándole sabiamente, tratando en el fondo de propagar egoístamente su propia semilla.

Eso era lo único que les importaba a los machos, y cualquier excusa era buena para afrontar de ese modo su vacío existencial.

Pero él no pertenecía a esa raza, sino que su anhelo era el de amar libremente porque eso, como el agua de su sueño, es lo único que sacia la sed espiritual.

Malaika duerme tranquilamente en su casa.

Aunque el piso en el que vivía no era suyo, sino prestado por un amigo al que le unía algo mucho más fuerte aún que una poderosa amistad.

Se diría que se trataba de almas mellizas, ambas igual de puras y con unos orígenes curiosamente similares.

Su madre también era cubana, aunque no una fugitiva, desertora del comunismo, como la suya.

En ello radicaba el hecho de que su familia hubiera corrido una suerte mucho mejor.

Su padre, también gallego, unos meses antes de la revolución, había ido a trabajar como empleado a la gasolinera de un tío suyo.

Allí se había enamorado perdidamente de la muchachita más bella del lugar, siendo inmediatamente correspondido.

Eran aún unos críos, pero en el amor la inexperiencia resulta beneficiosa, ya que es para lo único que nacemos perfectamente dotados.

Es más, todo lo que nos enseñen repercutirá negativamente en nuestra capacidad innata de amar.

La cuestión es que al haber desplumado Fidel a su tío, no le quedó más remedio que regresar inmediatamente a su tierra en busca de un sustento.

Su princesa le había prometido esperarle, y él regresar a por ella en cuanto consiguiera hacer fortuna.

Esas promesas muchas veces no se cumplen, pero en este caso sí.

Trabajó con tanto ahínco que se enriqueció rápidamente vendiendo de todo, como hicieron los griegos.

Finalmente había creado una fábrica de fertilizantes para mantener a su numerosa prole.

El que ama labora, el que no roba o mata en cuanto se le presenta la ocasión.

Así que la familia de su amigo tenía pisos para dar y tomar.

A él le dejaban uno frente al parque del Retiro con la única condición de pagar la comunidad.

Matías, su amor, iba de vez en cuando a visitarle, aunque menos de lo que le gustaría, pues los negocios familiares no se lo permitían.

Desgraciadamente era el único hijo varón, y su padre, un gallego machista, no había permitido a ninguna de sus seis hermanas llevar las riendas de la empresa.

No le importaba que estuviera lejos, porque así se hacía desear más aún.

Se trataba del amor verdadero del que hablaba Platón en *El banquete*, que de tanto leerlo ya se lo sabía de memoria.

“Eros es el dios más anciano, el que hace más bien a los hombres. Inspira al hombre la vergüenza del mal y la emulación del bien. En el alma del que ama hay divinidad.

De todos los dioses, Eros es el más capaz de hacer feliz al hombre. Es el protector y médico, cura los males que impiden la felicidad”.

Y es que antes del judaísmo, según narraba Platón, lo que definimos como heterosexualidad, no se consideraba una norma, sino la excepción.

De ahí que Miguel Ángel tuviera la genialidad de mostrar un Moisés con aire demoníaco.

Y es que los seres humanos, según Platón, eran originariamente esféricos, masculinos, femeninos o andróginos.

Pero Zeus, celoso de su poder, los dividió en dos.

De ahí que las mujeres amaran por naturaleza a las mujeres y los hombres a los hombres, resultando la verdadera heterosexualidad, como la de la pareja propietaria de la cama en la que duerme tranquilo, algo realmente excepcional.

María llora de felicidad en los brazos de su amado.

Como si se hubiera obrado una especie de milagro, a Miguel se le había pasado la fiebre.

Con la alegría su alma florecía, sintiendo que la primavera reinaba de nuevo en su corazón.

Por primera vez, tras siete largos años, oía cantar a los pájaros.

Había decidido que tras desayunar, irían los tres juntos a cuidar de los abuelitos.

Tantas veces le habían preguntado por su marido, que estaba deseando presentárselo.

Aunque él había estado trabajando toda la noche, parecía despejado.

Si quería podía echarse a descansar en casa de los ancianos mientras ella les preparaba la comida.

Luego volverían a casa y permanecerían los tres juntos abrazados todo el día y la noche.

Su jefa, la dueña del café, que era muy comprometida políticamente, además de feminista, le había sugerido que podían cerrar para unirse a la manifestación que se celebraría esa tarde.

Ella le había dicho que se quedaría atendiendo el café, pero había decidido que aquella revuelta ciudadana le serviría para disfrutar al fin, durante un domingo de su vida, del amor y la libertad.

Llevaban abrazados más de media hora y todavía creía que aquello no podía ser realidad.

El aroma de su cuerpo impregnaba su olfato y todo su cerebro.

Jamás había conocido un perfume más delicioso, el cual le atraía tan poderosamente que era incapaz de apartarse de él ni un segundo.

No le recordaba tan alto.

Daba la sensación de que había crecido, o bien se mantenía más erguido.

No pensaba preguntarle dónde había estado todo ese tiempo.

Sin duda la había abandonado por otra, aunque ahora sentía que de nuevo le pertenecía a ella en exclusiva.

Su forma de vestir también era diferente.

Se había vuelto más clásico y llevaba el pelo más corto.

El parecido entre Marcos y Miguel era increíble.

El mismo pelo negro rizado, los mismos ojos verdes e idéntica boca de labios carnosos que ahora recorrían su piel.

Siempre había creído que con tan sólo un fruto de su amor le bastaría para permanecer plenamente feliz frente la adversidad el resto de su vida, sin embargo ahora presentía que pronto llegaría otro más.

Así es el amor verdadero, un deseo desmedido que obliga al ser que lo goza a revivirse, a reencarnarse en nuevos sujetos amorosos, amados y enamorados.

Sus cuerpos se atraían de un modo magnético y ardiente, recorriendo sus vientres una especie de lava volcánica.

Sus ojos, regados por las lágrimas, brillaban como estrellas.

Miguel también les abrazaba y les besaba, imitándolos, como los niños hacen siempre, aunque en la mayoría de los casos, desgraciadamente, para mal.

Con aquel padre desconocido hasta entoces, aunque millones de veces imaginado, había hablado alguna que otra vez por teléfono.

Ése era el final feliz de cuento de hadas que el niño había soñado a lo largo de toda su vida.

Por esa razón su madre lloraba, ya no de tristeza ni de rabia como de costumbre, sino de puro contento.

Mario bebe su café azucarado mientras un sabor amargo le embargaba el alma. Aunque para él, como materialista que era, tendría que tratarse de la mente. Aquello tenía que ver con Mireya, estaba claro, porque antes de irse a dormir le había enviado un mensaje, al cual no había respondido. Para colmo había tenido que soportar el mal humor de su madrastra nada más levantarse, siempre quejándose por todo.

¡Qué bruja!, se dijo.

Entonces recordó que precisamente una le había perseguido en sueños aquella noche. Al final, siguiendo el consejo de Ángel, había dejado de huir y se había vuelto a preguntarle qué quería de él.

Aquella mujer fea y vieja se había limitado a llorar desconsolada, balbuceando entre sollozos palabras inconexas.

No hubo forma de sacar nada en limpio.

Había perdido el miedo, aunque mirarla a la cara le había producido repugnancia, pues le recordaba a una fruta podrida.

¿Y si a todas las mujeres les sucedía algo similar?

Si cuando eran jóvenes todos los hombres las deseaban y luego, con el transcurrir del tiempo, empezaban a despreciarlas, haciéndolas sentirse tan desgraciadas que acababan por convertirse en brujas malvadas.

Tenía sentido.

Casualmente hacía no mucho que había leído el libro de Bruno Bettelheim sobre el psicoanálisis de los cuentos de hadas.

Ángel mantenía que tan solo el amor verdadero garantizaba el respeto hacia las mujeres en el transcurso del tiempo, pero que la sociedad primaba el interés sexual, especialmente a través de su prohibición, luego exaltación.

¿Podría ser que por Mireya hubiese sentido tan sólo deseo y que todavía fuese virgen del amor?

El ejemplo que había visto en su propia casa tampoco resultaba demasiado alentador. Entonces se decidió a dar el paso y le pidió a su madrastra, la bruja en la realidad, que se sentara a su lado a tomar un café.

Ésta, con la escoba en la mano, cómo no, pareció verdaderamente sorprendida.

Lo primero que hizo fue tratar de arreglarse torpemente las greñas.

Sacudió instintivamente el delantal y, tras permanecer un momento paralizada, como sin saber qué hacer, se lo quitó.

Luego sonrió tímidamente, y hasta coqueta.

Aquello le produjo repugnancia.

La sensación de encontrarse en contacto con una fruta podrida estaba a punto de hacerle arrepentirse de su determinación de comportarse de un modo más humano con un ser al que siempre había considerado una especie de esclava o inferior.

Pero la culpa era suya, pues era ella la que ofrecía esa horrible imagen a los demás.

Seguro que a su padre le hubiera gustado una esposa más alegre, vivaz y culta; aunque tampoco había tantas mujeres así, y menos de su edad.

A decir verdad, su propia madre, que algo había estudiado, también había terminado convertida en una sierva del hogar.

¿Y si la verdadera revolución se encontrara en acercarnos los hombres a las mujeres, la mitad de la humanidad a la otra mitad?

¿Y si el yo dividido del que hablaba Freud procedía precisamente de ahí?

Entonces bebe un trago de café, y a punto ha estado de escupirlo, pues aquella mujer le produce náuseas.

Miriam, antes de irse a dormir tras toda la noche en vela, se mira en el espejo y por primera vez en su vida nota en su rostro un asomo de satisfacción al estilo de la Gioconda.

El Mono Liso, así había titulado su novela.

El protagonista sería un psiquiatra comiendo cacahuetses y haciéndose pajas entre paciente y paciente, todas ellas jovencitas depresivas.

Cada una contaría sus penas capítulo tras capítulo.

Él representaría a Dios.

Al fin y al cabo la psicología siempre le había fascinado, y había leído cuantos libros y revistas habían caído en sus manos.

Además conocía los testimonios de su amiga Marta, que cuantos más años de terapia llevaba, peor estaba.

Era como si el hecho de humillarse semana tras semana frente a un tipo barbudo la convirtiera en una víctima profesional.

Y todo gracias a un comentario de Freud diciendo que la Gioconda expresaba una preocupante masculinidad, cuando lo único que prodría resultar preocupante sería su serenidad.

Había leído numerosos comentarios crueles y humillantes sobre la modelo, incluso que se trataba del propio pintor; pero ése había sido el que más le había dolido por resultar evidentemente misógino.

Muchos afirmaban eso de Freud, y sin duda no se equivocaban.

Seguro que todas y cada una de sus disparatadas teorías lo eran, como ésa de que todos los niños estaban locamente enamorados de sus madres, como si no hubiera más personas para amar en el mundo.

Si aquello tenía sentido era porque la mayoría de las mujeres, a falta de otra cosa, se aferraban primero al matrimonio y luego al amor sus hijos varones cuando sus maridos no les hacían ni caso.

Al final todo lo que había leído sobre psicología comenzaba a resultarle útil.

En su caso estaba claro que su madre, por haberse pasado la vida encerrada en casa, había tratado de realizarse a través de sus hijas, lográndolo, cómo no.

Así, a falta de un niño, ambas resultaban, como diría Freud, preocupantemente masculinas.

Aunque ella no llegaba a parecer un camionero de camisa a cuadros como su hermana, también había trabajado duro toda su vida para compensar la insatisfacción vital de su progenitora.

La esclava de una esclava, eso es lo que somos las mujeres, esclavas del señor, de los hombres.

Por ese motivo la masculinidad se mostraba siempre serena y satisfecha como el rostro de la enigmática figura de Da Vinci.

Aquel era sin duda el código secreto que ocultaba el retrato.

Daba igual que se tratara de monjas o seglares, pues los comportamientos eran idénticos.

Ellas siempre sufriendo, mientras eso a ellos les producía un delicioso regocijo y una enorme excitación.

La humanidad era así.

Las cuestiones nacionales, políticas, sociales y religiosas, apenas importaban.

Al fin frente al espejo deja de ver una extraña, una especie de monja, y se encuentra a sí misma, una mujer inteligente y satisfecha de su propio pensamiento.

De ahí a convertirme en una gran escritora existe un corto camino que estoy dispuesta a recorrer, se dice mirándose de reojo en el espejo.

Moncho anda dándole vueltas a su nueva película al estilo de Almodóvar. Su trabajo de barrendero lo realizaba de un modo maquinal, y aunque requería esfuerzo, normalmente se sentía como en el gimnasio. Su mente en blanco era una hoja de papel sobre la que apuntar todo lo que se le ocurriera. Como Mujeres al borde de un ataque de nervios era una de sus favoritas, pensaba inspirarse en ella. Así no es preciso que las protagonistas femeninas sean gran cosa. Todas se pelearán por un hombre, un cantante, rico, famoso y atractivo. Se volverán histéricas nada más verlo. El público se partirá de risa. Se tirarán de los pelos. Habrán tomado una droga que las volverá locas de remate. Una mujer desquiciada es absolutamente realista, y además gracioso, se dice, como si acabara de encontrar el secreto del éxito. Sin embargo aquella idea no le convencía por completo. En las películas de Bergman las mujeres sufren de un modo desmedido. ¿Por qué? Quizás, si se las dejaran actuar con libertad, se irían todas detrás del más guapo. Para evitarlo la sociedad trata de mantenerlas dentro del redil y que no salgan de él. La libertad de las mujeres significaría la desgracia de los hombres. Los feos bajitos, la mayoría, estarían condenados a no gozar jamás del sexo. ¡Qué listos!, Woody el primero. Entonces recordaba su cortometraje titulado Sangre, considerándolo demasiado trágico y poco realista. Ellas aparecían correteando por el bosque, libres como caperucitas. Eso no podía ser. Realmente no deberían escapar de ellos, sino correr todas detrás de uno. Eso resultaría muy cómico. Al menos tenía al protagonista, que no era poco. Le había prometido trabajar para él, y la verdad era que Marcos Roero no desmerecía al lado de Eduardo Noriega. Tenía claro que esta vez su película sería una comedia. También cree que si cambiara la música de su cortometraje por la famosa melodía de Bernard Herrmann en Psicosis, todavía podría convertirlo en algo verdaderamente humorístico. A la gente le gustaba reírse de las desgracias de los demás. Como todo el mundo en el fondo desea reproducirse, el ver fracasar a los demás les provoca, además de hilaridad, una gran satisfacción. La cuestión debe ser mantenerlas asustadas para que obedezcan a sus padres y no se vayan con el primer guapetón que pase. Eso se evita a toda costa en cualquier cultura, incluida la nuestra. Para eso está la moda, para desviar la atención de las jóvenes inocentes hacia las demás y que no se fijen en quien no deben. De hecho las guerras y las dictaduras sirven para mantener a las caperucitas aterrorizadas. Aunque siempre está la lista de turno que se liga al más guapo. Las maduritas, sin embargo, toman a los hombres como presa, y eso sólo sucede en nuestra cultura occidental, donde las mujeres están liberadas. Así reflexiona sin parar, pues se trata de su deporte favorito.

Marta sigue durmiendo y soñando de paso cosas terribles.

Marcos se encontraba sobre un escenario.

Era famoso.

Decenas de rubias teñidas, como ella, trataban de disputárselo tirándose de los pelos y arañándose la cara con las uñas pintadas de rojo.

Todas ellas estaban desesperadas porque eran chicas modositas de buena familia que habían desperdiciado prácticamente toda la juventud comprándose ropa y mirándose al espejo sin haber llegado a conocer aún a su príncipe azul.

La sociedad de consumo, a las que no habían sido lo suficientemente espabiladas, les había hecho caer en una terrible trampa.

Durante años había sido explotado al máximo su poder adquisitivo, y ahora, sin juventud, ahorros, ni belleza, tenían que enfrentarse solas a la prueba más dura para una mujer, la maternidad.

Por eso se encontraban en una especie de hoyo a modo de fosa común, hundidas y desesperadas.

Trataba de gritar, de despertar, pero no lograba salir de aquel infierno.

Como si no hubiera ya sufrido bastante a lo largo de su vida, todavía tenía que soportar una humillación más.

Todo porque quería tener un hijo.

Lograrlo mediante inseminación artificial, tampoco le importaría.

Simplemente deseaba reproducirse, y no comprendía cómo algo tan sencillo para todas las especies animales, se había vuelto tan complicado.

¿Y dónde quedaba el amor en todo ello?

¿Acaso todas aquellas mujeres no buscaban más que un cuerpo masculino atractivo?

¿Es que el único valor humano era físico?

Una vez había pasado la noche con un chico muy delgadito de ojos verdes que la había tratado con una delicadeza extremada.

No había vuelto a quedar con él porque se trataba de un camareruco andaluz.

Desgraciadamente no se encontraba a su altura.

Aquello había sucedido mucho tiempo atrás, pero aún no lo había olvidado.

Hacía calor.

Estaba muy morena tras haber pasado una semana en Ibiza con sus amigas.

Quizás fuera ya septiembre.

Se encontraba en un bar de moda del edificio Galaxia en Moncloa.

Le había hecho gracia ver a un chico con una cazadora de cuero con el calor que hacía.

Era de cremalleras, de esas que se llevaban tanto.

Incluso ella tenía una roja igual.

Se habían puesto a hablar de la chaqueta, y al final, cuando no quedaba allí ninguna de sus amigas, pues al ligar la abandonaban, se había ido a dormir con él a una pensión en Guzmán el Bueno.

Aquella noche, sexualmente, había sido la mejor con diferencia.

La dulzura de aquel muchacho la había enternecido en tal medida que por una vez en su vida se había sentido fuera de sí, arrobada, extasiada.

Por la mañana él se había ido a trabajar.

Al volver la había llevado a pasear por el Parque del Oeste y luego a ver la puesta de sol al Templo de Debod.

Sin duda uno de los días más memorables de su vida.

Y aunque precisamente en ese momento, a las doce en el Retiro, hubiera tenido la oportunidad de reencontrarlo, sigue durmiendo.

Marcial espera a la mujer que le había despertado en plena noche para contarle sus pesares, como si fuera la única en el mundo que sufría.

¿Tan inocente era como para ignorar el sufrimiento ajeno?

¿Inocente o ignorante?

Para empezar estaba retrasándose.

Aún encima de haberla consolado, ahora le hacía el feo.

¿Cuántas veces a lo largo de su vida las mujeres le habían dado plantón?

Tantas que sería imposible enumerarlas.

De hecho no hubiera acudido a la cita de no haber ido Mónica a buscarle y acompañarle hasta la puerta de Alcalá.

Era su ángel, sin duda cada uno tenía el suyo.

Ella, casualmente, había quedado también a las doce en el Museo del Prado, así que se habían subido juntos al número dos.

El ruido de aquel autobús era uno de los mayores inconvenientes de vivir en su calle, especialmente en un banco, aunque nunca se había imaginado que un buen día podría transformarse en una carroza de cuento de hadas.

Estaba esperanzado, aunque algo nervioso.

El hecho de que el lugar de la cita fuera la apabullante estatua de Alfonso XII no le hacía mucha gracia, ya que le hacía sentirse ínfimo.

Sin duda ése era el cometido de toda obra monumental, rebajar al individuo.

Se preguntaba si cuánto más miserable era el personaje real, más elevado se encontraba en su pedestal tratando de crear de él una ficción, en este caso monárquica.

Él por desgracia era republicano.

Además allí olía terriblemente a meos.

Estaba pensando si debería llamarla, pero no sabía qué hacer.

Ver pasear a todas aquellas familias le animaba, aunque si uno observaba más detenidamente a cada uno de los que allí se encontraban, podía darse cuenta que se trataba de pobres infelices como él.

Entonces decide pasear un poco alrededor del estanque, imaginándose, cómo no, a los dos en una barca.

El cerebro está lleno de imágenes románticas como ésa, se dice.

Suponía que sería morena con melena, como la mayoría.

Todavía no había perdido la ilusión, creyendo que podría producirse un milagro.

La chica no debía ser religiosa porque aquella era la hora de entrar en misa.

Además los católicos no se quejan, sufren y se aguantan creyendo en la recompensa de una vida mejor en el más allá.

Seguro que Mónica sí había encontrado a su príncipe azul, que estaría esperándola con una rosa en la mano.

Se pregunta si ella nada más verle averiguará que es un sin techo.

Lleva un abrigo de cuero largo bastante elegante que le habían dado las de la caridad.

De hecho nunca antes había ido tan bien vestido.

Por alguna razón se sentía como un personaje de una novela romántica.

Además hacía una mañana espléndida.

El estanque se reflejaba en sus ojos verdes, tan claros y puros que precisamente por eso muy pocas personas estaban dispuestas a mirarse en ellos, pues les resultaban inquietantes.

Uno está acostumbrado a las miradas turbias, que son garantía de éxito y poder.

Ya había paseado un buen rato, así que decidió regresar al lugar de la cita.

A pesar de no encontrar a ninguna mujer con un pañuelo rojo al cuello, decide seguir esperando a su Godot.

Muriel acababa de perder el avión y llora desesperanzada.

Bien podría comprarse otro billete, para ella no supondría ningún inconveniente pues era rica, aunque de lo que carece ahora es de algo mucho más importante que el dinero, pero no sabría definirlo.

Lo tenía todo, especialmente autoestima, aquello de lo que según Manu carecían casi todas las mujeres.

Sin embargo sentía que le faltaba lo esencial para vivir, como el agua del alma.

¿No era amor lo que él le había ofrecido todos esos años?

Sin duda.

¿Y qué es el amor?

Todo lo que se necesita para ser feliz.

¿Y en qué consiste?

En entregarse a alguien en cuerpo y alma olvidándose de uno mismo y fundiéndose con la eternidad.

“Cuanto más vacío está un corazón, más pesa”, había leído una vez, y qué cierto era.

Lo pesadoso, la pesadumbre, eran palabras que había estudiado en español y que en su momento había memorizado porque compartían raíz con el verbo pesar.

Ahora, precisamente, entendía por qué significaban tristeza.

Entonces los españoles debían estar muy acostumbrados a sufrir porque habían expresado muy bien lo que se siente.

Tanto le costaba soportar la pena que era incapaz de dirigirse al mostrador de venta de billetes de Air France a comprar otro.

Lloraba como si hubiera perdido no sólo un avión, sino el mundo entero, el cielo, el mar, la tierra e incluso el universo con todas y cada una de sus galaxias.

Él le había declarado que ya no la amaba.

No podía ser.

Tendría que tratarse de una crisis temporal.

Ella también había sufrido unas cuantas a lo largo de aquellos diez años.

Todas y cada una, lógicamente, motivadas por la ilusión de otro amor.

Tres veces al menos le había sucedido eso de haber conocido a chicos guapísimos que le habían hecho perder la razón.

En realidad no creía que él pudiera sentir por aquella gorda nada del otro mundo, sino que suponía que se trataría de algún capricho.

O quizás venganza...

Reconocía que aquella noche no había pasado ni un instante junto a él y podría encontrarse resentido por ello.

Y es que Maurice no había dejado de seducirla desde que se había instalado en Madrid, haciéndola caer poco a poco en la trampa.

Aunque en su familia no eran creyentes, como la mayoría de los franceses, pues el suyo era el país del ateísmo, sentía como si hubiera cometido algún pecado que se encontraba expiando.

Si consiguiera ser perdonada tras haber ligoteado semana tras semana delante de sus narices, se sentiría de nuevo dichosa.

Como eso era lo único que realmente le importaba, decidió que no sería necesario volar inmediatamente a París.

Se diría que su corazón, poco a poco, como un globo, había vuelto a inflarse gracias a la esperanza de recuperar a su amado.

Aún así, todavía permanecerá allí llorando algún tiempo antes de vaciarse de la pena que le produce dejar a un hombre tan dulce y cariñoso en manos de otra.

Es como si se me lo hubieran robado, piensa volviendo a llorar desconsolada.

Modu entona una dulce melodía.
Se había despertado hacía un buen rato.
Tenía los ojos abiertos y miraba al techo completamente abstraído.
Compartía habitación con varios amigos que se habían ido a tocar al Rastro, donde miles de personas se daban cita religiosamente los domingos.
Todos los que allí se congregaban pretendían conseguir alguna ganga, y se afanaban como si en ello se les fuera la vida.
Se trataba de miles de ateos, nihilistas, que creían que la materia era superior al espíritu.
Pensaban que la posesión de algún objeto relativamente lustroso les convertiría mágicamente en seres más pudientes.
El poder se apropiaba de su voluntad, dirigiéndolos hasta allí como sonámbulos.
Llenaban los vagones del metro y las calles que bajaban desde la plaza de Cascorro hasta la ronda de Toledo como gotas de agua arrastradas por la corriente.
Gastaban para ser más, y trabajaban para tener más, mientras semana a semana y año tras año sus vidas no hacían más que menguar.
Los días laborables eran para trabajar, y los fines de semana para consumir.
Así funcionaban las cosas en la ciudad.
Todo estaba perfectamente reglamentado por una especie de ley divina que no se abolvía ni en caso de guerra, pues estaba perfectamente programada en el cerebro de cada individuo desde su nacimiento.
Gracias a eso las cosas marchaban realmente bien para el capitalismo mundial.
La religión, en tiempos de abundancia, resultaba superflua, innecesaria para arrastrar a las masas.
Entre las baratijas podían encontrarse verdaderas reliquias, vestigios de espíritus del pasado, y los nuevos, los futuros, encarnados por las vírgenes, las jovencitas, también se daban allí cita religiosamente cada domingo.
Para colmar aquello de espiritualidad, entre los músicos celestiales se encontraban sus amigos tocando el tambor.
Los ritmos senegaleses no estaban inspirados en las guerras tribales, sino en la alegría de las ceremonias y las festividades.
Ahí radicaba su éxito.
Sus tambores sabar hacían a los más enérgicos bailar furiosamente hasta ser despojados de sus malos espíritus, de su agresividad.
Aquella era la esencia del acervo espiritual y cultural de Senegal, y si los españoles lo consumían, aún sin percatarse de ello, sería porque de algún modo les beneficiaba.
Las masas necesitaban la música porque se trataba del lenguaje universal del alma humana.
De hecho los ritmos del tambor sabar constituían frases con las cuales se comunicaban entre aldeas separadas hasta por decenas de kilómetros.
Así que se podría decir que hablaban.
Quizás supondrían lo que las campanas para los fieles en épocas en las que aún no existían los modernos medios de congregar a los ciudadanos.
Ahora lo que les unía era consumir, y si ya no acudían a la iglesia, al menos aquellos sonidos llenaban sus corazones de latidos fraternos.
Los tambores senegaleses que bombeaban sangre a sus venas eran relativamente dulces, armoniosos y delicados en comparación con los de otros países belicistas, cuyos djembes no tenían una misión tanto liberadora como sometedora.
Por ese motivo la canción que ahora mismo él se encuentra entonando suena tan dulce como si fuera una nana.

Mónica mira atentamente el cuadro que le había fascinado desde niña.

Su padre se lo había hecho descubrir, como casi todo, pues además de un socialista convencido y un perfecto conocedor de la historia universal, era un enamorado de las pinturas negras de Goya.

Todavía le costaba reprimir las lágrimas ante la emoción que le producía recordar al gran hombre que le había transmitido su saber con infinito amor.

Era Toledano y un romántico como Bécquer.

En cuanto tenía un poco de tiempo libre, cogía el coche y se iba a recorrer las estrechas callejuelas repletas de vestigios de todas las culturas que luego, en el siglo del robo del oro, habían hecho brillar la cruz de la nuestra.

Aranjuez, los jardines del palacio, era uno de sus lugares favoritos, al que cada primavera llevaba a su familia.

¡Cuánto amor derrochaba!

Quizás Goya había sido así, todo pasión, entrega y dedicación.

Y allí, ante sus ojos, permanecía incorruptible el fruto del espíritu libre de un genio que desde joven se había considerado lleno de imaginación.

Ella piensa que ésa debería ser la única y verdadera libertad de la cual todos los seres humanos deberíamos gozar, pues nos volvería dichosos.

El arte, sustituyendo a las religiones, todas ellas inquisitoriales y generadoras de conflictos bélicos, sería capaz de convertirnos a todos en soberanos, en vez de lo que éramos ahora, esclavos del primer amo que se nos presentaba.

Así él, más soberano que ningún rey, un afrancesado en tiempos de la revolución francesa, logró sin temor retratar la bajeza de las altezas reales de su tiempo.

Era un hombre franco en el sentido de noble, campechano, pero sobre todo honesto y honrado.

¿Cuántos como él existirían en aquel momento?

¿Y ahora?

Marcial, con su cante jondo, era sin duda el ser humano más afable que conocía.

Ni siquiera de sus colegas comunistas se podría decir lo mismo.

El ejemplo era Mario, que aprovechándose de su dominio de la obra de Marx trataba de liderar la asociación comunista a la que ella pertenecía, considerándose un gran filósofo sin haber pensado ni una sola vez por sí mismo.

Aquello, por muy socialista que él se considerase, le parecía un burdo artificio para sobresalir y aprovecharse del trabajo de los demás.

Las mismas artimañas que utilizaban reyes, curas, militares y capitalistas, eran empleadas por los mal llamados socialistas, e incluso comunistas.

Al parecer, tal como Goya manifestó a través de sus pinturas negras, siempre triunfa el absolutismo.

¿Cómo?

¿Por qué?

Aquel cuadro expresaba lo inefable, lo mismo que las rimas de Bécquer.

Tantas veces se había preguntado cuál sería su significado...

De niña se había imaginado recogiendo a aquel perrito solo y abandonado, acariciándolo y apretándolo ardientemente contra su cuerpo sintiendo su calor; pues besar y acariciar es aquello que todos los cerebros infantiles guardan programado de modo espontáneo en sus discos duros.

Sin embargo, llegada la adolescencia, se había vuelto más fría y distante hacia él, relegándolo, como el arpa del poema, a un oscuro ángulo de su corazón.

Pero como en la rima de Bécquer, mientras mira el cuadro, gracias al roce de la blanca mano que se encontraba a su lado, siente como si su padre hubiera resucitado.

Mohamed, más contento que nunca, besa y abraza a sus hijos.

Nunca hasta entonces les había visto tal como eran, sino como una masa indiferenciada.

Mujer e hijos para él venían a ser lo mismo, un deber, una obligación que desde niño sabía que tendría que asumir tarde o temprano.

Se había cargado con ello como si se tratara de un fardo cuando en realidad podía resultar verdaderamente gratificante, como en aquel momento.

A su mujer le contó que había tenido que salir urgentemente por cuestión de negocios, y ella le creyó.

Sin duda era una santa.

Llegaba tarde a trabajar por su culpa, pero tampoco le importaba.

No temía ser despedida.

Según ella el sueldo no merecía excesivos desvelos, pues era miserable.

También le había dicho que el dinero no valía nada en comparación con la felicidad propia y de aquellos a quienes amaba, y que si trabajaba era para valorarlos más cuando llegaba a casa.

Ella opinaba que la patronal debería suponer a la hora de rebajar los salarios, tal como venía haciendo con la connivencia de los sindicatos, que los trabajadores también tendrían derecho a incumplir sus deberes.

¡Qué maravilla de mujer!

Aún así se levantaba todos los días a las siete de la mañana.

Sin duda eso significaba que le quería de verdad, y que no pretendía ser mantenida en contrapartida por hacer el amor.

Daba gusto vivir al lado de una mujer así, siempre contenta y agradecida por todo.

Eso, además del suceso de aquella noche, le hacía desear romper con el pasado, con su familia marroquí y con su religión.

¿Es que Alá podía llegar a ser más grande que el corazón de una mujer generosa?

Todo ese rechazo hacia las mujeres que había experimentado desde la adolescencia por razón de su cultura, se había esfumado al descubrir lo que ellas estaban condenadas a recibir de los hombres.

Esa noche había descubierto la verdad con mayúsculas, lo que implicaba el sexo de los machos desde el punto de vista de las féminas.

Un horror, vamos.

El sexo, visto desde el lado pasivo, resultaba abominable.

Tanto era así que cuando se acababa, suponía un alibio tan grande que uno se sentía en el séptimo cielo.

Y lo peor era que el Islam potenciaba la violencia sexual como arma de dominación.

Aunque al principio había llorado como un niño al sentirse golpeado y sodomizado, al menos así había aprendido a ponerse en el lugar del otro con mayúsculas para un varón.

Había comprendido lo triste que debe resultar para ellas el sentirse constantemente doblegadas y degradadas en razón de sus órganos genitales.

A partir de ahora dejaría de verlas como un culo y unas tetas que agarrar, y comenzaría a mirarlas a los ojos, como hacía con los que consideraba sus iguales.

Se diría que había recuperado la inocencia de la infancia y renacido de una madre digna de amor y respeto, como lo era su mujer española.

Por eso se sentía tan feliz y tan cercano a sus tres hijos.

Incluso a la mayor, de ocho años, a la que nunca se había atrevido a tomar en sus brazos ni cuando era un bebé, ahora la abraza y la besa sin temor a su supuesta naturaleza impura.

Melissa acaricia la cabeza de su marido.

Aquello era nuevo porque normalmente no se dejaba, al menos mientras estaba despierto.

Al parecer las muestras de afecto a los hombres por parte de las mujeres estaban muy mal vistas en su cultura.

En el fondo creía que la occidental mantenía los mismos preceptos, aunque de un modo mucho más hipócrita, eso sí.

Mucho criticar el ramadán, para luego a celebrar las navidades por todo lo alto, sin tener en consideración las creencias de los demás.

Ellos se iban a pasarlas a Marruecos porque no soportaba aquel mercantilismo del sentimiento amoroso.

O la semana santa española, qué cosa tan escandalosa, pura histeria colectiva que arrastraba a millones de personas como corderos víctimas de un masoquismo aún más exagerado que el del ayuno árabe.

La cuestión estaba en sufrir y en evitar el contacto con el sexo opuesto, en rechazarlo con cualquier excusa.

Aquello siempre le había sacado de quicio pues su alma cubana se rebelaba como la de una revolucionaria.

No en vano su flor favorita se llamaba pasionaria, como la famosa comunista asturiana, y procedía de América.

Si por ella fuera emprendería una revolución, cargándose para empezar al dichoso ratón de Walt Disney.

No en vano su creador se había declarado anticomunista, al contrario que el entrañable Charlie Chaplin.

El hecho de matener a los niños embobados era lo que más le fastidiaba de todo ese mercado pseudoreligioso consumista de corte puritano protestantista.

Al menos el comunismo, allí donde había triunfado, se había encargado de frenar el flagelo de las religiones, todas ellas creadas con el único fin de mantener a la gente subyugada y amedrentada.

Entonces recordaba la terrible impresión que le habían producido ver a cientos de viejas de negro recorriendo a gatas el camino hasta una iglesia a la cual una vez la había conducido su abuela.

Terror, era la palabra, y el amor su antídoto.

Porque amaba a su marido, con el que se había casado por el juzgado por cuestiones burocráticas, aprovechaba para acariarle tiernamente mientras dormía.

Comprendía perfectamente además por qué la religión lo consideraba algo pecaminoso, pues todas ellas trataban de someter a las mujeres a base de rebajarlas casi a la altura de los animales.

Eso se lo había enseñado su hermano cuando era aún un crío.

Siempre con ese aire distraído y concentrado a la vez, acariciando un perro, le había explicado que aquel gesto era lo único que nos diferenciaba de las bestias.

Sus pies delanteros, mal llamados manos, sus zarpas, y ya no digamos las pezuñas, no les servían para hacer el amor, y estaban condenados a fornicar.

Qué lástima para ellos, porque nunca llegarían a alcanzar la gloria, pues nada había más placentero en el mundo que recorrer suavemente la piel de otro ser.

Por eso comprendía que las personas que vivían solas tuvieran la necesidad de una mascota a la que acariciar.

Precisamente por eso ella era dichosa.

Cada día alguno de sus hijos, como ahora a su marido, se encontraba con la cabeza apoyada en su regazo y ella acariciándosela.

Momo duerme al fin.

Su mujer se había ido con las niñas a comer a casa de sus padres.

En principio todos los domingos tenía que ser así, como si lo hubiera estipulado un juez.

La verdad es que aquello le parecía una especie de dictadura.

Además precisamente los domingos, después de misa de doce, a la que sus suegros no iban, pero qué más daba si luego celebraban la eucaristía en familia.

De milagro no le habían obligado a casarse por la iglesia.

De hecho la familia de ella lo había sugerido, pero sus padres se habían opuesto.

Aunque a él, ya puestos, hasta le hubiera dado igual.

Casarse estaba hecho para reproducirse como en una especie de granja.

Ganado cristiano, mahometano, budista...

¡Qué más daba en este mundo global!

Si eso era lo que todos los hombres tenían que aguantar en contrapartida a disfrutar de sexo seguro y asegurado, había que asumir los inconvenientes.

Por mucho que le doliera, él había entrado en el juego; aunque aún tenía esperanzas de salir, al menos a pasear un rato en libertad, como pensaba hacer aquella misma tarde a las seis.

Por eso se iba todos los sábados por la noche a pintar en la calle, para tratar de librarse de la maldita comida dominical.

Su esposa siempre montaba en cólera, pero él terminaba saliéndose con la suya.

Además ella hacía lo mismo los sábados.

En principio les tocaba ir a la casa de sus padres, pero siempre encontraba alguna excusa para evitarlo.

Si no salía tarde del gimnasio, la chica que le hacía la manicura o el peluquero se entretenían más de la cuenta.

Luego le tocaba a él llamar al Telepizza y a su madre disculpándose.

Así no era de extrañar que luego su suegra la odiara.

Trataba de disimular mostrándose afable y sonriente, pero se le notaba en la voz.

Al menos sus padres no eran unos ignorantes pretenciosos como los de su mujer.

El padre de Mercedes, si sostenía el periódico durante horas frente a sus narices, La Razón, era simplemente para parapetarse tras él.

Sus padres, leían ambos El País, lo que ofrecía a la pareja una cierta imagen de igualdad.

Pero en realidad no era así, dado que los dos trabajaban en la librería y era ella la que compraba, limpiaba y cocinaba.

La Madre de Mercedes también, pero a diferencia de la suya, se vestía de ricachona y se permitía no trabajar gracias a los manejos inmobiliarios de su marido.

Aunque ya antes, cuando él era un simple contratista, según las fotos familiares, siempre llevaba falda, tacones, pendientes, los labios rojos, las uñas pintadas, y se notaba que iba a la peluquería.

Mercedes era también de esa clase de mujeres que se arreglaban muchísimo.

Cuando se habían conocido, le había gustado precisamente por eso, ya que el aspecto de su madre le parecía deprimente, pues iba siempre con pantalones, sin maquillar y con el pelo canoso sin peinar.

El tener a su lado a una chica siempre arreglada, aunque no era guapa, le hacía sentirse seguro.

Eso le parecía lo que todo hombre necesitaba, y le atraían terriblemente las mujeres engalanadas, aunque nunca leyeran el periódico.

Por eso ahora, gracias a que al menos posee una, duerme tranquilo.

Marisa prepara el desayuno para Marina con dulzura.

Su hermana trabajaba en CASA, Construcciones Aeronáuticas S. A., y siempre les gustaba bromear con eso, diciendo sólo las siglas para crear ambigüedad.

Ahora trabajar desde casa se había vuelto algo habitual, pero antes era sinónimo para muchos de no trabajar, como si las tareas del hogar no requirieran esfuerzo.

El reivindicar el trabajo de las amas de casa había sido una de sus primeras labores de compromiso social.

Cuando alguien decía que una mujer no trabajaba, le demandaba qué tareas realizaba diariamente en el hogar.

En muchos casos eran ellas mismas, aún con hijos y personas ancianas a su cargo, las que se conformaban con su injusta situación y reitaraban no haber trabajado jamás.

El mundo entero estaba lleno de mujeres esclavas, esclavizadas y esclavizadoras, pues ellas mismas se afanaban en convertir a sus hijas en víctimas de la guerra machista que se fraguaba desde hacía siglos.

Afortunadamente para ella, su madre no era así.

Se trataba de una mujer que había participado de las revueltas estudiantiles de los años sesenta contra la dictadura y conocía muy bien los mecanismos que utilizaba el poder para lograr la sumisión del pueblo.

Gracias a haber tenido a su lado a una feminista velando por su bienestar, había logrado desarrollarse sin traumas ni complejos.

En realidad las propias madres ignorantes y sumisas se convertían en el verdugo de sus hijas, a las cuales trataban de cortar por su mismo patrón, como si sus cuerpos les pertenecieran mientras ningún hombre lo reclamara como propiedad privada.

Mano de obra gratuita, eso era lo que realmente ofrecían todas y cada una de las hembras humanas.

Siempre corriendo, afanándose por lo que fuera con el fin de sentirse útiles y satisfacer a los demás.

La palabra era esclavitud, pero elevada al máximo exponente, puesto que el tráfico de mujeres destinadas a la prostitución, unos tres millones al año, equivalía al del comercio de esclavos africanos durante todo un siglo.

Daba igual de qué lugar del planeta se tratase, pues todos funcionaban exactamente igual.

A las niñas, desde muy pequeñas, se les ponía una escoba en la mano, mientras sus hermanos jugaban a la pelota.

De ahí venía el éxito mundial del fútbol.

La burla absoluta hacia las mujeres consistía en hacer creer a la gente que cualquier varón podría llegar a hacerse millonario dándole patadas a un balón.

Así las ventas de los jugadores alcanzaban cifras astronómicas y se hacían públicas con ese perverso objetivo.

Además el presidente del Real Madrid, un gran experto en la materia, había mostrado al país que los hombres también podían hacerse ricos sin trabajar comprando y vendiendo propiedades inmobiliarias, a condición de sobrevalorarlas.

Así se encontraba España, en la ruina, con los españoles rascándose la cabeza, preguntándose aún si es que había habido algún fallo en su sistema económico.

Pero el que se encontraba completamente errado era el social, y seguiría estándolo porque el resto de países europeos funcionaban exactamente igual; es decir, a base de violencia de género.

Si en Francia morían aún más mujeres víctimas de malos tratos que aquí, no quería ni imaginar lo que sucedía en Alemania.

Ahí radica el nazismo, se dice mientras remueve dulcemente el chocolate.

Manu se encuentra atónito.

Resulta que estaba junto a una mujer cariñosa, tierna y sensible, que además sabía apreciar el arte.

En realidad no se trataba de conocer, sino de sentir y luego reflexionar.

Para empezar, como todo, requería tiempo.

A través de un cuadro se podía llegar a conocer muchísimo.

La historia, la política, la sociología, hasta la biología, y no digamos la religión, ahora denominada psicología, habían sido representadas por artistas geniales a través de los siglos.

Luego, en el XIX, con el nacimiento del positivismo y la fotografía, el ser humano había dejado de crear, para destruir y destruirse en nombre de la ciencia.

Ella era una nueva diosa sin alma enfrentándose a las antiguas creencias con el fin de aniquilarlo todo, en primer lugar la naturaleza, la verdadera deidad.

La totalidad del conocimiento humano, tal como bien había mostrado Bertrand Russel, podía recogerse en un solo libro.

El resto era puro maniqueísmo.

Ahora la todopoderosa industria científica guiaba ciegamente a la humanidad, claro estaba hacia donde.

Lo increíble era que Goya, uno de los genios más adelantados a su tiempo, hubiera logrado vislumbrarlo con tal claridad.

El cuadro que Mónica le había mostrado, y que juntos habían analizado dialogando al estilo de Platón, hacía que se le erizara piel y sintiera escalofríos recorriendo su espina dorsal.

Todo ocre y negro, al estilo del arte abstracto, o de sus precursores, los impresionistas, y cargado de simbolismo, como la obra poética de su profeta, Baudelaire.

El fin del mundo, la bomba atómica, la destrucción llevada al paroxismo, podían adivinarse en aquel atardecer de la humanidad, luego amanecer para el resto de seres vivos.

Los humanos habrían desaparecido de la faz de la tierra tras aniquilarse los unos a los otros sin piedad.

Entonces un perro sin amo, al igual que Leonardo da Vinci, comenzaría a desarrollar su inteligencia en libertad mirando al cielo y pensando que él también podría llegar a volar.

Justo el siglo de Goya, siguiendo las predicciones del autor de uno de los cuadros más famosos del mundo, codiciado por el mismísimo Napoleón, había visto elevarse el primer planeador.

Y luego de ahí a los bombarderos no había transcurrido mucho tiempo.

Lo cual no era de extrañar, pues en el XIX, Dostoievski, el mejor novelista y una de las mentes más lúcidas de la historia, había declarado que los nuevos dirigentes mundiales eran verdaderos demonios.

Y todo porque los grandes valores de la aristocracia se habían convertido primero en vicios de la burguesía y luego en perversiones del vulgo.

Con la sangrienta y cruel revolución, el último reducto de amor entre personas de distinto sexo, lo que se conoció como vida galante, heredera del amor cortés, había desaparecido de la faz de la tierra.

Hasta Dios, como sucedáneo del amor, había sido finalmente desterrado, dejándonos tan solos y abandonados como el perrillo del cuadro.

Si al menos el ser humano recuperara su humildad..., había exclamado su acompañante esperanzada.

Y aquella preocupación por los demás, tan inusitada, acaba de dejarle atónito.

Malaika se agita sudando, sintiéndose una mujer poseída por el diablo. Aquello tenía como causa las tareas sadomasoquistas a las que se consagraba los domingos en un hotel de lujo. Su labor consistía básicamente en lo mismo que en la calle, pero en este caso, como los clientes eran potentados, el trabajo resultaba muchísimo más complicado y estresante. Al menos aquello no lo hacía por dinero, ya que era tan terrible que no tenía precio. El pago que había solicitado a un jefe de policía que dirigía el cotarro, era un salvoconducto para las prostitutas que recogía de la calle. Todo estaba previsto, pues habían llegado a un acuerdo. En vez de dinero, se les expedía un certificado de defunción y un pasaporte falso. Si su chulo pedía ser indemnizado, se le daba el dinero que demandaba, e incluso alguno más de propina para que estuviera contento. No solía pasar allí nunca más de una hora, pero se le hacía eterno, pues era como el viaje de Dante a los infiernos. Había conseguido aquel trabajo hacía años gracias a una vieja prostituta muy conocida en Vigo por tratarse de una amiga íntima de Fraga desde la juventud y suministradora de carne humana en la vejez. Allí había comenzado a trabajar como chaperó a los dieciocho. Su madre, con un miserable sueldo a cambio de dos trabajos, secretaria y prostituta gratuita de su jefe, como tantas y tantas mujeres en el mundo; jamás podría haber llegado ni siquiera a pagarle una habitación en un piso compartido con el fin de poder ir a la universidad. La vida era así de triste para los proletarios de verdad, las mujeres solas con hijos de las cuales todo quisque se podía aprovechar. Se trataba de una estrategia de la dominación masculina para doblegarlas a todas, obligándolas a conseguir un marido. Si no se convertían en las esclavas legítimas de un hombre, luego a sus hijos también se los pasaban por la piedra para castigarlas. Las cosas eran así de trágicas en todo el mundo. Habían sido estipuladas hacía muchos siglos, y nadie podía cambiarlas. Aunque a principios del siglo XX en España, como en muchos otros países, las sufragistas y los anarquistas se habían propuesto dar un giro a la historia, ahora la batalla estaba irremediabilmente perdida. Si el comunismo, al menos, hubiera servido para que las mujeres maltratadas pudieran abandonar a sus maridos, tal como había tratado Bertha Pappenheim, el nazismo nunca hubiera existido. Pero existía, se llamaba liberalismo, y estaba más en ebullición que nunca. Primero las ondas de radio, y ahora las de la televisión, eran empleadas por el propio satanás para hacerse obedecer. El sadomasoquismo guiaba a la humanidad. El BDSM de andar por casa, sin tacones, en zapatillas, representaba el arma de destrucción masiva de esta tercera guerra mundial. Nuestros futuros líderes de extrema derecha, nietos de amigos de Franco y de mujeres frías, no eran pecadores, sino psicópatas como el de Psicosis. Sus verdaderas dominatrices eran sus mamás, mujeres tan arregladas como la Thatcher y despiadadas como la Merkel. La derecha española estaba llena de ellas, y lo peor es que se creían santas por pertenecer al Opus Dei. De ahí que sude y se agite como la niña del exorcista.

María besa la frente de su amado, que acababa de quedarse dormido tras haber hecho dulcemente el amor.

A las doce, justo cuando estaba a punto de salir de casa, había llegado Marisa, la chica a la que en medio de la desesperación había llamado por la noche.

Lo cierto es que con la sorpresa, se le había olvidado.

De todos modos ya tenía pensado dejar a Marcos descansando, por mucho que le doliera separarse de él.

Justo cuando iba a salir con Miguel, apareció en la puerta esa chica tan simpática, que daba a conocer a los vecinos la existencia del banco de tiempo del barrio, y que dejaba anuncios con su número para informarles.

Entonces, ya que era tan amable, le pidió que en vez de quedarse a cuidar al niño, tal como habían quedado, fuera con él a prepararles a los abuelitos algo de comer.

Les había dejado la nevera llena, así que con calentarles algo ya estaba, y Miguel, que conocía el camino, le serviría de lazarillo.

Estaría encantado de ayudar, como todos los niños, en vez de ser obligados a permanecer pasivos y dependientes hasta edades muy avanzadas, como los jóvenes de ahora.

Por eso se comportaban como críos maleducados, pues en ello les habían convertido sus padres.

Los que iban los sábados por la noche al café donde ella trabajaba hablaban altísimo a pesar de que su jefa, que era una mujer muy lista y comprometida, duplicaba el precio del alcohol para inhibirlos.

Aún así los fines de semana resultaba imposible lograrlo.

Empezaban tomándose un vino o una cerveza, y acababan bebiéndose lo que fuera, eso sí, con Coca-cola, para eso vestían tejanos.

Se trataba de jóvenes estudiantes o desempleados, de esos que se las arreglaban para ir siempre a la moda a costa de tener cautivados a sus mayores para que les soltaran la pasta.

La verdad es que no entendía de dónde sacaba la gente el dinero para tanto vicio absurdo.

Cuanto más alcohol ingerían, más gritaban, como presas de una de histeria colectiva que arrastraban toda la semana, pero que con el alcohol, estallaba como una bomba. Se veían escenas muy teatrales, como en un psicodrama, que al día siguiente habrían olvidado porque sino se morirían de vergüenza.

En Argentina la gente también se emborrachaba, por supuesto.

Al parecer los más alcohólicos del mundo eran los del este de Europa.

Cuanto más violencia, más herida estaba el alma, y más desinfectante precisaba la pobre.

El vino había sido sacralizado en occidente, convirtiéndose en el motor de la guerra contra oriente.

El mundo estaba teñido de rojo y la guerra santa bendecida por los siglos de los siglos.

Su padre era un bebedor violento, por eso ya desde pequeña detestaba el tintorro.

Y cuando le tocaba servírselo a la gente, siempre trataba de darle el peor, para crearles rechazo.

Su jefa estaba de acuerdo, pues al parecer su progenitor también había pecado de exceso de devoción cristiana consagrándose a la bebida.

En el fondo así salía perdiendo, pues no había nada más lucrativo en el mundo, pero le daba igual, ya que aquella era su cruzada por la paz social.

Claro que sin amor, la paz sería imposible, por eso besa a su amado dulcemente en la frente justo cuando acaba de quedarse dormido en sus brazos.

Mario sonríe arrogante ante el espejo, listo para acudir a la manifestación convocada para esa tarde a través de Facebook y Twitter.

Animado siempre por su padre, que en vez de quedarse en psiquiatra hubiera querido llegar a profesor de universidad, estaba acostumbrado a monolar, y como cada día se preparaba mentalmente para ello.

Cierto que Platón proponía lo contrario, pero en realidad el discurso filosófico no admitía réplica alguna.

Uno llenaba sus exposiciones de palabras altisonantes, se hinchaba como un pavo, y comenzaba a disertar.

Las cosas funcionaban así.

De hecho sus profesores le invitaban a ello y le aplaudían ufanos.

Se trataba de una especie de pulso mental con el auditorio, o incluso de un combate de boxeo a través de la palabra.

Para triunfar, que era de lo que en todos los ámbitos se trataba, había que emplear ases verbales.

Para eso su padre le había regalado al empezar la carrera un libro con toda la terminología filosófica, pues afirmaba que al igual que en su trabajo, aquellas serían sus útiles herramientas.

Decía que el psicoanálisis, como ciencia, no servía para nada, pero como instrumento de dominación resultaba infalible.

Tenía la teoría de que la gente necesitaba doblegarse, pues se trataba de una necesidad espiritual básica, y para eso iban a su consulta, especialmente las mujeres.

Dios, los jefes, la familia, o la moda, estaban también ahí con el fin de someternos, pues nunca seríamos libres, ya que no teníamos la conciencia tranquila.

Éramos animales carnívoros, y no lo llevábamos nada bien.

Para eso necesitábamos creer en el absoluto, el que absolvía, el juez supremo.

La palabra venía del latín solvo, que significaba soltar.

La cuestión es que como nadie se encontraba libre de pecado, el ser humano se había inventado un ser supremo capaz de liberarlo de sus culpas.

Se trataba de un concepto religioso, pero también el lenguaje filosófico era capaz de manejar esas abstracciones, lo cual hacía elevarse a los filósofos, como a los prelados, por encima de sus congéneres.

Por eso le gustaba su profesión, ya que hacía hasta que su piel oscura se aclarara a ojos de los demás con tal sólo nombrar a Spinoza, Descartes, Hegel o Kant.

Y es que todos aquellos grandes filósofos se habían ocupado de lo más elevado, contagiándose sin duda de su pureza.

Sin embargo nunca llegaban a ponerse de acuerdo entre sí.

Si para Descartes y Spinoza el absoluto era una sustancia, para Kant consistía en una idea y para Hegel en un sujeto trascendental.

Eso quería decir que con el transcurso del tiempo se tendía a personificar a Dios más y más, pasando de lo abstracto a lo concreto.

De ahí el nihilismo, transformado en narcisismo absoluto, que en lugar de unirnos, como las religiones, nos separaba cada vez más.

Por eso quizás el arte, tratando de liberarnos, había pasado de la concreción a la abstracción.

En realidad esa idea era de Mónica, que sin haber estudiado filosofía, osaba hablar del absoluto como sinónimo de amor.

Había quedado esa tarde con ella, y pensaba seducirla.

La tengo en el bote, se dice sonriendo arrogante frente al espejo.

Miriam sueña con mujeres desnudas recogiendo flores y bañándose en un lago paradisíaco.

Al fin se había dado cuenta que la moda, algo que siempre le había obsesionado, ya que no era guapa y quería destacar frente a las demás, propiciaba una especie de guerra psicológica y de poder entre las mujeres.

De ahí que los anuncios de Dove siempre le hubieran inquietado.

¿Qué sería de ella sin su ropa de marca?

De hecho, para su primera entrevista de trabajo, le había pedido prestada una chaqueta de Dolce & Gabbana a una amiga para sentirse segura.

Y claro, a base de sugestión, había funcionado.

En el fondo las prendas de vestir eran armas con las cuales las mujeres se herían unas a otras en una guerra sin cuartel.

Y lo peor es que estaba perfectamente aceptado socialmente, aún a sabiendas de la frustración que causaba a aquellas que no podían permitírselo.

Y hasta a las que sí podían, pues a lo mejor la prenda carísima que se compraban luego no les sentaba tan bien como a las modelos.

Ahora comprendía los experimentos llevados a cabo con mujeres que tras la lectura de revistas femeninas, como en la que ella trabajaba, registraban bajos niveles de serotonina.

Y justamente las consecuencias de los bajos niveles de esta sustancia eran la falta de energía, de libido, la depresión y los trastornos del sueño.

¡Qué casualidad!

Resulta que conocía a varias mujeres que sufrían esos males y coincidía que todas leían su revista.

Incluso dormida, pensándolo de modo inconsciente, se le ponían los pelos de punta.

Lo cierto es que los hombres hacían lo mismo con los vehículos a motor o los aparatos electrónicos.

Todos devoraban cuantas publicaciones y anuncios se les ofrecían.

También, cuando salían a la calle, no miraban otra cosa más que el coche o la moto del prójimo.

A las mujeres, a menos que estuvieran como un tren, no les hacían ni caso.

Así andaban, cada uno por su lado y completamente alienados.

Aunque en el caso de las mujeres era peor porque ellas portaban sobre su cuerpo los productos de consumo alienantes.

No los utilizaban, como hacían los hombres, sino que eran utilizadas por ellos.

¡Qué horror!

Si se encontrara despierta y pensara en todos los años que había invertido en examinar con detalle prendas de vestir, desearía suicidarse.

Pero para eso estaban los sueños, para liberarnos.

Ellos eran nuestros únicos y verdaderos psicoanalistas.

Incluso Freud, dándose cuenta de ello, había tratado de apropiárselos, autoproclamándose su intérprete.

Siempre había visto en aquel hombre a un terrible opresor del género femenino, y justo aquella noche había descubierto que tenía razón.

Todo gracias a una obra de arte.

Y es que el arte representaba una verdadera religión a la que todos deberíamos consagrarnos para ser felices, liberarnos y amarnos.

Se sentía dichosa porque ya había encontrado el final para su novela.

Las pacientes del Mono Liso lo asesinarían y devorarían, convirtiéndose en Monas Lisas, como aquellas con las que sueña disfrutando desnudas del paraíso.

Moncho saborea un delicioso café escuchando a Martin, un americano procedente de California.

Se había venido a España para enseñar arte dramático, pues tenía la teoría de que los españoles eran los peores actores del mundo, incluidos nuestros hollywoodienses Antonio y Penélope.

La verdad es que tenía razón.

Quizás por eso a Alejandro Amenábar le había dado por contratar actrices extranjeras. Aquel hombre era un genio, y también cinéfilo como él, aunque con muchísima experiencia.

Había vivido en Los Angeles, y de joven quería ser director.

Tras varios años trabajando en la gran industria del cine, había decidido que su labor allí no tenía ningún sentido pues todo estaba tan automatizado como en las fábricas alemanas de coches.

Le apasionaba el cine europeo de los años cincuenta.

Había tenido que decidir entre instalarse en Roma o en Madrid, y al final había elegido España.

Era una persona muy educada e interesante, con la que daba gusto conversar.

Su acento le sonaba muy particular y le recordaba Humphrey Bogart, con lo cual le fascinaba.

Tenía ideas muy interesantes sobre política, y decía que el cine era como una pintura repleta de poesía que retrataba fielmente la realidad.

Opinaba que las películas de Almodóvar de los ochenta y noventa expresaban un enorme optimismo social.

Sin embargo las últimas, se habían vuelto tan oscuras como las pinturas negras de Goya.

Volver, por ejemplo, le parecía una metáfora del regreso a la misma opresión político-religiosa del franquismo.

También consideraba que nuestro país y Grecia, según su filmografía, se parecían increíblemente, quizás por encontrarse en los extremos del Mediterráneo y fronterizos con países musulmanes en nueva época de cruzadas.

Ésa era, según él, la causa de nuestros actuales problemas, más religiosos que realmente económicos.

La guerra santa iniciada por Bush, había desestabilizado la paz mundial.

El presidente Roosevelt, en los años treinta, había creado leyes de intervencionismo y transparencia económica que habían conducido a unas mejoras sociales sin precedentes en la historia.

Luego, tras llevar la justicia económica a su país, se había ofrecido para detener la barbarie contra los judíos de Centro Europa, que en el fondo era una estrategia para imponer la fe cristiana sobre el ateísmo francés y ruso.

Sin embargo los americanos también pecaban actualmente de integristas y ahora los rusos seguían su ejemplo.

El liberalismo económico, implantado a comienzos del siglo XXI, le parecía un modo de desviar fondos para atender a las nuevas necesidades bélicas del mundo.

Desde su punto de vista, por culpa de esta nueva guerra mundial encubierta, la miseria se veía proliferar en las calles día a día.

Al menos aquí todo el mundo tenía derecho a la sanidad pública, algo que había admirado el propio Barack Obama, un ángel mensajero de la paz.

Creía que en nuestro país la gente estaba tan reprimida sexualmente que ni siquiera conseguía aprenderse un papel, y ya no digamos interpretarlo.

Así, saboreando un café delicioso, recibe una clase magistral.

Marta comprueba con deleite que tenía varias llamadas perdidas del hombre con el que había hablado la noche anterior, y con el que, en un raptó de locura, había quedado a las doce de la mañana en el Retiro.

No tenía pensado llamarle, a ver si iba a pensar que estaba desesperada.

Bueno, estar lo estaba, pero no era cuestión de mostrar la flaqueza y menos frente al género opuesto, una especie de enemigo en una guerra psicológica sin piedad que se libraba diariamente en las calles.

Porque aún sin llevar burka, ella se comportaba como una mora con los hombres, rehuyéndolos como si fueran todos unos cerdos repugnantes.

Y realmente, la mayoría de los que se había encontrado en su camino, lo habían sido.

Los obreros, acostumbrados a ser menospreciados por cada chica guapa que pasaba a su lado, se ensañaban sin piedad con ese género de mujeres.

Cuando tenían quince las admiraban pues resultaban una preciosidad, pero como los años pasaban y ellas no dejaban de mostrarse desdeñosas, acababan odiándolas.

Ellas esperaban piropos, y lo que recibían eran injurias.

No lo comprendía, pero es que una, a menos que esté como un tren y tenga las carnes prietas, no tiene derecho a pavonearse por las calles de nuestro país.

En otras latitudes más civilizadas y menos integristas sí, pero no donde el franquismo cubrió a la mujer con un velo de infamia del que aún no ha logrado desprenderse.

Para eso los hombres son los pavos reales de nuestra especie.

Cada simple obreruco, por sucio que estuviera, resultaba más narcista aún que ella.

Luego, los burgueses con los que se relacionaba, ya que tenían a unas cuantas a sus pies y podían elegir, no sólo iban detrás del dinero, sino que para ellos la sumisión representaba el valor supremo de una mujer.

La ropa, los cosméticos..., todo eso en lo que ella invertía montones de dinero, suponían atributos que no interesaban lo más mínimo a los hombres, sino a las mujeres a la hora de pugnar entre ellas.

Los universos femenino y masculino eran opuestos, uno simbólico y otro real.

En realidad no eran cerdos, sino gallitos, crueles, eso sí, todos ellos malcriados, como los moros, por mamás sin la menor autoestima.

Si al menos hubiera conseguido acceder al mismo estatus intelectual que su padre, ahora no se sentiría tan frustrada.

Pero es que además de no ser muy brillante, él mismo, a sus espaldas, en vez de apoyarla, le había puesto la zancadilla.

Todo esto la conducía no sólo a la depresión, sino a una especie de grave trastorno de personalidad, pues la sociedad no le permitía ser ella misma.

Cuando un hombre le interesaba, se veía obligada a interpretar en el teatro del sexo el rol de la mujer sumisa que no era en absoluto.

Pero ellos, que no eran tontos, y sobre todo tenían los pies más en la tierra que las mujeres, podían apreciarlo claramente, y ninguno, a excepción de Marcos, había caído en la trampa.

Él no era tan machista como otros pijos con los que había estado.

Cuando se conocieron, llevaba el pelo largo precisamente por eso, porque su único referente familiar había sido su madre.

Marcial también lo llevaba largo cuando casi veinte años atrás habían vivido un romance breve pero inolvidable.

Hubiera sido su pareja perfecta. Sin embargo, la muy tonta, en vez de un Marcial servicial, anhelaba todavía encontrar un buenorro del que poder presumir.

Por eso, imaginándoselo como un cachas más dominador aún que ella, comprueba satisfecha las numerosas llamadas perdidas.

Marcial canta una copla que se había convertido en su canción favorita desde que había visto la película homónima de Almodóvar.

Recordaba haber ido a verla al cine con una amiga, Maite, otra que como él había venido a Madrid en los ochenta huyendo de los malos tratos en su familia.

Trabajaba de limpiadora para mantener a sucesivos novios, que le habían chupado la sangre como vampiros.

Simplemente eran egoístas, decía ella para disculparlos.

Todos lo somos, pero a veces los hombres más, especialmente si pueden emplear la fuerza.

Él no, así le había ido.

Tan desesperada se encontraba la pobre mujer, que alguna vez, borracha, le había pedido que le echara un polvo.

Como si aquello fuera una aspirina para el dolor del alma, cuando en realidad lo único que hacía era debilitarla más.

Y es que él tenía clarísimo que todo aquello del sexo por el sexo no era más que un arma entre hombres y mujeres para preservar el odio entre ellos.

Follar no resultaba más placentero realmente que masturbarse, entonces, ¿de dónde procedía toda aquella mitificación del acto sexual?

Ni que no existieran muchos actos placenteros relacionados con el amor.

Una mirada ardiente, por ejemplo, podía excitar más que un mete y saca extenuante con un desconocido, y ya no digamos las caricias.

Para eso nos había dado Dios las manos, para masturbarnos y acariciar.

Claro que la iglesia, la gran multinacional del sexo, que se forraba a base de certificar bodas, bautizos y comuniones, nos lo había prohibido.

A ella le resultaba más lucrativo mantenernos reprimidos y obligarnos a casarnos.

Por eso la gente no debería andarse con tantos miramientos a la hora de amar al prójimo como a sí mismo.

Y ser más tiernos, que para eso en los trabajos ya nos trataban a ostias.

¿A quién podría hacerle daño que alguien se corriera tranquilamente masturbándose tras haberse excitado besando, abrazando y acariciando a la persona amada?

Pues a los que comerciaban con vaginas, los muy asquerosos, pecado del cual ni siquiera los propios curas se libraban.

Ellos, casando a la gente, lo único que hacían era declarar un coño propiedad privada.

Mientras que la polla podría dedicarse a andar por ahí en libertad.

Cárceles y cadenas impuestas por la inquisición seguían llenando el mundo de personas torturadas.

Bueno, ni siquiera se trataba de casarse, porque Maite no lo estaba y había que ver lo que se habían aprovechado de ella los hombres.

Si es que el celibato debería volver a imponerse como práctica de higiene moral.

Él, desde que lo profesaba como una religión, andaba jodido pero contento.

De hecho, todos los que le conocían se maravillaban del hecho de que en sus circunstancias no se hubiera dado a la bebida.

Pero es que el alcohol, el alcoholismo, era otro modo de anular la razón e imponer la fuerza.

También estaba la cocaína, y todo eso ¿con qué fin?

Pues con el de servir de arma a los amantes de la violencia.

Para su opinión, los que lo practicaban con prostitutas, eran tan cochinos o más que las pobres obreras del sexo.

Como él no es de esos, mientras canta, recuerda con dulzura a su amiga y decide declararle su amor, es decir, comprometerse a cuidarla mientras viva.

Muriel se encuentra arropada por los brazos de Maurice.

Toda su fortaleza se había venido abajo cuando en el taxi de vuelta había llamado a Manu para decirle que quería volver con él y éste le había contestado que no era posible porque ya estaba con otra.

Eso había representado para ella una puñalada de la que tardaría en recuperarse.

¡Qué crueldad!

¿Aquello era el amor con mayúsculas del que él hablaba continuamente?

Pues menuda mierda.

Al menos sentía que Maurice era su amigo.

La había invitado a comer, y lo cierto es que no cocinaba nada mal.

Sin embargo no se podría decir lo mismo de Manu, pues ahora se daba cuenta de que en diez años nunca le había preparado nada, ni siquiera un café.

Siguiendo el ejemplo de sus propios padres, simplemente por ser mujer, le había servido siempre de la mañana a la noche.

Ella pagaba el piso, compraba, cocinaba, limpiaba...

¡Menudo tirano machista!

Se suponía que ése era el trato, el hombre servía en la cama y la mujer en la casa.

¿Y ésa era la igualdad, la libertad y la fraternidad exaltada por la república de su país?

Ellos, dotados para la intelectualidad, se dedicaban al parloteo de café, igualitos que los moros, pero más sofisticados.

A cada hembra que pasaba por la acera, la devoraban con los ojos, pero si una quería que la besaran o acariciaran, tenía que doblegarse.

Aún así, una vez que tenían pareja, seguían yendo tras las otras como perros, o mejor como gallos, de ahí debía proceder el gentilicio galo.

Vivían sumergidos en una especie de pansexualidad servil.

La suya, y eso siempre lo repetía Manu, era una sociedad extremadamente burguesa donde la gente no estaba dispuesta a romper las barreras sociales mas que devorándose con los ojos.

Al menos allí, el sexo, dios de los ateos, fluía entre ellos, no como en España.

Aquí la gente se reprimía tanto que las miradas de los hombres resultaban enfermizas, como de psicópata.

Ella, que se vestía a la francesa, es decir muy femenina, notaba que, mas que amor, entre las hembras y los machos españoles existía una especie de odio visceral.

Al parecer consumían mucho alcohol, cocaína, y tenían una tasa bastante elevada de violencia de género.

En Francia también, aunque no se publicaban abiertamente los datos de mujeres asesinadas por sus parejas, y además se acusaba de ello a los emigrantes.

Decían que los musulmanes eran terriblemente machistas, pero había que ver a los franceses.

Se diría que frente a las mujeres tenían amputados los brazos, para así no ayudarlas con las tareas del hogar ni acariciarlas en la intimidad.

Lo cierto es que Manu sí le había progigado sus caricias.

Pero luego, para evitar colaborar, siempre tenía en sus manos un libro.

Nunca le faltaban, pues se dedicaba a robarlos, como su padre los cuadros, aunque por ello no nunca iría a la cárcel.

Otra cosa que le repugnaba, era su gusto obsesivo por la felación.

De hecho a esa práctica en español le llamaban francés.

Su próxima pareja tendrá que ofrecerle menos sexo y más ternura, también cocinar y limpiar igual que ella, pues en ello debería consistir el amor.

Así reflexiona mientras se encuentra arropada por los brazos de su amigo.

Modu canta y baila al ritmo de la Orchestra Baobab mientras cocina. También le gustaba limpiar, aunque tenía clarísimo que nunca lo haría si estuviera viviendo con una mujer. Se trataba de una cuestión de orgullo masculino que tenía que ver directamente con la sexualidad. Uno no podría ser capaz de concentrarse en hacer el amor con ardor si sabía que debía encargarse además de las tareas del hogar. En su país, al contrario que en Europa, aquello ni siquiera se planteaba. La virilidad, algo de lo que muchos europeos carecían, suponía para los africanos lo más importante del mundo. Estaba seguro de que las mujeres dejarían de atraerle poderosamente de la noche a la mañana si tuviera que servirles como un criado. Los hombres tenían que ofrecer toda su fuerza en la cama, y luego su potencia sexual se medía mediante la laboriosidad de sus esposas. Los africanos no trabajarían nunca para ellas, lo tenían muy claro. Los marroquíes tampoco. Se trataba de una especie de tabú más importante aún que el del incesto, que debía mantenerse en la especie humana con el fin de preservarla. En su país no es que las mujeres tuvieran que matarse a trabajar. Las chozas tampoco había que limpiarlas mucho. Cocinar, cuando había la suerte de tener algo para comer, resultaba una bendición. Las cosas estaban equilibradas porque la vida era simple, como lo había sido siempre para los pueblos agricultores y ganaderos. Sin embargo, en la sociedad posindustrial, la vida devenía un caos. Vivir resultaba demasiado complicado para los occidentales, pero no para él, que tenía clarísimo cual era su misión aquí. Su labor le parecía en cierto modo mesiánica, pues consistía en restablecer el orden natural en las almas de sus amantes. Y es que con tanta información y servicios, la gente se volvía loca. Cuando quería sexo acudía a internet, y eso era absurdo. El cuerpo humano necesitaba el contacto físico con los demás tanto como el alimento. Y no un contacto breve, sino intenso, como un masaje en toda regla. Los pequeños rozamientos aún excitaban y alteraban más. De ahí procedía quizás la histeria que se decía que padecían muchas mujeres. Lo que les pasaba es que estaban insatisfechas. Podían ser penetradas, pero eso no servía de nada si no se hacía poderosamente. Él empleaba en ello toda su energía, y así todas las mujeres a las que conocía le estaban agradecidísimas. Como recompensa le ofrecían cuanto tenían, pero él no era codicioso y se conformaba con verlas felices. No había nada más triste que las personas hambrientas de amor, deprimidas. Aquí, que tenían tanto que comer, muchos enfermaban e incluso perecían víctimas de esa terrible hambruna. No cantaban ni bailaban porque no amaban. Aquello derivaba de la represión religiosa mantenida en Europa siglos y siglos. Al final los hombres se habían vuelto terriblemente tacaños y egoístas con el sexo. Habían dejado de emplear su energía en ello, para dedicarse a los negocios. Así, con el dinero, los capitalistas utilizaban a las mujeres para desahogarse con el mayor número de ellas, pero sin plantearse en absoluto satisfacerlas. Pero como él no es de esos, ahora cocina cantando y bailando.

Mónica siente una emoción muy intensa.

Por lo que recordaba de su año Erasmus en París, aquello suponía encontrarse enamorada.

El rostro se le había aclarado y de él brotaba una luz blanca, como si fuera una bombilla.

Sus labios se habían vuelto más encarnados.

Sus miradas y sonrisas no podían resultar más dulces y encantadoras.

Todos los movimientos de su cuerpo parecían más gráciles que de costumbre, como si una misteriosa liviandad se hubiera apoderado de su cuerpo.

Su cuello, ya de por sí esbelto, parecía haberse alargado.

Y es que por efecto del deseo, mantenía una postura más erguida aún.

Se diría que ella misma se había convertido en una obra de arte por efecto del amor.

Habían salido del museo a comer algo y ahora se encontraban en el Retiro sentados sobre la hierba.

Manu le había hecho una corona de margaritas y se la había colocado sobre la cabeza.

A partir de ese momento sería su ama.

Había dicho maîtresse, con s sorda, que no quería decir amante, ya que ésa tenía sólo una s, sonora, y se pronunciaba como el silbido de una serpiente.

Había muchas más palabras así, como poisson y poison, pescado y veneno.

Y la s sola, sibilante y sibilina, representaba peligro.

En realidad se sentía como Eva tras haber mordido la manzana.

Si aquello era el pecado, estaba dispuesta a consagrarse a él en cuerpo y alma.

Al fin había logrado encontrar una espiritualidad acorde con sus ideas.

Para ella el absoluto representaba el amor con mayúsculas.

Se trataba de un modo de trascendencia, el único y verdadero.

En el arte también podía encontrarse esa misma razón de ser, del ser.

La creación con mayúsculas era un sinónimo de Dios.

La inmortalidad se lograba únicamente gracias a ambas facultades divinas.

Siempre había querido ser arquitecta porque deseaba que sus obras permanecieran en pie tras su muerte.

En realidad el amor, según Schopenhauer, era eso.

Leyendo su Metafísica del amor había aprendido la teoría, pero ahora, al fin, se encontraba realizando la obra maestra por excelencia.

Para ella, a partir de ahora, cada gesto, cada palabra, dejaría de ser banal.

La fuerza dominante y dominadora más poderosa del mundo se había apoderado de su espíritu.

Viéndole tan guapo, tierno, inteligente y sensible; se sentía como la heroína de una novela romántica.

La subjetividad verdadera, y no la que utilizaba el consumismo, la falsa, guiaba su voluntad.

Nadie más podría ocupar su lugar.

Ya no era intercambiable, sino única, como una obra de arte.

Mientras se encontrara en ese estado de gracia, de fecundidad extremada, no sería una mujer objeto de esas que se paseaban como zombis por las ciudades creyendo que llevar un modelito peculiar las convertiría en seres únicos.

Siempre se había resistido a caer en esa trampa del consumismo, creador de falsas subjetividades en base a la libertad de elección de objetos.

La verdadera libertad era la de encontrar al ser complementario, nuestra media naranja, y si no la vida pasaría muerta por nuestros cuerpos.

Esa fusión mística con el otro, gracias al primer beso, es lo que ahora siente.

Mohamed, con el delantal de una mujer desnuda que le había regalado a Melissa por el día de la madre, prepara un cuscús para ella como sorpresa.
Después de irse a trabajar tres horas tarde por su culpa, habría que recompensarla.
Él nunca había cocinado antes.
Bueno, sí, pero sólo por necesidad.
Cuando vivía solo, antes de casarse, si tenía mucha hambre era capaz de prepararse algo, pero siempre precocinado.
Aunque casi siempre, por no molestarse, terminaba comiendo un kebab.
Al principio se preocupaba porque los alimentos fueran halal, pero después ya le daba lo mismo y terminaba comiéndose cualquier cosa.
En realidad cocinar tampoco era tan difícil, e incluso resultaba una labor muy grata.
A ella le encantaba la cocina marroquí, y aquel cuscús no iba a olvidarlo, sobre todo porque sería el primero que él le preparaba.
Toda primera vez de algo suponía una especie de renacimiento.
Era como si cuando uno realizaba una acción que sus congéneres habían estado practicando durante siglos, incluso milenios, se conectara con el ser con mayúsculas, con el espíritu de la especie.
Incluso su cultura le parecía más amable, pues había descubierto su lado femenino.
Cocinando confraternizaba con las almas de múltiples generaciones de moras.
Ya no se sentía solo en el mundo, como le sucedía mientras esperaba en la tienda a que su mujer tuviera la comida preparada para subir.
Cada gesto que realizaba, el pelar una simple cebolla, le hacía sentirse unido por una fraternidad casi divina a la humanidad.
En realidad cocinar podía suponer una verdadera experiencia mística si se hacía con amor, como era el caso.
Entonces recordaba con mucho cariño a su abuela a pesar de que había fallecido hacía muchos años, y el delicioso sabor de sus comidas invadía de aromas su cerebro mientras añadía comino a la cocción.
Estaba convencido que le iba a quedar más rico que a su madre.
Se iban a chupar los dedos.
Sus hijos revoloteaban a su lado como mariposas.
También ellos parecían felices de verle cocinar, e incluso se ofrecían a ayudarlo.
Cuando no sabía donde estaba algo, les preguntaba y se ponían inmediatamente a buscarlo.
Estaba claro que a los niños, cuyos valores e inocencia no han sido aún corrompidos, lo que más le gustaban eran las muestras de cariño.
Por eso, el gesto de su padre quisiera ayudar a su madre, resultaba para ellos uno de los más bellos ante sus ojos puros.
En realidad los pobres sufrían mucho viendo la ausencia de participación en las tareas del hogar por parte de sus padres, especialmente cuando las madres también trabajaban fuera de casa.
Incluso él, cuando era pequeño, recordaba encontrarse siempre cerca de su madre deseando colaborar, porque en su lógica infantil no imperaban aún los valores impuestos, sino el de la justicia y la equidad.
Sin embargo la rabia infantil surgida del deseo innato de luchar contra la injusticia, poco a poco se había transformado en odio hacia su propia madre cuando le había tocado representar el papel del varón.
En realidad esa animadversión que había comenzado a sentir por las mujeres durante la adolescencia, era en el fondo desprecio hacia sí mismo.
Por eso ahora se siente feliz mientras cocina por primera vez.

Melissa charla tranquilamente con las otras dos cajeras.
Le llamaban la jefa porque se empeñaba en tomarse las cosas con calma.
Hoy había batido un récord llegando tres horas tarde.
El encargado, al que apodaban el pastor alemán, le había pedido explicaciones, pero ella se había negado a ofrecérselas.
No había podido venir antes y listo.
Podían descontárselo del sueldo, que como era una miseria, ni se iba a enterar.
Él la había amenazado delante de todas con el despido, y ella le había respondido que siguiera ladrando, que era lo suyo.
Las otras se habían echado a reír.
No era guapa, pero tenía mucha gracia.
Parecía andaluza en vez de gallega.
En el fondo sus compañeras apreciaban su valentía pues a ellas les venía muy bien.
Les infundía valor, algo de lo que todas carecían pues sus vidas privadas resultaban bastante complicadas.
La mayoría eran mujeres con hijos, algunas separadas a las que sus maridos antes de abandonar habían maltratado cruelmente para hacerlas trabajar hasta la extenuación.
Luego, dispuestos a seguir maltratándolas, eran capaces de hacer cualquier chanchullo para no pasarles ni un céntimo.
No tenían estudios, venían de familias pobres, y no sabían defenderse.
Ella consideraba, por lo que le contaban, que su morito era un santo al lado de los ex maridos de sus compañeras.
Y es que antes, si una quería casarse, tenía que subyugarse al marido y convertirse en su esclava en casa, pero ahora además la obligaban a serlo también fuera.
Lo primero que querían saber los hombres antes de salir contigo, era si trabajabas.
Lo de invitarte ellos a ti, se había acabado, cada uno lo suyo de novios, pero de casados, con los gastos de la casa corría la mujer.
Pero es que a ellos, los hombres de clase obrera, con menos posibilidad aún de conseguir un empleo que las mujeres, la sociedad no les ofrecía otra posibilidad para costearse los vicios, que no eran pocos, que aprovecharse de ellas.
España era el país de la fiesta.
Eso estaba muy bien para los que venían unos días de vacaciones, pero no para los que tenían que sufragársela a costa de quien fuera toda su vida.
De ahí procedía el odio de muchos hacia el actual gobierno, pues pensaban que la culpa era suya, por administrar mal los fondos públicos.
Antes, al menos, con eso del pelotazo inmobiliario, la población masculina se mantenía esperanzada, como si a todos les fuera a tocar esa perversa quiniela.
Pero tras años y años de bonanza, sin preocuparse en absoluto por la política, ahora se habían dado cuenta que de que el Partido Socialista Obrero Español, de obrero y socialista no tenía nada.
Incluso se rumoreaba que los principales grupos sindicales estaban siendo sobornados por multinacionales para aumentar las jornadas de trabajo y reducir los salarios.
Si era así habría que tomar la calle pidiendo auxilio, especialmente las obreras, doblemente esclavas.
En realidad hablaban sobre eso.
La polis, le había explicado su docto hermano, era la ciudad, y la política suponía una labor realizada en beneficio de los ciudadanos.
Por eso ahora, con su habitual dulzura y hablar pausado, anima a sus compañeras a participar en la manifestación de esa tarde, asegurándoles que al menos gritar en público les servirá para aliviarse frente al peso de tanta injusticia.

Momo mira la nevera y el móvil al mismo tiempo.

¡Qué mala suerte!

Se había ofrecido en el trabajo a liderar a las chicas de la revista en la manifestación de esa tarde, y la única que se había apuntando a seguirle portando sus pancartas había

sido la redactora jefe.

No le caía mal, era buena persona, pero la más fea.

Así que con la bronca que había tenido con su mujer y lo poco que había dormido, le daban ganas de desertar.

Pero no podía.

Un modernito como él, con aspiraciones artísticas, no podía faltar.

Se trataba de una fecha histórica.

Sería una revolución.

Él se había imaginado a sí mismo como una especie de marajá rodeado de un harén de pivones.

Aquel era su verdadero sueño en la vida.

Quizás sus motivaciones profundas para dedicarse al arte procedían de ahí.

Conscientemente no se lo planteaba, sino se desalentaría pues aquella aspiración no tenía visos de hacerse realidad.

Lo del trabajo en la revista, quizás tampoco era casual, y lo había escogido creyendo que se encontraría rodeado de chicas guapas.

Al final, no era así.

Nada es lo que parece.

Sólo en ciertos lugares de moda muy concretos, restaurantes bio para tomar ensaladas y beberse zumos naturales, podían verse chicas tan impresionantes como en las revistas, ya que precisamente iban a comer a esos sitios para cuidarse.

Eran actrices o modelos que ni siquiera se dignaban a darle a uno los buenos días ni a deseárselo buen provecho aún habiendo estado sentado cincuenta veces a dos palmos de sus bonitas narices.

Lo cierto es que su frialdad no tenía límite.

Sin duda querían parecerse tanto a las de papel, o las de las pantallas, que terminaban por mostrarse más distantes y frías que estatuas.

Por lo visto, y estaba socialmente aceptado, carecían de conversación.

Se cotizaban tan caro que nunca llegaría a poder acercarse a ninguna, y eso suponía que desgraciadamente seguiría largos años siéndole fiel a su esposa.

Aunque no era bella, ni esbelta, al menos se aprendía de memoria las páginas de la revista en la que él trabajaba y hacía lo imposible por parecerseles.

Incluso él se sentía afortunado, porque más valía eso que nada.

El sexo era como la comida, se trataba de una necesidad y había que satisfacerla como fuera.

De hecho había encontrado un cierto equilibrio en su alimentación, y curiosamente guardaba relación con las mujeres de su vida.

En casa, como ninguno de los dos cocinaba, comían todo precocinado y artificial.

Precisamente a sus hijas también las habían concebido así, porque por el método natural no había habido manera.

Lo que a nivel nutricional le salvaba la vida, eran los tupper que su madre le daba los sábados cuando iban a comer a su casa, como recompensa.

Y luego estaban las ensaladas con los pivones para compensar los kebabs y la basura grasienta que engullía cuando estaba hambriento, como era el caso.

Por eso ahora, comprobando que sólo había una pizza precocinada en la nevera y en el móvil un mensaje de Miriam, se sentía desalentado.

Marisa lee por enésima vez a Stéphane Hessel antes de salir de casa para acudir a la manifestación que comenzaría dentro de una hora en la Puerta de Sol.

Hacía una tarde estupenda.

Se lo había pasado de maravilla con Miguel, el niño con el que había ido a cuidar un ratito a una pareja de ancianos para que su madre pudiera yacer junto a su amado.

¡Qué historia tan bonita!

¡Y cuánto se parecía a la de su propio origen!

Ahora comprendía cómo era posible que María fuera tan bella, y su rostro desprendiera luz aún trabajando horas y horas de camarera.

Ella sola había sacado a su hijo adelante sin pedir cuentas a nadie más que al amor que lo había engendrado.

El día más trágico recordado, doscientos muertos y casi dos mil heridos, y María siendo visitada por el ángel Gabriel quizás en ese mismo instante.

Parecía profético.

Miguel era un cielo.

Se había ofrecido ayudarlo a cocinar, y juntos habían preparado primero un succulento plato vegetariano, y luego una tarta de fresa para su santa madre.

Él estaba entusiasmado.

Hacer un bizcocho le había parecido algo mágico, y en realidad lo era, además de gratificante.

Su abuela elaboraba pasteles exquisitos con una alegría asombrosa cada vez que venía del pueblo a visitar a su madre.

Era una mujer muy especial, de esas con un corazón enorme nacidas para cuidar de manera espontánea a los demás.

Su madre, sin embargo, prefería dedicarse a las labores intelectuales, y además había tenido la gran suerte de poder hacerlo.

Había gozado de esa libertad dado que la abuela había respetado siempre todas las decisiones de su hija, como la de procrear sin casarse.

¿Y todo gracias a qué?

Pues a que nunca, ninguna de ellas, había dependido de ningún hombre.

A su abuelo, por lo visto, lo habían matado en la guerra, y su abuela, trabajando solita, había sacado adelante a su hija y le había pagado los estudios.

Eso no había quitado el que su madre hubiera tenido muchos amantes, lo mismo que ella, y quizás también que su abuela.

Lo que tenía clarísimo era que nunca podría soportar el encontrarse bajo el yugo del matrimonio, como una vaca.

El amor verdadero, con mayúsculas, esa experiencia trascendental y mística, sí deseaba vivirla, y sólo en ese caso excepcional tendría un hijo.

Pero traer al mundo niños fruto de relaciones vacuas, frívolas e interesadas, equivalía para ella a sembrar la semilla del mal, que por desgracia abundaba demasiado en nuestra especie.

Su madre, al parecer, también se encontraba plenamente enamorada del hombre con el que había engendrado a sus adoradas gemelas.

Ellas no le habían conocido, pero el simple hecho de imaginárselos enamorados antes de que nacieran, les servía para sentirse el fruto de una pareja feliz y albergar la esperanza de llegar a enamorarse.

Porque el sexo, ya no sin amor, que era algo habitual, sino con odio, sin ternura, representaba un acto de violencia extrema al que la humanidad estaba habituada.

Por eso piensa, mientras lee, que la no violencia de la que habla Hessel sólo podrá lograrse el día que todos seamos el fruto del amor.

Manu sostiene delicadamente la mano de Mónica mirándola a los ojos.

De ellos brotaba no sólo una luz cegadora, sino algo más.

Poesía.

¿Sería eso?

Cada mirada, cada gesto, estaban llenos de armonía.

Pero había algo más.

Se trataba de un elemento esencial de la naturaleza, que unido al fuego del deseo, a la tierra que pisaban y al aire que respiraban, daba como resultado el todo con mayúsculas.

Nada más completo podía existir en el mundo.

La belleza que hasta entonces había adorado en las mujeres, resultaba ridícula comparada al halo de beatitud que rodeaba a aquella joven.

El rostro, su tersura, superaba a la de las rosas, y adquiría, por efecto del amor, ligeros matices rosados.

Sus labios, tras el primer beso, se encontraban rabiosamente encarnados.

La delicadeza de sus manos...

Ay, esos dedos afilados se le clavaban como agujas sobre la piel con tan solo mirarlos. Cerrando ligeramente los ojos, se imaginaba aquellas delicadas manos tocando las teclas de un piano que era en realidad su propio cuerpo anhelando emitir una dulce música celestial.

Esas manos, pequeñas, delicadas como palomas blancas, hacían crecer alas en su costado con solo admirar su gracilidad.

El deseo absoluto, programado para funcionar eternamente, para perdurar por los siglos de los siglos, acababa de declararles marido y mujer.

Podría pasarse la vida entera deleitándose contemplando su silueta de contornos que parecían trazados por la mano de un genio.

La figura de aquella mujer parecía haber sido creada para hipnotizar como los ojos de una serpiente.

Belleza, pura naturaleza.

Conceptos paganos como verdad y bondad, frente a ella, resultaban ofensivos como el pecado.

Por ser ateo, el sexo nunca había representado para él ningún problema.

En general en su país no existían tantos tabúes respecto al deseo carnal.

En su país, afortunadamente para ellas, las mujeres desplegaban su artes de seducción sin reparo, mientras que aquí tan sólo si los hombres las remuneraban a cambio.

La coquetería representaba sin duda una de las cualidades más sobresalientes de la cultura francesa.

El coq, el gallo, había contagiado su don de la seducción a las hembras.

El deseo sexual real devenido simbólico, determinaba la complejidad social e intelectual de su cultura.

Ellos y ellas jugaban con las mismas armas, mientras que en España no era así.

Aquí las mujeres sólo podían seducir a un único gallo, como las moras, y dentro del corral, lo cual le parecía terriblemente injusto y de un machismo extremado.

Sin embargo, quién iba a decirle que en el país de la inquisición y de los talibanes católicos fuera a encontrar a una mujer libre de amar a quien ella se le antojara.

Sus iris eran realmente dorados, color miel.

Además de ellos brotaba fuego, y agua también.

Agua que brota de tus ojos para para apagar la sed de tu boca, le susurra mientras sostiene su mano, al tiempo que su propia imagen se refleja en la superficie acuosa de su dulce y penetrante mirada.

Malaika sueña con mujeres azotadas, aunque estaba acostumbrado a ver lo contrario en las sesiones de BDSM a las que consagraba sus domingos en un hotel de lujo. Los que allí iban eran realmente peces gordos que habían triunfado en las finanzas, la política o el espectáculo, gracias, cómo no, a proceder de familias ricas e influyentes, a las que obligatoriamente tenían que retribuir. Nada era gratis en este mundo, y ni siquiera los propios padres ofrecían a sus vástagos algo sin esperar recibir un buen tributo. Aquello funcionaba como un club de golf de los clásicos, donde la gente con pedigrí se olisqueaba la entrepierna. Se reunían, tomaban unas copas, subían a las habitaciones, y allí se desfogaban. Aunque no eran ellos los que azotaban, sino que para compensar sus perversiones laborales, deseaban ardientemente sufrir la penitencia. Muchos, los que se dedicaban a la televisión, ganaban cifras astronómicas gracias a su perversidad para que la gente pudiera resarcirse gratis de sus pesares viendo como maltrataban, por ejemplo, a la pobre Belén Esteban. Aquello era sadomasoquismo televisivo puro y duro para el populacho. La gentuza, despiadadas marujas con bata y rulos, disfrutaban sentadas en su sofá barato, cuyos muelles se les clavaban en el trasero, viendo como los perfidos mariquitas la despellejaban viva. Nunca mejor dicho, porque la conducían derechita a la clínica de cirugía, creyendo que una podía mejorar físicamente, cuando la única mejoría que podría experimentar el ser humano habría de ser metafísica. Para eso servía antes la religión, también plagada en sus orígenes ancestrales de sacrificios físicos, hasta que a los romanos se les ocurrió utilizar al pobre Jesús, el feminista, con el pelo largo y pacifista, como cordero sacrificial. Luego Mahoma le copió la idea declarándose él mismo un gran profeta. Los romanos fueron los primeros en acudir religiosamente al circo para ver como los bravos luchadores eran devorados por los leones. Y ahora, los propios telediarios no eran más que un espectáculo para saciar la sed de sangre de las masas. Seguro que Franco se corría de gusto, al estilo del César, cada vez que ordenaba una ejecución, y por eso no cesó hasta un mes antes de espicharla. Así gozaban los que no amaban, que en el fondo eran gays, como Hitler. Y no se les debería llamar hijos de puta, sino de madre abnegada, mujer obligada a prostituirse de por vida con un tipo repugnante y putero al que odiaban. De esas en España había desgraciadamente a montones, y se relamían viendo los pogramas del corazón despiadado, como el suyo. Al menos ahora, con eso de que la homosexualidad estaba socialmente aceptada, la gente no tenía que casarse con personas del sexo opuesto a las que ni siquiera deseaba en términos generales. Esa medida socio-política, la de permitir el matrimonio entre personas del mismo sexo, había hecho un enorme favor a la humanidad. Las guerras mundiales, sin duda, habían tenido como semilla del diablo esa violencia sexual al que casi todo el mundo estaba condenado en sus alcobas. Sadismo y masoquismo eran tonterías al lado de lo que una pareja de bien era capaz de soportar para producir hijos. Además en España, durante la dictadura, las más frías, o sea lesbianas, eran las que más fácilmente llegaban vírgenes al matrimonio; mientras las heterosexuales, por haber sido desfloradas, muchas terminaban dedicándose a la prostitución. De ahí la razón de encontrarse soñando con mujeres azotadas.

María responde a un mensaje de Melissa preguntándole si le apetecería unirse a ella y a sus hijos en la manifestación de esa tarde.

¿Por qué no?

Había sido un día mágico, así que necesitaba compartir su dicha con los demás.

Melissa la había apoyado mucho, incluso le había prestado dinero unas cuantas veces cuando no tenía ni para comer.

Siempre por culpa de algún cerdo ricachón sin escrúpulos.

En España abundaba ese género, el del señorito de mentalidad aún franquista que trataba a los empleados como si fueran sus esclavos.

Para empezar no respetaban los horarios ni los convenios laborales.

Una estaba obligada a hacer gratis cuantas horas extras a ellos les diera la gana, y luego, a la hora de pagar, como tortura psicológica, igual que el que emplea el látigo, le venían con que ese mes no disponían de liquidez.

Todo porque se gastaban en fiestas con sus amigos, en putas y en cocaína, los beneficios de la empresa.

La fiesta española, aunque parecía algo alegre e inocente, se trataba de un modo perverso de arruinar moralmente a todo el mundo.

La gente se dejaba en copas el dinero que no tenía, pero también la salud.

Había que ver, aún encima, las caras de esos jefes fiesteros.

Después de robar a su empleados, y a quien fuese para sufragarse los innumerables gastos, andaban arrastrándose y siempre de mal humor por culpa de la resaca perpetua.

Daban hasta lástima.

Tenían con el colesterol por las nubes y la cara roja e hinchada.

También había conocido a varios con gota, cojeando igualito que señores feudales de tanta carne y tanto vino como habían tragado los muy animales.

Luego, cultura y educación muy poca.

En ese sentido en su país se podía decir que podría existir una cierta esperanza de mejorar la sociedad.

Aquí no.

La música era un verdadera basura, y el interés de la gente por el arte, especialmente los burgueses, nulo.

A menos que a los mafiosos, que muchos grandes galeristas lo eran, les sirviera para blanquear dinero.

¡Qué desastre!

La verdad es que sí que merecía la pena salir a la calle.

De no haber encontrado a su jefa, una persona justa y a la que le gustaban las cuentas claras, podría encontrarse aún sufriendo el horror de la clase obrera española, por la cual ni los sindicatos ni el partido socialista habían movido ni un dedo.

Aunque poco podían hacer ellos para cambiar una sociedad que era así de cruel y violenta con todo el mundo: obreros, patronos, y en especial las mujeres de ambos.

Cada uno de los políticos, independientemente de su ideología, eran tan víctimas de esa guerra psicológica velada como los demás.

Todo el mundo sufría y callaba, estaba jodido y se aguantaba, así hasta reventar o liarse a tiros con el vecino, como había hecho los españoles desde el siglo XIX con la excusa de las guerras carlistas.

La gente siempre bromeando, sarcástica, pero llena de odio y de rabia.

Por eso los que no eran así, miles, quizás millones en toda España, aunque muchos de ellos se encontraban expatriados, debererían pugnar por la justicia social.

Por eso, pensando sobre todo en el futuro de su hijo, responde a Melissa que irá.

Mario está a punto de llorar.
Acababa de llegar a Atocha en el tren.
Le hubiera gustado regresar a su casa, meterse en la cama y ser arrullado por su madre como cuando era niño.
Las madres eran las únicas que podían consolarlo a uno cuando se encontraba en un estado tan lamentable como él en esos momentos.
Pero mamá ya le había abandonado para siempre, como Mireya, al parecer.
Al menos había quedado con Mónica, una chica comprometida e inteligente, así que no era cuestión de echarse atrás.
Aunque a decir verdad, ni siquiera le atraía.
Mireya sí que le volvía literalmente loco, y de ahí que hubiera perdido la razón, e incluso las ganas de vivir.
Justo allí, en el lugar del atentado más cruento de la historia de España, habría sido capaz de echarse a las vías para ser arrollado por un tren.
Y es que se habían encontrado en la estación de Ciempozuelos.
Con su melena resplandeciente brillando bajo el sol, sus preciosos ojos verdes, y su piel tan blanca...
Le recordaba a la leche y le daban ganas de comérsela.
Le volvía caníbal, haciéndole perder la razón.
¿Sería eso amor o deseo?
La cuestión es que también se dirigía a la manifestación, pero con otro chico.
Iban de la mano, y se lo había presentado como si tal cosa.
¿Acaso no había recibido el mensaje que le había enviado antes de irse a dormir?
Ni que lo hiciera adrede, para torturarlo.
Dentro de él se encontraba una especie de fiera llena de rabia.
Hubiera asesinado a aquel intruso.
Sentía como si le arrebataran algo que le pertenecía.
La propiedad privada...
Cómo demonios iba a terminarse con ella en el mundo si para empezar las mujeres eran codiciadas por sus congéneres masculinos como tal.
Y es que de no ser así, de no poner coto a su libertad, hoy estaban con uno y mañana se iban con otro.
Eso no podía ser.
Sentía pensar de un modo tan conservador, pero luego no era de extrañar que las personas se volvieran locas y acabaran matando a su pareja.
Lo cierto es que comprendía a Althusser, su ídolo, su pensador marxista favorito, porque en ese instante él también sentía deseos de estrangular a Mireya.
Esa dulce flor, tan frágil...
Destruírla, desojarla, le parecía justo, pues para eso su precioso falo la había desflorado.
Entonces, qué sentido tenía hacer el amor.
Para qué servía, si luego ella podía acostarse con otro, como si los hombres supusieran para las mujeres penes intercambiables.
Lo cierto es que si Ángel supiera lo que pensaba en ese momento, le hubiera demandado frente a su sagrado tribunal de la igualdad.
Pues más valía que existiera aún la inquisición.
Porque si a las mujeres se les permitía la misma libertad que a los hombres, al igual que ellos, reproduciendo la conducta masculina, se iban con cualquiera.
Con tanto liberalismo económico-sexual, las cosas van a acabar muy mal, piensa a punto de echarse a llorar.

Miriam recibe a Momo en su casa.
Nada más despertarse le había enviado un mensaje.
En realidad no había dormido apenas.
Un par de horas, como mucho, pero se encontraba como nueva.
Tenía la sensación de acabar de renacer, y todo gracias a Leonardo da Vinci.
Incluso se diría que verdaderamente su rostro tenía cierta semejanza con la modelo del cuadro más famoso y enigmático del mundo.
De golpe, gracias a haberse convertido en artista de la noche a la mañana, todo lo veía diferente.
La vida era otra, más ancha, como un río que acaba de hacerle desembocar en un mar de nuevas inquietudes.
Ahora todo le interesaba millones de veces más que antes.
Era como si su espíritu se hubiera vuelto infinito en contacto con generaciones y generaciones de artistas.
Justo esa mañana había tenido varias revelaciones.
¡Quién decía los tiempos de Santa Teresa habían quedado atrás!
Ella misma lo creía hacía unas cuantas horas, y sin embargo todo lo que estaba experimentando le hacía sentirse una especie de mística amando con locura y devoción santos que antes no eran para ella más que imágenes vacuas.
Había pasado de ser atea del arte, a convertirse en una creyente en esa religión.
Para empezar, se había encontrado de frente con Lorca.
Miles de veces había pasado a su lado sin inmutarse.
Pues esta vez no.
Se había quedado paralizada frente a él, y entonces había comenzado a llorar.
Había corrido a abrazarlo.
Se diría que sentía su cuerpo palpar, como si se tratara de un Cristo resucitado.
Los franquistas, los intolerantes, la inquisición española, la frigidéz, la cruel ignorancia, los mismos que crucificaron a nuestro Señor, también habían segado con su ensangrentada guadaña la vida de aquel profeta.
Cuánta belleza, infinita, albergaban sus versos, preñados, como la Virgen, de verdad y bondad.
Y no sólo eso, sino que pasando por una tienda antigua de bellas artes y manualidades que tenía en el escaparate una reproducción de La maja desnuda y otra de La maja vestida, había descubierto algo singular.
Cientos de veces había pasado por allí y viéndolas, no había reparado en ello.
Sus rostros.
Goya, además de un genio, era un heredero directo del gran da Vinci.
La serenidad de la Gioconda se encontraba también en el rostro de la maja desnuda.
Su mirada, segura de sí misma, gozosa y confiada, se diría casi idéntica a la de su predecesora.
Mientras que la vestida parecía una ramera, una mujer pérfida, calculadora y a la vez temerosa, cobarde y pecadora.
Bueno, la cuestión de haber enviado un mensaje a Momo, y luego, al ver que no respondía, haberle llamado invitándole a su casa, tenía una razón.
Con ese hombre joven, modernito y artista, que trabajaba en la revista como diseñador gráfico, tenía contacto diariamente, pero nunca antes se había preocupado ni por mirarle a la cara.
Había llegado la hora de cambiar su actitud frente al género opuesto y volverse más tolerante con ellos, así que ahora, este día tan señalado, comienza a realizar su misión de apostolado artístico recibiendo en su casa.

Moncho está a punto de desmayarse de felicidad.

La mujer más bella que había visto en toda su vida se encontraba ahora a su lado.

Todavía no había sido capaz de abrir la boca desde hacía una hora.

Resulta que cuando Martin y él caminaban charlando tranquilamente por el Retiro, de repente se habían encontrado con un cantaor que hacía llorar de emoción a todas las personas que le rodeaban.

Parecía que había logrado, según Martin, una especie de fusión de fado y flamenco.

Afirmaba que se trataba de algo único en su género.

Como el cante jondo se había convertido en su pasión desde que se había instalado en Madrid, era socio de un restaurante donde todas las noches, tras la cena, los turistas asistían al espectáculo de flamenco.

Él mismo se encargaba de seleccionar a los artistas, y había considerado que aquel tal Marcial era un genio.

El llanto de su garganta, por lo visto, llegaba directamente al corazón.

La verdad es que él de música, especialmente de flamenco, no entendía nada.

Era su punto débil, la verdad.

Lo cierto es que el cine consistía en imágenes acompañadas de sonido, pero él se centraba demasiado en el argumento.

Los diálogos eran también algo importantísimo, y en eso andaba algo flojo.

Martin, cuando leía sus guiones, siempre le hacía la misma apreciación.

Decía que era necesaria una gran cultura para llegar a conocer los pequeños secretos de la emoción humana.

Esa misma tarde, preguntándole por la comedia, le había recomendado leerse La Poética de Aristóteles.

Al parecer, según el gran filósofo griego, la clave para hacer reír estaba en presentar a los personajes como peores de lo que nosotros somos en realidad.

Entonces de ahí habían pasado a Woody Allen, y a su método sistemático de hacernos reír rebajándose él mismo moralmente hasta niveles increíbles.

Sin embargo, cuando se trataba de crear un drama, normalmente no aparecía.

En ese caso, el de la tragedia, había que ofrecer una imagen estoica de los personajes y hacernos ver cómo también los buenos sufrían, lo cual, cuánto peores éramos, más nos reconfortaba.

Shakespeare también conocía estas reglas a la perfección.

La finalidad de tanto sufrimiento era la de producir una catarsis, al parecer otro término aristotélico; es decir, hacer llorar al público, y así, con las lágrimas, lavar sus faltas.

Al parecer se trataba de la mejor terapia y la más efectiva.

Según él, todas las religiones consistían en una burda imitación del teatro trágico, pero que aprovechaban el enganche emocional que producían sus mártires, para alistar a sus adeptos en un inmenso ejército cruel y sanguinario.

Pero la cuestión no era poder lavar las faltas para así seguir cometiéndolas, sino tratar de impedir que nuestra alma fuera nuevamente mancillada.

Aunque eso, tal como estaban las cosas, en plena cruzada y guerra mundial, era misión imposible.

Si ahora la tragedia abundaba más que la comedia, era por eso.

Bueno, la cuestión es que tras el encuentro con el cantaor, mientras Martin le ofrecía su tarjeta y le aseguraba un contrato, había aparecido aquella chica, Mónica.

Los cinco, ellos dos, el cantante, la chica y su novio, se habían dirigido juntos a la manifestación, y ahora se encontraban en ella.

Y viendo a su lado tal belleza, palidece y casi se marea de la emoción.

Marta conduce su Mercedes todoterreno bajo los efectos de las drogas que tomaba diariamente para soportar tanto sufrimiento.

Lo de sus ansiolíticos y antidepresivos era como el alcohol de los obreros o la heroína de los yonquis, pero con prescripción médica.

La cocaína, sin embargo, y de ahí su elevado precio, la consumían los maltratadores.

El sadomasoquismo, la crueldad extremada, era la ley moral del nuevo dios de la humanidad, el capital.

Ella, a cambio de recibir sus dones, se doblegaba constantemente ante él.

El precio que pagaba por prescindir del alma, de la inteligencia, la naturaleza en definitiva, era vivir en un cuerpo torturado y deforme.

Comía basura, pues no cocinaba.

A comer Jabugo era a lo máximo a lo que podía aspirar culinariamente.

Claro, de ahí los motones de celulitis que rodeaban sus muslos, que eran el castigo que la verdadera diosa, la naturaleza, le ofrecía.

Comer bien es lo único verdaderamente importante para vivir y disfrutar de la vida.

El dinero no sirve para nada realmente al margen de eso.

Pero la muy ignorante, se alimentaba sólo de guarradas.

De ahí su malestar físico y metafísico, pues la base de su existencia se encontraba resquebrajada.

Estaba tan engañada por el demoníaco materialismo, que no se daba cuenta de que los miles de euros que había invertido en tratamientos adelgazantes o en terapias psicológicas, nunca le habían servido para nada.

Se levantaba a las seis y trabajaba contado billetes horas y horas sin ver la luz del sol, aún cuando las cuentas corrientes de sus padres estaban a rebosar.

Su padre, cobrando un salario estatal, una vez logrado un puesto fijo en la universidad, había empleado toda su capacidad intelectual para especular con el dinero de sus suegros.

Y ella, siguiendo el ejemplo de sus antepasados y progenitores, nunca jamás había sido generosa con nadie, y menos aún consigo misma.

Si podía aguantar sin comer, o con un sándwich, para ahorrar en comida, lo hacía.

Luego sí, se iba a Prada, a comprarse bolsos que costaban un verdadero dineral.

O ese coche, que le habría costado más de cincuenta mil euros, no le parecía caro porque el valor de la mercancía había eclipsado los verdaderos valores de la humanidad, como el saber o el sabor, pues eran intangibles.

Con el dineral que tenía, bien podría dejar ese trabajo infame y haber viajado con su pareja por el mundo entero.

Podría, al menos, haberle comprado chuletones, para que él pudiera satisfacer su voracidad sexual sin necesidad de ponerse ciego de farlopa.

Y si le hubiera permitido alimentarse como es debido, con esa necesidad básica satisfecha, seguro que él hubiera logrado sacar fuerzas de flaqueza para formar una banda de jazz, tal como siempre había soñado.

Para materializar nuestros deseos, lo primero que necesitamos es estar bien nutridos.

Si no, como era el caso, el espíritu flojea.

De ahí sus depresiones, y las de su propia madre.

Su padre, dado que se alimentaba medianamente bien en el comedor de los profesores, se encontraba en un mejor estado físico y psicológico.

Esa tarde, precisamente, no había comido nada, y a punto estaba de perder el conocimiento.

Se encontraba muy mal, pero como su madre la había llamado gimoteando, a duras penas conduce su tanque de guerra capitalista por la A-6.

Marcial sonríe pletórico en medio de miles de manifestantes que alzan su voz frente a la pasividad del gobierno frente a lo que estaba convirtiéndose en un holocausto capitalista, aunque para su gusto, también machista.

Pensaba eso porque según su parecer los valores más guerreros y bárbaros, propios del género masculino, de su gusto por la violencia, estaban imperando.

Para él, más que de una cuestión económica, se trataba de un problema moral.

El hecho de que tantas mujeres murieran asesinadas a manos de sus parejas, demostraba que la humanidad se había vuelto más cruel y sanguinaria que nunca.

El liberalismo le parecía una consecuencia de haber adoptado durante siglos leyes morales fundadas sobre la dominación masculina, la cual parecía haber llegado a su culmen tras las dos guerras mundiales.

Sin embargo no todo el mundo era así.

 l mismo, a pesar de su nombre, era sumamente pacífico, como los que ahora se encontraban protestando en la calle, no sólo en Madrid sino en muchas otras capitales españolas.

Al parecer aquella manifestación estaba convocada por una plataforma que reivindicaba el derecho al empleo, la educación y la vivienda, principalmente.

Si no recordaba mal, aquellos eran los valores defendidos por los comunistas, aunque tras la ca da del muro, se había visto que todo había sido una farsa.

Incluso los americanos, cuando habían creído que al otro lado del telón de acero se propugnaban dichos valores, habían tratado de contener la codicia y el resto de pecados capitales, del capital, o del también llamado Satanás.

Pero ahora ese gran monstruo, el mal con mayúsculas, se había desatado y hacía estragos a nivel mundial.

Los hombres asesinaban a palos a las mujeres, y ellas, llenas de lujur a, se ofrecían al primero que pasaba, aún sin considerarse prostitutas a pesar de ejercer el oficio gratis. La gente se maltrataba sin piedad, como las bestias, como su padre había hecho con sus hijos y su mujer.

Pero lo peor era que ahora incluso las clases pudientes, esos que alardeaban de haber ido a la universidad, incluso los políticos de izquierdas o los sindicalistas, se veían atrapados en ese juego sucio, que consistía en adquirir el poder a base de humillar a los demás.

Los alemanes, a la cabeza de Europa, habían sido los primeros en repartir billetes a sus vecinos pobres para hacerles entrar en un perverso Monopoly con el fin de proseguir con la invasión nazi detenida por la armada americana.

Sus enormes todoterreno, algunos de hasta doscientos mil euros, proliferaban en las calles de ciudades europeas en las que la clase media, como durante los bombardeos, perdía sus casas, su trabajo, y empezaba a pasar hambre.

Algunos países europeos, tras haber entrado en el juego de los perversos poderes financieros y perdido, como el caso de los PIGS, ahora se arrastraban suplicando ayuda.

El placer sódico de los poderosos se basaba en ello, y el gobierno español no era más que un aliado, cómplice y traidor, como el de los colaboracionistas franceses.

Pero para él, quizás por haberse mantenido siempre al margen de ese juego malvado, las cosas comenzaban a ir bien.

Brillaba el sol, y sentía que por primera vez en su vida la suerte le sonreía.

Un americano, precisamente, había venido a salvarle la vida ofreciéndole un contrato como cantautor en un restaurante.

Mónica, con la que se había encontrado en ese momento, se había puesto a dar saltos de alegría, y junto a ella sonríe pletórico de contento.

Muriel, sintiéndose de nuevo amada, se viste de princesa, lo que era en realidad.

Ya no estaba triste, sino que se había dado cuenta de que lo que había sucedido tenía una lógica bien clara.

Lo de Manu estaba abocado al fracaso.

Maurice, su enamorado desde que eran casi niños, la había estado esperando hasta que madurara para formar una pareja seria y duradera.

En realidad Manu no era su estilo.

Ni siquiera pertenecía a la misma clase social.

Él tenía razón cuando decía que ella y su familia eran unos burgueses.

¿Y qué?

Pues eso era lo mejor que podía pasarle a una en los tiempos que corrían.

Resultaba un verdadero privilegio del que no tenía por qué avergonzarse.

Los burgueses de ahora no se encontraban limitados como los de antes.

Ella era una mujer libre.

Podía ir a dónde quisiera y hacer lo que le diera la gana sin problema.

Con su dinero no hacía daño a nadie, sino todo lo contrario.

Si se compraba bonitos vestidos y disfrutaba de la buena vida sin escatimar en gastos, era en realidad para hacerse la vida feliz y hacérsela a los que la rodeaban.

Siempre había sido generosa con ella misma y con los demás.

Manu lo había tenido todo durante diez años a cambio de amarla, así que tampoco se podía quejar.

El amor era lo más valioso de este mundo.

Al menos la burguesía francesa no ponía freno a las pasiones amorosas.

Con eso de la píldora, tras mayo del 68, la sociedad se había liberado de la carga de la procreación indeseada.

Si uno tenía dinero y lo compartía con los demás, especialmente con los que le rodeaban, siempre se sentiría feliz.

Ella era la primera que siempre ofrecía limosna a todos los mendigos que se encontraba.

Aquello, si uno era rico, resultaba realmente gratificante.

El hecho de cocinar, como ella lo había hecho durante todo esos años para Manu, preparándole incluso tartas deliciosas; era otra manera de gozar de la vida tan importante como el amor.

¿Acaso amar no consistía en cuidar a los demás y en hacer cosas por ellos?

Maurice parecía también una persona muy generosa.

Cocinaba de maravilla, la prueba era el pato a la naranja que había preparado.

De postre habían tomado quesos franceses exquisitos y fresas con nata.

Tras una comida así era lógico sentirse reconfortada.

Ahora sonaba la música de Mozart, un concierto para piano en do mayor, la tonalidad de la música alegre y que según Manu en sinestesia correspondía al color rojo.

Puede que ella no fuese una enamorada del arte, como su ex novio, pero era capaz de apreciar el valor de la cultura.

La gastronomía, algo tan importante en su país, suponía también una manifestación cultural importantísima.

En España no se comía ni la mitad de bien.

En el fondo se alegraba pensando que Manu iba a echar mucho de menos los manjares que ella le ofrecía.

La poesía estaba muy bien, podía resultar un saber elevado, pero el buen gusto para comer o para vestirse como una princesa, que era lo que estaba haciendo en ese instante, suponía también una manera de alcanzar la dicha.

Modu se encuentra por casualidad con Marisa justo cuando ésta se dirigía a la Puerta del Sol, donde al parecer los manifestantes pretendían continuar concentrados. Parecía rebosante de felicidad pues muchísima gente había asistido a la manifestación convocada para esa tarde, creando una atmósfera en la que se respiraba libertad. Estaba tan entusiasmada como si acabara de suceder un milagro. El pueblo unido frente a los poderes perversos y corruptos podía resultar verdaderamente poderoso. Ojalá en los países africanos sucediera lo mismo. Los europeos tenían ya una larga trayectoria revolucionaria a sus espaldas. Ellos, convertidos ahora en colonizadores, habían sido colonizados ya por los romanos; que tras haber arrancado a latigazos toda la riqueza de sus tierras para alimentar su sed de sangre, los habían dejado sumidos en la miseria. Pero tras despertarse de esa pesadilla, durante el renacimiento, precisamente en Italia, inspirados en el saber cultural y científico griego, se habían dedicado unos años al humanismo. Aunque pronto se cansaron, y volvieron a repetir la historia. Los españoles, de ahí su fama de intolerantes y ladrones, al arribar a las costas de América se dedicaron a espoliar esas tierras. A continuación fueron los portugueses, y luego les siguieron el resto. Tan cegados estaban por la avaricia y demás pecados capitales, como los romanos, que no se les ocurrió otra cosa que ir a buscar esclavos al continente africano. Y así, a partir del XVII, tuvo lugar el nacimiento del segundo gran imperio romano de occidente. Aunque también, gracias al renacimiento del espíritu griego, la ilustración iluminó a la sociedad civil, haciéndole reclamar sus derechos. Desde entonces, las dos fuerzas eternas, el Bien y el Mal, pugnaban entre ellas sin cesar. La justicia divina, la palabra de Dios, fue transformada en justicia humana. Y la creación divina pasó a desarrollarse en el ámbito artístico. La ciencia también se convirtió en salvadora y redentora. Así que se podía decir que algo consiguieron los europeos tras siglos de matanzas. Incluso había habido un filósofo alemán tan ilustrado que tras años y años de reflexión había concluido que para juzgar a los hombres, bastaba con ceñirse al criterio del buen gusto. Eso se lo había contado Marisa, que siempre estaba leyendo, y solía resumirle los libros. Él no sabía leer muy bien, pero prestaba gran atención a todo cuanto tuviera que ver con la historia y el pensamiento occidentales cuando veía programas de televisión, o escuchaba la radio. La historia de Europa le parecía tan interesante porque presentía que África le iría a la zaga. Suponía que en unos siglos su continente se encontraría plenamente desarrollado y gozando de todas las comodidades que había aquí. Se imaginaba que cuando así fuera, y Africa se encontrara en pleno esplendor, quizás dentro de mil años, la cultura europea habría desaparecido, como la del antiguo Egipto, Roma, Grecia o Mesopotamia. Tenía clarísimo que sería así, y viviendo aquí se imaginaba como un viajero en el tiempo. De hecho cree que en ese futuro, más justo y humano, habrá multitud de mujeres tan buenas y bellas como la que acaba de encontrarse, pero de su color.

Mónica se reúne con su amiga Marisa en la Puerta del Sol.

Había quedado con ella en la sede de la asociación comunista a la que ambas pertenecían a las seis menos cuarto.

Como no tenía móvil, necesitaba fijar las citas con antelación.

También se había dado cita allí con Mario, el filósofo de pacotilla, como ella le había apodado, pero les había dado plantón a los dos.

Con lo de Marcial, que ahora se encontraba a su lado, se le había ido el santo al cielo.

Al recordarlo, horas más tarde, le había pedido el teléfono precisamente a él para enviarle un mensaje a su amiga.

Tenía una pequeña agendita donde llevaba apuntados los números de telefono a la que llamaba su móvil.

Eso lo había aprendido de su primer gran amor en París.

No hacía falta que todos estuviéramos provistos de todo en la vida, porque de ser así nadie tendría necesidad de nadie, y los vínculos se cortarían como los cables de los teléfonos.

A ella le gustaba intercambiar cosas con los demás, para empezar hablarles y escucharles, que no era poco.

Según sus nociones de filosofía, consideraba que las enseñanzas de Sócrates debían ir por ahí.

Cada persona, dialogando incluso consigo misma, es decir pensando, podía llegar a convertirse en sabia.

De ahí el origen de la ciencia y su importancia.

Los que únicamente pensaban en cosas prácticas, se volvían proletarios del pensamiento, o sea mezquinos.

Mientras que aquellos que desarrollaban sus ideas con total libertad, dejándose llevar por la abstracción, como los matemáticos o los informáticos, aunque pudieran parecer tontos, se encontraban en una dimensión más elevada.

Los científicos actuales podían corresponderse con los santos antiguos por encontrarse casi siempre en el más allá.

De hecho el 15-M se había inspirado en los hackers y en sus mancomunidades.

Su generosidad a la hora de crear programas para compartir el conocimiento, como internet, había abierto una vía de esperanza al considerar que gracias a informática podría llevarse a cabo una verdadera democracia participativa.

El demandar con urgencia una democracia real era el modo de manifestar públicamente ese anhelo político.

No se trataba de derrocar un gobierno a modo de golpe de estado, sino todo lo contrario.

Muchos jóvenes con grandes capacidades intelectuales habían dado con la clave para mejorar una democracia representativa que se había quedado obsoleta.

Eso permitiría acabar con el bipartidismo, especialmente cuando, tal como el gobierno de Zapatero había demostrado, los políticos de izquierdas, aún sin ellos ser conscientes, se habían pasado a la derecha mas recalcitrante.

Estaba claro que ya no representaban a sus votantes, así que aquella farsa no tenía ya ningún sentido.

Había llegado el momento de volverse idealistas, ya no en el sentido de defender el marxismo, pues Marx no era más que un trasnochado científico económico; sino aspirando al ideal de una participación directa de todos los ciudadanos en la política y la economía del Estado.

Por eso, en defensa de los valores demócratas, se reúne con Marisa, siempre rodeada de personas solidarias y comprometidas.

Mohamed comprueba con deleite que ya no es homófobo, pues por primera vez había mirado a los ojos a su cuñado, y se habían abrazado como hermanos.

Él, que ni de bromas pretendía unirse a la manifestación, al final había acabado en ella.

Como jefe de familia, se había acercado a Sol a buscarlos para llevárselos a casa, pero al llegar se había dado cuenta de que allí, donde nadie le consideraba el jefe de nadie, y menos de su mujer y sus hijos, no tenía derecho a dar órdenes.

Por lo tanto no le quedaba más remedio que sonreír y mostrarse simpático.

Bueno, al menos en su cultura, como en la española, uno estaba habituado a charlar con los demás.

Los países del sur eran así.

Donde hacía buen tiempo la mayor parte del año, la gente podía tranquilamente pasarse la vida en la calle.

Las necesidades eran menores, y no había que esforzarse tanto por trabajar.

Si luego los del norte les venían con que eran unos vagos, como al parecer habían empezado a decir los alemanes de los españoles con eso de la crisis, la culpa no era suya sino del clima benigno.

Ya les gustaría a ellos poder vivir en comunidad y dialogando, como los habitantes de la Grecia antigua.

Así luego venían todos de vacaciones a España, a disfrutar de la felicidad de la que carecían en su país.

Si es que para él estaba claro, de crisis económica nada, lo único que pasaba era que en Europa unos trataban de imponer sus leyes a los otros.

Lo del macho dominante, el padre todopoderoso del monoteísmo, se reproducía a nivel europeo.

Si era Alemania la que mandaba, además en nombre de una mujer, había que obedecerla por muy equivocada que estuviera.

A él le parecía que la misma guerra entre moros y cristianos, la seguían perpetuando en Europa entre países católicos y protestantes.

Unos, que sólo pensaban en el dinero, y los otros divertirse, estaban condenados a enfrentarse.

La economía española, y la cultura, se desarrollaba en los bares.

Allí la gente celebraba reuniones, y hacía exposiciones.

La música, la poesía, el arte, no estaba en los museos, sino en la calle, en cada ser singular y en su manera de expresarse, con gracia y salero.

Su mujer, por ejemplo, le parecía una artista y lo era, aunque luego trabajara en un supermercado.

La alegría española, por mucho que la Comisión Europea les pusiera contra las cuerdas, no iba a desaparecer del espíritu de sus gentes.

Además eran pacíficos, y con los moros se llevaban relativamente bien.

Tenían sus dos bocaditos de tierra y con eso se conformaban.

Aunque por un granito de arena, un islote cerca de Ceuta, casi llegaron a pelearse con Marruecos, pero aquello había sucedido en la nefasta época de Aznar.

A ése lo que le hacía falta era ir un poco más a los bares y dejarse de rezar, como Franco; que luego, como estaba amargado, también le daba por ensañarse con los musulmanes.

A él, cuanto menos rezaba, mejor le iba la vida.

Y ya no digamos tras la divina lección sexual de esa madrugada.

Si lo que necesitaban todos esos políticos estreñidos y tacaños era que se la endiñasen.

Así comprobarían con deleite, como él ahora, que todos somos iguales.

Melissa baila flamenco en la Puerta del Sol mientras un chico delgadito de su grupo canta sin parar.

Aquello era lo que realmente le gustaba.

Pensaba que en Cuba la gente sabía vivir sabrosamente bailando salsa, y que así, sanamente, alimentaba su alma.

Por lo visto allí no había enfermedades psicológicas porque cualquiera tenía el derecho de contarle sus preocupaciones al primero que se encontrara por la calle, y la gente se desahogaba gratis.

Al fin y al cabo todos tenemos los mismos problemas, casi siempre amorosos, que con paciencia, como todo, se acaban solucionando.

Vale que el comunismo les había dejado en la miseria alimenticia, pero al menos la alegría y la música les consolaba.

Cada familia, comunidad, o Estado, tenía el deber de alimentar a sus miembros física y espiritualmente.

Se trataba de crear un sistema bien estructurado capaz de garantizar no sólo la supervivencia de los más débiles, como niños y ancianos; sino el bienestar físico y moral de todos.

Claro que eso no resultaba fácil, pero para lograrlo la humanidad había ido desarrollando sistemas económicos y sociales cada vez más complejos.

Cada etapa histórica representaba una vuelta de tuerca para la civilización.

Justo tenía fresca la Edad del Bronce porque acababa de explicársela a sus hijos.

Los días festivos se aprendían una lección de historia que debían compartir con sus amigos, siendo ellos los que buscaran la información en internet.

Así les enseñaba jugando.

También hacían pequeñas representaciones y cancioncillas para que no se les olvidaran cosas tan básicas como que el arado había sido inventado tres mil años antes de nuestra era.

Lo de Cristo y Mahoma lo llevaban mal, porque ser equánime y respetar ambas fechas resultaba fatigoso.

Pero qué iba a hacer si sus hijos pertenecían a dos culturas que no querían ponerse de acuerdo ni a tiros.

Ella prefería en cierto modo la árabe, pero no en todos los aspectos.

La comida, por ejemplo, le parecía más sabrosa.

Lo de que no quisieran comer cerdo lo comprendía, porque menuda obsesión tenían los españoles con el jamón y el chorizo.

Era casi peor que lo de los alemanes con sus repugnantes salchichas.

Se podría decir que la mayoría de la gente de este país padecía cerditis, especialmente los gallegos.

En las aldeas la gente se alimentaba básicamente de carne porcina, y así estaban, pues eso de que de lo que se come se cría suponía una verdad como un templo.

Si en Mesopotamia habían llegado a crear una gran civilización gracias a la agricultura, lo que podría hacerse ahora si el mundo estuviera bien repartido y la globalización, en vez de al saqueo, condujera al reparto.

Pero ahora ya no se trataba tan sólo de ofrecer alimentos a la población, sino de atiborrarles de vanas ambiciones, como hacía el capitalismo.

En cuanto a bienes materiales, en Europa había de todo.

Lo único que faltaba era paz espiritual para, teniendo lo suficiente para comer, dedicarse a satisfacer otras necesidades mucho más elevadas.

Por ello encontrarse consagrando su tiempo a bailar y divertirse con las personas que amaba, le parecía todo un avance económico y cultural.

Momo habla con su mujer por teléfono.
Ahora se mostraba cariñosa y le pedía que volviera pronto a casa.
Al parecer hasta le interesaba saber qué tal había ido la manifestación, cuando a ella normalmente esas cosas le importaban un pimiento.
Pues estupendamente.
Resulta que allí se hallaba rodeado de gente simpatiquísima y con ganas de mejorar la situación política española de verdad.
Incluso se había encontrado con Marcos de nuevo.
Él también estaba ahora en la Puerta del Sol con su ex, con la que acaba de volver.
Aquello le parecía un sueño.
Se diría que le rodeaban enamorados de los de verdad y no de los que, como él mismo, se habían visto obligados a instrumentalizar el amor para poder follar.
Eso le hacía plantearse muchas cosas.
Una chica de las que se encontraba allí contaba que había de un grupo de filósofos llamado Tiquun considerados altamente peligrosos por manifestar que el capitalismo mataba el amor.
Tanto era así que un miembro de ese grupo había terminado en la cárcel durante las manifestaciones estudiantiles y obreras de hacía unos años en París.
Proponían la Huelga Humana, y eso le sonaba por haberlo visto escrito en las paredes de un recinto de Tabacalera.
Lo que había allí era sobre todo mucho ánimo.
Él no había leído el libro que había promovido aquella acción social, pues lo suyo no era la lectura, pero otros que sí lo habían hecho reflexionaban sobre la indignación como motor de la valentía.
Él también se consideraba un indignado.
Su arte, el valor, el esfuerzo y la energía para llevarlo a cabo, nacía del compromiso contra lo que él consideraba injusticias.
De hecho durante la época de Aznar no había cesado de crear.
Su obra se había caracterizado siempre por la resistencia a esa política nazi ultraliberal que se había propagado por Europa nutriéndose del odio a los árabes generado a raíz de los atentados del 11 de septiembre.
Una chica de las que estaba allí, una tal Marisa, mantenía que el arma que había utilizado el fascismo nazi para volver a invadir Europa se encontraba dentro de cada uno de nosotros, y combatirlo consistía en una compleja labor individual.
Según ella, las almas que no gozaban morían, y las que sufrían estaban dispuestas de matar de forma real o simbólica a los que les rodeaban.
Lo cierto es que, por mucho que le pesara reconocerlo, él disfrutaba más creando que haciendo el amor con su mujer.
En el fondo le parecía frígida, aunque tampoco había estado con tantas en su vida como para poder garantizarlo.
Pero esa tarde, tras haber escuchado hablar a mujeres comprometidas y visto a parejas amarse de verdad, había comenzado a preguntarse si realmente no se encontraría conviviendo con el enemigo.
Lo cierto es que allí no había pivones, ni mujeres con tacones, arregladísimas y maquilladas como la suya, pero sí chicas con rostros que, como el la ex de Marcos, irradiaban felicidad.
En el fondo cree que Mercedes le llama únicamente para asegurarse de que irá por la mañana a llevar a las niñas a la guardería.
Mientras habla con ella, siente como si su voz fuera la de una arpía que finge quererle para lograr de él lo que le interesa.

Marisa charla con un grupo de personas sobre un tema que realmente le interesa y le preocupa, considerándolo de vital importancia para el triunfo de la verdadera democracia.

No se trataba de feminismo, sino de igualitarismo sexual.

Justo antes de salir de casa había reparado en que al final del libro de Hessel se hablaba de su primera mujer como la madre de sus hijos, y se precisaba que eran dos niños y una niña.

La verdad es que algo tan banal, le había dado que pensar.

Su mujer...

El posesivo, le había irritado, principalmente porque se repetía.

¿Es que para los varones era algo tan importante garantizar su paternidad?

Pues sí.

Al menos su propio padre no había sido uno de esos.

Quizás tenía ya otra familia, porque los hombres son incapaces de prescindir de una mujer, y lo peor es que jamás estarán dispuestos a admitirlo.

Primero dependen de su madre, luego de su esposa, y finalmente de su hija, o a falta de ella, de una hermana.

Todos fueron y serán así.

La santísima trinidad moderna, Marx, Freud y Nietzsche, no se diferenciaron en absoluto de los demás.

El genial Einstein también vivió siempre bajo las faldas de alguna mujer.

Y su primera esposa, Mileva Maric, no sólo se encargaba de las tareas domésticas aún habiendo realizado ambos los mismos estudios, sino que también le ayudaba con la física.

Si eso no está mal, apoyarse mutuamente es la clave para triunfar, pero no querer reconocerlo es una verdadera canallada.

La verdad es que no hay obra maestra humana en la que una mujer no haya tomado parte, porque la humanidad sólo crea mediante la conjunción del ying y el yang, lo masculino y lo femenino.

El problema radica en negarse a reconocerlo.

Así los varones, guardándose ese as en la manga como vulgares fulleros, han traicionado a la mitad de la especie humana durante siglos y siglos.

Qué les costaría ser justos y hablar abiertamente de la participación de sus colegas, amigas y colaboradoras con naturalidad.

Lograr esa equanimidad, supondría una revisión de toda la historia humana, pero merecería la pena.

Si realmente se pretende lograr algún día la igualdad de las personas, habría que comenzar por ahí.

Y el primer paso para dejar de obviar a través del lenguaje a la mitad de la humanidad, sería comenzar a emplear el sustantivo persona, con lo cual los plurales de los adjetivos serían siempre femeninos.

Eso acababa de proponérselo a las personas que le rodeaban, que parecían convencidas de la trascendencia de dicho cambio en cuanto a igualdad política.

Si en la teoría era así, también podría llegar a convertirse en una práctica común.

Estaba claro que costaba arrancar, pero tampoco era tan difícil hablar en femenino, y algo tan simple podría representar una nueva ley revolucionaria.

Para ella estaba claro que en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de la que Hessel tanto se enorgullecía, subyacía la incesante labor, el trabajo y la acción política de Eleonor Roosevelt.

Y mantiene que ella había influido más positivamente en la historia que Marx.

Manu se encuentra realmente emocionado por sentirse partícipe de una verdadera revolución pacífica, en lugar de violenta, como lo fueron la francesa o la rusa. Aquello tenía sin duda que ver con las protestas generalizadas en el mundo árabe. Millones de personas emancipadas, o que pretendían llegar a serlo, demandaban libertad, igualdad y solidaridad.

Y aquella proclama se propagaba por el mundo como una plaga imposible de detener. Se trataba de una revuelta espiritual, sin sexo, nación, ni religión.

La única aspiración de los insurrectos era gozar de la existencia.

Eso parecía conectarse con una rama del árbol del bien que todavía permanecía en pie a pesar de que una religión perversa, la católica, se hubiera encargado de declararlo peligroso y pecaminoso.

La paz mundial sólo podría lograrse a través de la reconciliación de la especie humana con su verdadero origen, la unión carnal entre hombres y mujeres.

Claro que para eso la ciencia, controlada por la ideología de la clase dominante, estaba ya tratando de acabar con la procreación natural.

Sin duda preferían eso a reconocer que sus propios líderes religiosos y políticos habían incurrido durante siglos en un grave error.

Y todo porque un libro de ficción, El antiguo testamento, se había convertido en una ley ciega que sólo conducía a las personas a sucesivos holocaustos.

Sin duda esta revuelta, tan amorosa y pacífica, entroncaba con los ilustrados, que como Condorcet, proponían el amor al conocimiento como cambio social.

Ése había sido además uno de los primeros filósofos que podrían considerarse feministas.

El siguiente, ya en el siglo XIX, había sido Stuart Mill.

Él también proponía la felicidad como único fin de toda acción humana desde un punto de vista tanto económico, como moral y político.

Y pensar que lo único que haría falta para alcanzar esta meta, nada utópica, sería simplemente amarse plenamente...

Al parecer las enseñanzas de Cristo también iban por ahí.

Pero el haber permitido que el antiguo y el nuevo testamento se presentaran juntos, había arruinado toda su labor redentora.

La gran Simone Weil había hecho incapié en ello.

Ella también formaba parte de la Resistencia de la que tanto se enorgullecía Hessel.

Realmente le daba bastante rabia que en su manifiesto no la hubiese nombrado, pues en la obra de esa autora se encontraba todo el conocimiento necesario para liberar a la humanidad de las guerras.

Marisa, una amiga de Mónica, y que hablaba también francés, tenía razón al declararse crítica con el pensamiento occidental, incluido el marxismo.

Quizás los árabes, tan denostados, especialmente por las damas, dominadoras con el látigo de la coquetería siempre a mano, no fueran tan monstruosos como a los occidentales se les pretendía hacer creer.

Él lo había sospechado desde hacía tiempo, aunque no se había atrevido jamás a declararlo.

Muriel hubiera puesto el grito en el cielo, pues para ella, tan defensora de la ideología del poder burgués, se trataba del enemigo con mayúsculas.

La prueba era que allí había una simple cajera de supermercado casada con un marroquí que enseñaba a sus hijos lo más importante, a conocerse a sí mismos y a los demás, a amarse a ellos mismos y al prójimo.

Y aquello, comprobar que había personas tan sanas mental y espiritualmente como esa tal Melissa, le resulta verdaderamente conmovedor.

Malaika, ahora Ángel, bebe una caña rodeado de amigos en uno de sus bares favoritos, pues en él, más de cien años atrás, había sido fundado el Partido Socialista Obrero Español.

La historia era larga y estaba preñada de avatares, pero continuaba, y aquella gran manifestación secundada por toda España era la prueba.

Los partidos políticos y sus miembros tenían que aprender de sus errores.

Había llegado la hora de quitarles la piruleta de la boca y hacerles plantearse a qué les conducía el poder.

Pues si era a robar y ultrajar a los ciudadanos, la democracia tal como se concebía tendría que reciclarse y convertirse en otra forma de gobierno más apropiada.

Él, que venía de azotar a millonarios gordos, lujuriosos y babeantes; con esas imágenes aún en la mente, tenía muy claro que los poderosos necesitaban una buena lección.

En realidad la estaban pidiendo a gritos, no sólo en España, sino en toda Europa.

Casos como el de Berlusconi llevaban años abochornando al mundo entero sin que nadie se hubiera decidido a actuar.

Estaba sufragado por la mafia y era un putero que gozaba humillando públicamente a las mujeres, como Fraga en sus buenos tiempos, pero nadie parecía reaccionar.

Pues eso lo que demostraba, más que cobardía, era connivencia.

En el fondo, tener como modelo a personajes así, puros psicópatas, exoneraba de sus pecados a sus semejantes.

En esta nueva época caracterizada por la necrosis del ser, por el triunfo de Satán tras la muerte de Dios, el amor; los humanos estaban condenados al infierno y se dejaban arrastrar con mansedumbre hacia él.

Aunque todavía existían personas sanas y razonables, al menos en España, porque al parecer en otros países, como en Alemania, la cosa estaba peor.

No todo el mundo eran zombis que conducían Mercedes, como sus clientes potentados y tarados, sino que existían muchas personas capaces de relacionarse con los demás sin esperar recibir nada a cambio.

No todos los cuerpos, por fortuna, se habían convertido en máquinas, por mucho que a los que trataban de manejarlos como a tales les hubiera gustado.

Existía una resistencia, y aquella tarde se había dado el primer paso para poner freno a la tiranía, cuyo baluarte, como siempre, era la codicia.

El mundo occidental no estaba aún completamente corrompido

La economía había sido mal concebida, eso era todo.

También la familia.

Engels tenía razón con eso de que la primera división del trabajo es la que se hace entre el hombre y la mujer para la procreación de los hijos.

Quizás, con la reproducción asistida, en vista de lo segregado sexualmente que se encontraba el mundo, mujeres por un lado y hombres por otro pudieran lograr una reproducción sin lucha de clases dentro de la propia pareja.

En cuanto a la política, debería realizarse, tal como bien proponía Marx, de abajo a arriba, y no al revés.

Lo cierto es que no estaría mal lograr esa verdadera revolución.

Aunque a lo largo de la historia, nunca había sucedido así.

La tortilla humana no lograba nunca darse la vuelta porque era más bien una especie de revuelto.

Haría falta batir bien los huevos, es decir desmachizar a los hombres y desfeminizar a las mujeres para lograr un verdadero y razonable igualitarismo, piensa mientras saborea un pincho de tortilla.

María besa a Marcos, y como lo hará amándole con toda su alma, ese beso se convertirá en un sello de amor para el resto de sus vidas.

Él aceptará la oferta de Moncho, Ramón Gómez, con el que también se había encontrado esa tarde en Sol, pues esa tremenda casualidad le hará convencerse de que aquel 15 de mayo cambiaría su destino.

Y así será.

Estudiará arte dramático y se convertirá en el pivón que siempre había sido, aunque del anonimato pasará a la fama.

Lo bueno es que no se dejará pervertir por el resplandor del dinero al haber descubierto junto a Marta que detrás de toda esa superficialidad no existe nada más que un oscuro y frío mundo de gente sin principios, amargados y deprimidos.

Como músico, al ser famoso, también le irá mucho mejor, aunque nunca llegará a ganar dinero con ello.

A partir de la cincuentena, su éxito irá declinando, pues en España no se harán películas serias, sino comedias televisivas y cine de escasa proyección con el que se tratará de nutrir a las masas de carne humana nacional.

Si hubiera querido seguir trabajando como actor hubiera tenido que irse a Hollywood, la gran factoría mundial, pero renunciará para quedarse junto a su amor.

Con eso le demostrará su gratitud y será fiel a su filosofía, pues ella siempre mantendrá que para ser feliz no hace falta tener dinero, sino que basta con mantener la dignidad.

Lo cierto es que su amada le ayudará a defender su integridad frente a los ataques de numerosos buitres del mundo del espectáculo.

Aún en la sombra, trabajando de camarera unos cuantos años, y luego sirviendo también las mesas en su propio restaurante vegetariano, se sentirá siempre dichosa a su lado.

A pesar de su popularidad, confiará plenamente en él.

Incluso viajarán juntos a Venecia cuando él sea nominado para un premio en el festival de cine.

Ella siempre le acompañará en todos sus actos públicos, y estará aún cada día más guapa.

Miguel, cuando las cosas les vayan bien y ella tenga más tiempo, recibirá una educación mucho más esmerada.

Esa tarde precisamente Marisa le recomendará un libro de pedagogía llamado El maestro ignorante que influirá mucho en su labor educadora.

Lo cierto es que aquel libro le servirá para comprobar sus sospechas sobre la labor alienante de las escuelas, que ella tratará de enmendar.

Miguel aprenderá a tocar rápidamente varios instrumentos ayudado por Marcos.

Juntos escribirán letras, y en el futuro llegará a convertirse en un cantante de éxito.

Ese día no lo olvidarán nunca ninguno de los tres.

Miguel se lo había pasado fantásticamente jugando con los hijos de una amiga de su madre, que seguirá siéndolo por muchos años.

Aquello le servirá como base para confiar en el amor y en la amistad.

Durante una época, ya adulto, vivirá en Argentina.

Allí conocerá al amor de su vida, una chica muy parecida a su madre cuando era joven.

Con ella tendrá hijos y también se separarán, como sus padres, para volver a reencontrarse años después.

Y en esa misma plaza en la que se encuentran ahora los tres, un beso apasionado de su futura amada sella su amor para siempre.

Mario vuelve a casa observando el paisaje urbano del sur de la ciudad como si lo hubiera visto por primera vez.

Preferirá el confort del hogar a pasar las noches siguientes en una tienda de campaña como manera de conmocionar a la opinión pública, y sobre todo a la clase proletaria actual convertida en consumidores sin conciencia, carentes de moral y de sentimientos afectivos.

Como aquella tarde todos sus conocidos y compañeros intelectuales se mostrarán fríos con él, se encerrará aún más en la soledad de una filosofía marxista que supondrá para él un callejón sin salida.

En la asociación comunista a la que pertenecía faltarán libros y dinero, y las sospechas recaerán sobre él.

Su aspecto se volverá cada vez más gris, y aunque continuará con su tesis e incluso dando clases esporádicamente, los alumnos jóvenes de su facultad le apodarán "el filósofo amargado".

Todo aquello que sus compañeros le recomendarán, creyendo que podría mejorar no sólo su filosofía, sino su estado de ánimo; no servirá para nada.

Grandes filósofos como Epicuro, permanecerán desconocidos para él.

También Rancière, precisamente el joven que desafió el poder del gran Althusser, al que él sin embargo se empeñará en consagrar toda su juventud.

Ese verdadero pensador estará presente en todos los cambios de mentalidad y en cada una de las insurrecciones políticas de los próximos años.

De hecho ya en aquel 15 de mayo, y a partir de él, podrá escucharse el eco de sus palabras visionarias, pues se tratará de uno de los pocos capaces de detenerse a pensar en vez de dejarse arrastrar por la corriente, con el fin de ganar tiempo como si se tratara de oro.

Tampoco se ocupará jamás, por principios claramente machistas, de la obra de ninguna filósofa.

Disfrutar del conocimiento de la razón poética de María Zambrano le hubiera mejorado el carácter.

Pero nunca, tan ocupado por la filosofía proletaria actual, tendrá tiempo que perder con asuntos femeninos.

Conocerá a mujeres inteligentes, pero que en el fondo no le interesarán en absoluto y acabarán desapariendo de su vida.

Querrá casarse al llegar a los cuarenta, pero no encontrará con quién, ya que no será atractivo, ni tendrá dinero, ni coche.

Como ahora, pero cada vez de manera más vergonzosa, hasta las más decentes y de buena familia se venderán como ganado en las ferias para procrear.

Los hombres también las tratarán como tal.

Pero el que carezca de bienes, como él, tendrá que conformarse con las que se ofrecen a todos como sucedáneo a través de las pantallas.

Es decir, la cuestión del futuro será ver y no tocar, hablar y no ser escuchado, y en su caso escribirá para no ser leído.

Al menos conseguirá, con tanto sacrificio, obtener un henchido currículum, pues el gallo intelectual no dejará de inflarse y cantar ufano el resto de su vida.

El problema es las gallinas cluecas españolas descubrirán rápidamente sus orígenes mestizos y se negarán a sacrificar su vida para traer al mundo a un piel oscura.

Por suerte encontrará trabajo como profesor en Perú, y allí será considerado un genio.

Se casará con una mujer relativamente rica, publicará libros y, sintiéndose incomprendido en España, no regresará hasta la muerte de su padre.

Y entonces observa el paisaje desde el tren como si lo viera por primera vez.

Miriam fuma y mira ensimismada las florecillas en la blusa de una chica que había conocido esa tarde gracias a Momo.

Tanto le gustará, la camisa, que le preguntará dónde la había comprado.

Como la respuesta será que en el rastro por un euro, eso la conmocionará, haciéndole plantearse incluso dejar su trabajo furiosa por sentir que ha vendido durante más de veinte años su alma al diablo a cambio de trapos que no tenían el mínimo valor.

Finalmente lo hará.

Tardará unos meses en decidirse, casi un año.

También le costará convencerse a sí misma de que está enamorada de la chica de la camisa, Marisa, de la que no se despegará prácticamente el resto de su vida.

Llegarán incluso a mantener relaciones amorosas.

Aunque como ella querrá formar una pareja estable, más convencional dentro de lo que cabe, y su amiga se negará, pues valora demasiado la libertad, la relación no cuajará.

Gracias a ella conocerá en breve lo que significa emanciparse y ser capaz de pensar por uno mismo en función de lo que vemos, escuchamos o leemos.

Entonces, como Marisa, se volverá una persona mucho más atractiva a los ojos de los demás.

Tras superar el miedo atroz que le producía reconocer su homosexualidad, se sentirá más segura de sí misma.

Dejará de morderse las uñas, pero no de fumar.

Seguirá hasta la vejez compartiendo con su hermana un viejo piso en Huertas, pues se trata de una propiedad familiar.

Al menos, todas las penurias económicas y morales que habían soportado sus padres para comprarlo, servirán para que ella pueda dedicarse a escribir precisamente contra la hipocresía y la maldad de la vida doméstica de las parejas falsamente heterosexuales.

Gracias a todo el tiempo que ganará al dejar de invertir su energía en materias textiles, podrá salir de la tela de araña en la que las mujeres caen como moscas.

Descubrirá también el porqué.

Tras años de lecturas y reflexión, se dará cuenta de que la homosexualidad femenina reprimida ha sido empleada por el consumismo como medio de hacer desear las prendas con las que se cubren los cuerpos deseados.

Del mismo modo, la potencia de los coches compensará la impotencia y la frigididad mortal que sufren los hombres frente a las mujeres de carne y hueso.

Eso explicaría el éxito de las revistas femeninas y de la publicidad.

Llegará a la conclusión de que no necesitaba en absoluto gastarse dinero en ropa, porque eso sirve únicamente a las mujeres burguesas para mostrar a los hombres su condición económica privilegiada, y encontrar maridos interesados en su dinero para gastárselo en coches de lujo.

La farsa representada por ambos géneros dentro de una sociedad consumista nutrida de sexualidades falsas e insatisfechas, le servirá como argumento para sus experimentos literarios.

Marisa será su maestra, por haber estudiado filología.

Le mostrará la literatura de las mujeres de la rive gauche, lesbianas declaradas sin prejuicios antes de la primera guerra mundial, y tratará de seguir su estela tras cien años de paréntesis.

Nunca olvidará aquel 15 de mayo, y muchos años después, dado que guardará como recuerdo la camisa que llevaba ese día su amiga Marisa, se encontrará fumando y observándola ensimismada.

Moncho acababa de grabar a Mónica con su cámara digital, y observa la grabación convencido de que ella será la protagonista de su primer largometraje. Tal feminidad le maravillará y consagrará su vida al cine sólo para así poder rodearse de mujeres tan bellas y delicadas, lo mismo que Hitchcock lo hizo de rubias con aparente frialdad británica, o Woody Allen de sofisticadas neoyorkinas. Las de Moncho, al principio serán españolas, pero luego mexicanas. Habrá muchas, que aumentarán en progresión geométrica en cuanto se convierta en todo un director de cine famoso. Se diría que cuesta descubrirlas, pero existen multitudes de jóvenes que se saben bellas aguardando convertirse en estrellas. Hacer cine nunca será más sencillo, pues las mujeres habían aprendido a través de la pantalla no sólo a vestirse y maquillarse como actrices, sino a comportarse como tales en todas las circunstancias. Ni siquiera hacía falta dirigir las, pues habían nacido viendo a sus congéneres interpretar siempre el papel de la bella complaciente frente al bestia descortés y egoísta. Su primera película tratará precisamente de eso, y la protagonizará Marcos. El título en español será Éxito amoroso y se traducirá como The best-lover. Se inspirará en los cantantes de rock y sus groupies, pero será una disculpa para contar con muchas jóvenes actrices en el reparto. Además trabajarán gratis para él por tratarse de su primera película. La interpretarán alumnas de la escuela de interpretación de Martin, encantadas de poder saltar a la fama. Al menos ellas se sentirán dichosas de aparecer en una película, cuando tantas otras también sacrificarán su existencia en vano tratando de convertirse en muñecas de plástico, como las del celuloide, pero que nunca serán inmortalizadas. Por eso se esforzará en sacar adelante su filmografía, por amor y respeto a la belleza femenina, que le parece como el reflejo de Dios sobre la tierra. Para él, que considera que la humanidad ha logrado encerrar a la mayor parte del género femenino en un jardín de flores, supondría una crueldad no sacar a la luz sus encantos. Claro que para eso cada vez más, a través de internet y todos sus medios de alcance de imágenes, ellas mismas se encargarán de mostrarse a un público indefinido. Pero en la gran pantalla y sus numerosos festivales, que proliferarán como setas bajo el árbol de las nuevas Evas, la belleza femenina será aún más idolatrada. El problema es que la ficción y la realidad divergirán cada vez más. Y aunque todas las chicas guapas aparecerán retratadas como tiernas y sensibles, muy pocas cultivarán sus mentes y responderán a esa descripción en la realidad. Mónica era así, pero jamás aceptará convertirse en una marioneta suya. Al parecer su padre le había metido ideas libertarias en la cabeza, y eso le impedirá reproducir estereotipos burgueses en los que según ella se denigra a las mujeres, pues se las convierte en un objeto, en una mercancía para consumir en función del deseo insatisfecho de ambos sexos. Como él insistirá, ella como mucho se ofrecerá a ofrecerle sus ideas a la hora de escribir guiones. Sin embargo no llegarán nunca a ponerse de acuerdo, especialmente porque intentará imponerle el criterio de su amado. Por ese motivo dejarán de verse, y ahora, tras haber contraído matrimonio con una actriz mexicana que había conocido en Hollywood, observa con nostalgia la grabación de aquel inolvidable 15 de mayo del 2011.

Marta está en el hospital debatiéndose entre la vida y la muerte pues había sufrido un aparatosísimo accidente de coche.

Ella sobrevivirá, pero como consecuencia de su falta de atención y reflejos, debido a la medicación, aquel despiste suyo le costará la vida a numerosas personas.

Tardará varios años en recuperarse, pero todo el sufrimiento físico que tendrá que soportar para lograrlo le servirá para adquirir ciertos valores morales.

Virtudes como la castidad, la templanza, la generosidad, la paciencia, la humildad y la diligencia, desplazarán a los enemigos del bien con mayúsculas, los pecados capitales que siempre habían regido su existencia siguiendo una moda occidental made in Hollywood.

Para empezar dejará de ver 'Sexo en Nueva York', uno de sus vicios más arraigados desde hacía años, creyendo que aquello era lo más cool del mundo cuando se trataba precisamente de lo contrario.

Con esa medida de higiene moral, su lujuria se irá apaciguando, dejándole el alma algo más libre para considerar a los hombres como personas, asexuados, en vez de pollas con patas.

Milagrosamente, quizás en relación con la reducción de la ansiedad que le provocaba permanecer en constante estado deseante, su apetito, no sólo carnal sino alimenticio, se irá reduciendo paulatinamente.

También dejará de ver a las mujeres como competidoras, ya que se dará cuenta de lo difícil que resulta para todas superar problemas reales, y al fin sabrá que los quirófanos no sólo sirven para corregir pequeñas imperfecciones.

Como las enfermeras del hospital público en el que permanecerá meses ingresada serán casi todas rubias y estarán buenorras, en vez de envidiarlas a muerte, aprenderá a apreciar su cariño y sus cuidados, tan valiosos en su estado.

A partir de aquel momento se volverá menos tacaña, y eso le vendrá muy bien no sólo a su alma, sino también a su cuerpo.

En vez de amargarse por cada céntimo que había de gastar, en cuanto salga del hospital se convertirá en una hija pródiga para desgracia de su padre, que llevaba años manteniendo una relación con una mujer más joven aún que ella, prometiéndole que pronto él sería el dueño de todo.

Para empezar, cuando vuelva a caminar y salga a la calle, no se apartará ya de los pobres como si fueran apestados, sino que se acercará a ellos para ofrecerles no sólo limosna, sino atenciones y respeto.

Lo cierto es que se volverá una ONG andante, porque algo, tras casi traspasar el umbral de la muerte, le revelará que el dinero no es para guardarlo en los bancos ni para trabajar con el fin de hacerlo aumentar; sino para comer, vestirse y tener donde dormir.

Casa tendrá, con que vestirse le sobraré, y para comer mejor, aprenderá a cocinar.

Entonces comprobará que la paciencia necesaria para preparar la comida, lleva a adquirir la templanza necesaria para no engullirla como los cerdos, sino con modales y a un ritmo que permite saborear los alimentos y quedar saciado.

Lo mismo aprenderá que también sucede con respecto al sexo cuando se hace con delicadeza y ternura, en vez de remedando a los animales.

Lo descubrirá el día que decida descubrir quién había sido el hombre al que había dado plantón aquel trágico, pero trascendental, 15 de mayo.

Cuando le vió, le encantaron sus ojos glaucos y le recordaron a los de un chico con el que había tenido una aventura maravillosa veinte años atrás.

Al final resultó ser el mismo.

Y dos años después vuelve al hospital, pero por razones muy distintas.

Marcial, aquella tarde, por primera vez en su vida, se siente afortunado. Eso responderá al hecho de haber encontrado el sentido de su existencia, la canción, pues su espíritu era el de un pájaro cantor. Entonces comprenderá el significado de las palabras sagradas que anunciaban la gloria, el nirvana y la salvación. También entenderá por qué se decía eso de que el cuerpo era una prisión, y que había que mortificarlo para que el alma pudiera liberarse de sus cadenas terrenales. Ya nunca más pensará en su familia gaditana, y dejará de sentir el rechazo contra su padre que le había consumido desde niño, impidiéndole crecer y desarrollarse en el mundo con libertad. Día a día irá madurando, y hasta haciéndose más grande y corpulento, pues ya no le dominará el odio hacia su propio género. Su éxito como cantante y las muestras de respeto hacia su arte, le ofrecerán la confianza en sí mismo de la que había carecido toda su vida. Si cantando había sido capaz de salir del infierno, gracias al reconocimiento público, conseguirá elevarse hasta las estrellas. Después de haber sido un indigente, poder comer, dormir bajo un techo y tener la ropa limpia, le parecerá un lujo increíble. Al fin logrará abandonar la calle Guzmán el Bueno, pues ese apego escondía en el fondo una especie de fijación malsana con un lugar en el que se encontraba atrapado desde su juventud. Se dará cuenta de que aquella obsesión por el barrio estaba relacionada con la música heavy, a través de la cual muchos insurrectos, como él, gritaban denunciando el mal que produce la erradicación de la ternura entre los animales humanos. De hecho uno de los que había sido y será para siempre sus grupos favoritos, Los Suaves, tenía como emblema un gato y su nombre hacía referencia a la suavidad del pelaje de esos animales. Sin embargo reconocerá que no es fácil llevar a cabo la insurrección de amar tiernamente y en libertad, como proponen esperanzadas las letras de muchas canciones. Con una versión muy melódica y un poco flamenca de la ranchera Vámonos, le declarará su amor a su amiga Maite, pero la cosa no saldrá bien. Ella se mostrará demasiado autodestructiva, como la mayoría en la intimidad, por encontrarse condenada eternamente al infierno de los que creen que la agresividad ha ser inherente al sexo. Él tendrá muy claro que no va a repetir el comportamiento de su padre. Para eso había renunciado incluso a existir, y preferiría morir antes de ofrecerle el pornoamor que ella demandaba. Será demasiado consciente del horror que implica practicar el sexo sin estar enamorado como para caer en la trampa que origina todas las conductas inhumanas propias de nuestra especie. Para eso preferirá estar solo, y justo tras haber tomado esa decisión, recibirá la sorpresa más grata de toda su vida. Resulta que la mujer con la que había quedado el 15 de mayo que cambió su vida, gracias a un accidente sucedido ese mismo día, había logrado una especie de lucidez espiritual tan grande que se había convertido en su media naranja. Parecía como si una justicia divina, mucho más poderosa que la humana, hubiera recompensado su pureza. Y ya convertido en un anciano, cantándole dulcemente a su nietecito, se siente un hombre verdaderamente afortunado.

Muriel contempla junto a Maurice la puesta de sol desde la Plaza de Oriente, algo que acostumbraba a hacer con Manu, tan aficionado a ellas como el Principito.

Al día siguiente cogerá el avión para París y tratará de olvidarlo.

Aprobará el examen de oposición y se convertirá, tal como ella quería, en profesora de español.

Conseguirá una plaza en París, pero en las afueras de la ciudad.

Allí se encontrará con alumnos realmente problemáticos que le harán reflexionar sobre las ideas de Manu acerca del salvajismo que amenazaba la vasta cultura francesa debido a su inmensa necesidad de esclavos.

Aquellos adolescentes no querrán aprender nada, tal sólo descargar su agresividad contra los demás, profesores incluidos.

Las chicas serán menos agresivas, pero tampoco querrán estudiar.

Ellas no pensarán en otra cosa que maquillarse y competir con sus compañeras por ver quien lleva los shorts más cortos.

Las musulmanas, al menos, protegidas de esa violencia psicológica continua gracias a sus sagrados velos, lograrán un mayor rendimiento académico.

Además, sus alumnos árabes, creyendo que España es un país menos racista, se esforzarán un poquito por aprender con la esperanza de huir de la barbarie a la cual les confina la hipócrita sociedad francesa.

Pero esos serán los menos.

La mayoría se dejará arrastrar por la ola de violencia que desencadenará una guerra civil en su país.

El conflicto se volverá internacional y Europa quedará de nuevo devastada.

Tras toda esa ruina se tratará de crear naciones más justas, con menores necesidades económicas, y por lo tanto bélicas.

El san-simonismo, o Nuevo Cristianismo, será implantado, superando en eficacia al comunismo, pues su pilar fundamental es la igualdad de género.

Aunque Marx había asegurado la lógica autodestructiva del capitalismo, y anunciado su fracaso; la razón de ese afán destructivo será muy distinta a la que él exponía, y la pista para encontrarla se hallará en el Génesis.

Tras siglos de oscurantismo protestante, se descubrirá que la palabra trabajo procede del latín *tripalium*, un instrumento de tortura con el que los romanos sujetaban a sus esclavos para que no pudieran huir.

Siguiendo la misma línea libertadora, se le desvelará a la población que la familia supone un también un modo de esclavitud, pues *familium* era el término que se empleaba para designar a los siervos en una casa romana.

Así, una vez asumido que el trabajo y la familia eran las dos causas del mal en la tierra, se empezará a plantear la posibilidad de liberar a la mujer de la esclavitud sexual que supone el matrimonio y la prostitución.

En cuanto a aquella profesora de español, idioma que como el francés no será más que el recuerdo del lejano pasado de una Europa integrada por nuevas razas; al final se dará cuenta de cuánta razón tenía su ex novio.

Ella, tan chauvinista y perfectamente amoldada a la sociedad de su tiempo, no tardará mucho en comprender las protestas de los españoles iniciadas el 15 de mayo en que se produjo la ruptura con él.

Lo cierto es que nunca se había imaginado lo duro que podía suponer enseñar español en un instituto, y sólo vivirá esperando que lleguen las vacaciones.

Al final Manu iba a tener razón con eso de que la ociosidad, la madre de todos los vicios, tendría que convertirse en nuestra diosa, se plantea años después mientras contempla una puesta de sol junto a Maurice convertido en su esposo.

Modu se pavonea delante de las mujeres, pues aquella manifestación se encontraba repleta de chicas jóvenes y guapas, además liberadas, como a él le gustaban. En cuanto comiencen las acampadas en protesta por cuestiones que él considerará que no le conciernen, pues cree que Europa es un paraíso; acudirá cada día a Sol para pasárselo bien por sentirse como en su propio país. Allí todas las mujeres tienen dueño, y aquí no, con lo que esa situación excepcional supondrá para él un verdadero oasis en medio del desierto. Pero cuando el calor comience a volverse insoportable, todo aquel campamento de lucha pacífica contra las injusticias cometidas por el gobierno español en connivencia con los bancos, desaparecerá como si se hubiera tratado de un espejismo. Y él, que se sentía un león en la selva viviendo por primera vez en libertad, se sorprenderá al ver aparecer en las noticias a chicas testimoniando haber sido acosadas por africanos y árabes. Lo cierto es que intentará ligar con cuantas manifestantes se encuentren solas, y aunque algunas parecerán encantadas, otras le rechazarán argumentando que en el mundo hay más cosas en las que pensar y a las que dedicarse que a follar. Lo cierto es que él no comprenderá cómo pueden existir mujeres sin pareja capaces de prescindir del sexo. Pero tras ese 15 de mayo descubrirá que muchas mujeres occidentales rechazaban tajantemente el contacto con personas del sexo opuesto. Aquello supondrá una novedad para él, una especie de penosa revelación que le dejará conmocionado durante un largo periodo de tiempo. A partir de ese momento comenzará a plantearse incluso regresar a su país al sentirse despreciado por aquellas que él consideraba su razón de existir y sus benefactoras. Una extraña nostalgia se apoderará de su ser, y comenzará a frecuentar un bar de Lavapiés al que acudían mujeres senegalesas buscando marido. Allí conocerá a Mame. Ella trabajaba para la familia de Marta como chica para todo desde hacía casi diez años, y seguirá haciéndolo el resto de su vida. Ambas tenían aproximadamente la misma edad, pero la patrona nunca se había preocupado lo más mínimo por su sirvienta hasta que Mame le demuestre su afecto yendo a visitarla al hospital más que su propia madre. Así nacerá la amistad entre dos personas separadas por una barrera invisible cultural y de clase social, que se desplomará como un muro gracias a la colisión de su tanque de guerra contra un camión. Cuando Mame se quede embarazada, le pedirá ayuda a Marta para poder seguir trabajando en su casa y cuidando a su futuro hijo, pues ha tomado la decisión de no decirle nada al padre y criarlo sola. A Marta le parecerá un poco extraño, pero aceptará. Ella le asegurará que es mejor así, porque los africanos que dejan sus países son en realidad la escoria de la sociedad en comparación con el resto. Al parecer sólo los más egoístas e individualistas se adaptan perfectamente a la mentalidad occidental, y ella no querrá que su hijo sea educado en esos valores. Marta la comprenderá y llegará admirarla cuando su ahijada llegue a convertirse en una gran cirujana capaz de rechazar la sustanciosa oferta de una clínica de estética para trabajar gratis en Senegal. Pero un buen día, cuando su madre ya sea anciana y se encuentre enferma, querrá saber quién era su padre, y lo encontrará viviendo en una residencia de ancianos. Mila lo reconocerá fácilmente pues, aunque muy viejo pero nada senil, es el único negro y se encuentra pavoneándose delante de las mujeres.

Mónica, su cuerpo y su alma, se encuentran fuera de sí, con lo que el egoísmo abandonará por completo su espíritu al haberse convertido en esclavo del deseo amoroso, por lo tanto del bien.

A partir de ese momento pasará al servicio a la humanidad a través del instinto de conservación de la especie, que básicamente ha de ser sexual.

Ése era, es, y será por siempre Dios.

Mientras que Satanás, el pervertido y reprimido, tratará por los siglos de los siglos de dominar al mundo a través del dinero, pues es el encargado de satisfacer únicamente los instintos de conservación del maldito Yo.

Ambos serán necesarios para sobrevivir, pero en la selva, no en el mundo civilizado donde las necesidades básicas de las personas deberían encontrarse garantizadas.

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de tantos jóvenes indignados y comprometidos que habían iniciado el 15 de mayo de 2011 una revolución contra la moderna inquisición, el mal con mayúsculas vencerá a su antagonista.

Unos contra los otros, los hombres contra las mujeres, los ricos contra los pobres, los del norte contra los del sur, provocarán una verdadera catástrofe universal.

Ella peleará con todas sus fuerzas, pero en vano, pues tal como manifestaba su padre, el fracaso del comunismo había supuesto la ruina moral de toda la humanidad.

Primero el Cristianismo, luego el Comunismo, y a continuación el Nuevo Cristianismo, inspirado en el simonismo, serán vencidos por los poderes de la oscuridad; es decir, la bestia que todos los humanos llevamos dentro y que tan sólo el amor es capaz de doblegar.

La moral puritana de Estados Unidos, que tomará las riendas de Europa tras la catástrofe, no ayudará en absoluto a solucionar el problema.

Al menos ella no llegará a sufrir esa decepción en vida, y permanecerá siempre en la Resistencia española, que luego se unirá a las creadas en otros países para combatir al enemigo común, el poder del dinero.

Como Hessel defenderá en su primer manifiesto, para que los Estados Europeos no sean completamente desmantelados habrá que nacionalizar bancos, energía, transportes, seguros y minas.

De no ser así, toda la riqueza adquirida a través de generaciones, desaparecerá de los territorios nacionales para focalizarse únicamente en los puntos concretos de la tierra donde se concentre más cantidad de capital.

Es decir, los paraísos fiscales, que en realidad son los infiernos morales.

Lo cierto es que un día se lamentará de no haber comprendido antes que El Capital era el sobrenombre de Satán, el promotor de las guerras contra el islam.

Entonces reprochará al mayor científico económico de todos los tiempos el no haber sido capaz de desarrollar un espíritu lo suficientemente creativo y crítico como para llegar hasta el fondo de la cuestión.

Ella, que siempre había creído en el comunismo, porque era la religión que le había transmitido la persona que más amaba en el mundo, descubrirá que no se trataba más que de una engañifa.

Y lo peor es que ya lo había manifestado el mayor creador de todos los tiempos más de cien años atrás, y gracias su novela Los Demonios, lo comprenderá todo.

Creyendo en él como si se tratara de un profeta, dado que en El jugador ofrecía una radiografía de los europeos y apostaba por los ingleses, cuando Manu la traicione tendrá muy claro quien será su próximo amado.

Y diez años más tarde, junto a un verdadero gentleman, su cuerpo y su alma, unidos a un cuerpo y un alma ajenos formando un todo, se encuentran fuera de sí.

Mohamed besa en público a su mujer por primera vez, lo cual le parecerá algo revolucionario.

Él, que había venido a España con la única finalidad de ganar dinero, se dará cuenta de que ha logrado algo mucho más valioso, la felicidad.

Eso no le habría sucedido jamás en su país, el amar a una esposa y respetarla como lo hará el resto de su vida.

Viendo que allí todo el mundo es valiente y comprometido, la noche de aquel memorable 15 de mayo se armará de valor para confesarle la verdad.

Ella le dirá que ya sospechaba lo de su otra mujer, al igual que lo del tráfico de hachís y lo de la calle Montera; pero que le perdona porque le ama.

Le propondrá incluso ir ese verano a conocer a su otra esposa, y le aconsejará abandonar los negocios sucios, ya que eso podría afectar negativamente a sus hijos, pues cada pecado de los padres es heredado por sus descendientes.

A él le costará mucho más dejar de conseguir el dinero fácil que enfrentarse a su familia marroquí, aunque eso precisamente lo pagará caro.

Los hermanos de su esposa le amenazarán de muerte, aunque afortunadamente para él no podrán atravesar la frontera, sino ya sabría lo que le esperaba.

Su pobre madre sufrirá por no poder volver a verle, pero le escribirá cartas hasta el día de su muerte, y hasta alguna vez conseguirá hablarle por Skype.

Su padre también le repudiará, pero él se sentirá en cierto modo liberado por dejar de fingir respetar preceptos de una religión en la que ya no cree.

Se aficionará a la masturbación, e incluso la introducirá como práctica sexual en las relaciones amorosas con Melissa.

Empezará a explorar su cuerpo y el de su mujer, y a menudo le pedirá sexo anal, ya que descubrirá que le relaja enormemente.

Ella encontrará la manera de establecer lazos con la cultura árabe a través de una asociación de mujeres madrileñas.

Juntas crearán un grupo de apoyo a mujeres marroquíes, que aunque no podrán salir de su país, al menos tendrán contacto a través de internet.

Su tienda será con el tiempo regentada por su esposa, a la que antes no había dejado entrar más que para limpiarla.

Ella también le acompañará a por mercancía.

Como acabará por dejar el trabajo en el supermercado tras años de lucha por un sueldo justo, aprovecharán para pasar largas temporadas en Marruecos con el fin de habituar a sus hijos a esa cultura por si las cosas se ponen muy mal en España.

Con los años se irán especializando en productos de belleza que tendrán mucho éxito, como el aceite de argán, que se convertirá en una especie de oro líquido.

Ella, como lo usa, presumirá mucho delante de sus amigas de tener una piel perfecta, pero en realidad él cree que se debe al esperma que vierte sobre su rostro, sintiéndose realmente orgulloso de algo que antes le condenaría al infierno.

Como ella es una gran lectora, él poco a poco irá habituándose a hacerlo.

Un día traerá de la biblioteca Los versos satánicos, declarándole que no se trata de ninguna ofensa a su cultura, ya que hay libros aún más críticos sobre occidente.

Le explicará que la famosa trilogía de Stieg Larsson comenzaba con una novela titulada Hombres que odian a las mujeres, pero que odiar fue cambiado por no amar en pasado para darle aspecto de algo superado, cuando no es así.

Ella se empeñará siempre en asegurar que si los musulmanes son malos, los católicos son mucho peores, y que si unos desprecian a las mujeres, los otros las detestan.

La prueba debe ser que aquellos que las besan en público, como él hace ya hasta en Marruecos, son una minoría.

Melissa se acuesta agotada, y ese día le deparará aún más sorpresas. Mohamed no se conformará con haberle preparado la comida y dado un beso en público, sino que le confesará la verdad que ella ya sospechaba. Le dirá que tenía otra familia en Tánger, otra mujer y otros hijos, y que la pareja de ancianos de Tetuán no eran sus padres. También se atreverá a reconocer que cuando iba a Marruecos a por mercancía aprovechaba para transportar ilegalmente hachís. Y hasta le confesará que más de una vez había solicitado los servicios sexuales de mujeres, tanto en España como en su propio país. Aquello podría horrorizar a cualquiera, pero no a ella, que cree que la base del sistema económico neoliberal es el tráfico de drogas, de armas y de mujeres; y piensa que ese gran problema mundial, de no ponerle freno, tenderá a agudizarse cada vez más. En realidad temía por sus hijos, ya que son siempre ellos los que acaban pagando por los delitos cometidos por sus padres. Pero el hecho de que él se hubiera redimido, le aliviará. Lo de su familia le parecerá que hasta tiene gracia, y querrá conocerla, pero su mujer se negará a aceptarla pues la considerará una ramera por el simple hecho de pertenecer a la cultura occidental. Sus padres, en especial él, cómo no, tampoco querrán saber nada de ella ni de sus hijos, y acabarán repudiándolo por su culpa. Pero de todas las mutaciones que tendrán lugar aquella primavera árabe de su vida, la que más revolucionaria le parecerá será la producida en la cama, ya que él se esforzará todavía más por hacerla gozar. En el fondo le parecerá que en la ausencia de goce sexual radica el malestar social, no sólo en España, sino en toda Europa, con Alemania, cómo no, a la cabeza. Sin embargo le sorprenderá comprobar que en las revueltas ciudadanas iniciadas el 15 de mayo se encuentren tantas parejas de enamorados. Aunque a pesar de la bondad, esfuerzo y sentido común de tanta gente, los medios de comunicación, los responsables de tanta indignación, pues su negocio es la crispación y la violencia, se volverán contra los árabes acusándolos de haber acosado a las mujeres. Aquello le parecerá otro golpe bajo, pero una vez que la sociedad se pone en pie con ganas de luchar por sus derechos, y deberes, a favor del interés general, uno ya no se deja afectar por las calumnias de los responsables de tanta injusticia. Ella, con sus hijos, comenzará a asistir a las asambleas del barrio, y participará en programas alternativos de educación ciudadana. También se aficionará aún más a la lectura, y con mucho esfuerzo logrará que su marido vaya acostumbrándose a leer y de paso mejorando su español. Tan abierto de mente le parecerá, que llegará incluso a atreverse a mostrarle el libro más prohibido para los musulmanes. Aunque él no se enfadará porque sabe de sobra que ella no tolera a los católicos, que le parecen unos puercos que comen jamón y beben vino hasta reventar, y que haciendo honor a su naturaleza porcina, sólo se preocupan por destruir cuanto encuentran a su paso. Y ya que con eso de no llevar velo, lo único que parece interesarles a las mujeres occidentales es su cutis, cuando ella abandone su duro trabajo se dedicarán juntos a vender aceite de argán. Como su tienda se llenará de ricachonas ociosas, aprovechará para crear una asociación de ayuda a mujeres marroquíes. Así que cada noche se acuesta agotada, pero esperando aún gratas sorpresas.

Momo hacía mucho tiempo que no se lo pasaba tan bien como aquella tarde. Aunque no había pivones, al menos con aquellas mujeres se podía hablar, y eso le extrañará porque nunca antes había encontrado en su camino chicas así de afables con el sexo contrario.

Al lado incluso de Miriam, la más fea de todas, su mujer le parecerá un cardo. Habrá una que le volverá loco, se llama Mónica, y por algo que él no llega a comprender, no puede dejar de mirarla.

Así, cada vez que ella proponga algo, no sólo él, sino montones de chicos, la seguirán entusiasmados.

Con la esperanza de verla, acudirá a las protestas cada tarde al salir de trabajar. De hecho dejará la oficina más pronto que nunca, buscando algo incierto, que no será otra cosa que un tipo de contacto con el sexo opuesto que desconocía hasta entonces. Pasadas unas semanas, incluso encontrará a su mujer menos exasperante, y dejará de verla como un mal necesario para comenzar a mirarla, escucharla y hablarle con delicadeza.

Su rostro le parecerá menos crispado, y durante un tiempo incluso dejará de ir a comprar a Zara, y dedicará menos tiempo a sus uñas, maquillaje y peinado.

Incluso él, que temía que si se descuidaba un poco parecería un monstruo, se da cuenta de que el estar más alegre y tranquila la embellece.

En la cama también se entenderán mejor.

El sexo será menos tenso, y hasta habrá un poco de ternura.

Meditando sobre la cuestión de las relaciones de pareja, ya que las suyas le parecían un verdadero suplicio, y sin tele ni trabajo podrían acabar en asesinato; se dará cuenta de que teniendo temas interesantes sobre los que discutir, como sucede en las asambleas, la voz de las mujeres no suena tan irritante.

Mercedes, al verlo también a él más contento que de costumbre, incluso le animará a participar en aquello que conoce a través de la pantalla del televisor, y que le gusta porque le parece como si se tratara de una nueva serie en la que su marido ha conseguido un pequeño papel.

Lo que no sabe es que él acosará aún más a las jovencitas que los árabes y africanos que también andan por allí pululando, como todos, esperando a ver si se regala algo, pues el sexo se ha vuelto la mercancía más cotizada del mundo.

Se tratará simplemente de la reacción lógica del cuerpo ante la primavera, aunque él se sentirá en el fondo avergonzado de su conducta, creyéndose un depravado.

Un día, leyendo un artículo escrito por Miriam en su propia revista feminista, averiguará que durante el mayo del 68 los jóvenes de todo el mundo occidental demandaban únicamente libertad sexual.

Pero jamás la obtendrán, ni a partir del 15 de mayo, ni en las primaveras subsiguientes a cada grave crisis económica; porque tal como se demostró en París, los jóvenes dejan pronto de serlo y, como él, prefieren permanecer junto a mujeres burguesas.

Tal como afirmará Miriam, el problema sexual por el cual Cohn-Bendit increpó al ministro de juventud y deporte desencadenando una revolución, tendrá que solucionarlo cada uno solito, porque incluso a dos la cosa estará difícil.

Y aquello le sugerirá un nuevo estencil en el que aparece en mayúsculas el lema “Revolución sexual” y una pareja besándose.

Pero todo aquello lo olvidará, se hará viejo y seguirá con su mujer.

Aunque una primavera, cuando sus hijas sean ya mayorcitas y empiecen a volverse hippies para no parecerse a la amargada de su madre, vendrán a casa con una amiguita muy mona y comprometida con la que charlará un rato, descubriendo que hacía muchísimo tiempo que no se lo pasaba tan bien como aquella tarde.

Marisa se siente una revolucionaria y una especie de salvadora de la humanidad. Resulta que todo saldrá desde el principio tal como ella lo había imaginado, o incluso podría decirse que mucho mejor.

Se entrevistará sin cesar con miembros de asociaciones y conocerá a todos los que integran la plataforma ¡Democracia Real, ya!

Participará en prácticamente todas las comisiones, y aprenderá mucho más que si hubiera pasado años estudiando en las más prestigiosas universidades del mundo.

Con el tiempo, de tanto asistir a asambleas, llegará a convertirse en una maestra en economía, tecnología, educación, medio ambiente, trabajo social, y todas las áreas de conocimiento que afectan a la vida de las personas.

Lo cierto es que su indignación irá por el lado del feminismo, porque creerá que en todos los ámbitos de la vida ese tema tiene una enorme repercusión.

Mostrará reiteradamente el ejemplo de Islandia como la única salida a una crisis que procede del exceso de testosterona de aquellos que juegan con el dinero y el futuro de la humanidad a la ruleta.

Su lema de que la población se volvería participativa si se la dejara, saldrá adelante gracias al esfuerzo de muchísimas personas, y Mónica también se implicará enormemente en ello.

Incluso muchos profesores universitarios, comprobando que están llevando a cabo importantes labores de investigación, saldrán de sus aulas para participar del conocimiento, que ya nunca más será propiedad de unos pocos.

Aunque habría que decir pocas, y esa será una lección que la mayoría tardará aún muchos años en aprender.

Claro que no todo el mundo estará interesado en poner en práctica el saber en beneficio de todos.

Pero serán muchos los que se mantengan activos políticamente a partir de ese 15 de mayo, y gracias a ellos se mejorará la política española a largo plazo.

Pero tendrán que aparecer problemas reales y muy graves para que los afectados acudan a los grupos de trabajo que llevaban años ofreciendo soluciones.

Por ejemplo, cuando el personal sanitario pierda sus derechos y deje de cumplir sus deberes en la guerra contra la administración pública por la privatización del sector, desde los barrios hasta el conjunto de la nación se irán promoviendo campañas de cuidados a personas enfermas sin necesidad de acudir a los hospitales.

Y es que muchos de ellos se cerrarán al público, aún habiendo pertenecido al Estado incluso antes de la democracia, para atender tan sólo a pacientes privados a cambio de cuantiosas sumas de dinero.

Pero tras décadas de inacción por parte de la mayoría de la población, aún siendo afectados directamente por el paro, los desahucios, la falta de atención sanitaria y la rebaja en las pensiones, al final logrará modificarse la Ley de Partidos.

Así la mayoría de los votantes de los dos partidos que llevaban años disputándose vergonzosamente el poder pasarán al Partido Democracia Real.

Entonces, ya con todo el pelo blanco, y tras muchísimos años de activismo político, se presentará a las elecciones, y ocupará un escaño que le servirá para decretar, en nombre de la Constitución, la igualdad sexual adoptando el género femenino para los plurales relativos a las personas.

Eso llevará a cambiar el vocabulario en todos los documentos públicos, y costará un enorme esfuerzo, pero para ella representará el primer paso para lograr la igualdad, la libertad y la fraternidad entre los sexos, creados para permanecer unidos también por el lenguaje.

Y al lograrlo se siente una revolucionaria salvadora de la humanidad.

Manu cree que esa noche tiene muchas cosas interesantes que decir, y le gustaría escribirlas, pero será incapaz.

El pobre sólo se atreverá a expresar sus ideas en la intimidad, y frente a una mujer, a poder ser perdidamente enamorada de él, como antes hacía con Muriel y ahora con Mónica.

Con ella tendrá mucha suerte, porque siempre estará pendiente de él, como si se tratara de su bebé indefenso.

Y cuidándole se sentirá realizada y dichosa, como todas las madres lo son durante la época de crianza.

Al menos ese niño adoptivo será suyo, y no propiedad del hombre que haya adquirido los derechos de propiedad de su vagina.

Ella será muy feliz a su lado, aunque él no tanto, ya que sus fobias sociales se irán agigantando hasta torturarle.

Para empezar tendrá celos de su intensa acción social, iniciada el 15 de mayo que se conocieron.

Especialmente porque habrá siempre varones dispuestos a seguirla como si se tratara de una líder simplemente por ser bella y además tener el don de la cortesía.

Pensará de ella que se trata de una rara especie de gentlewoman, de caballera, o incluso de Quijota.

Pero eso, en lugar de enorgullecerle, le fastidiará, y mucho.

Un joven director de cine, loco perdido por ella, como todos los demás, le ofrecerá protagonizar su segunda película, y afortunadamente para él no aceptará.

Entonces, tratando de engatusarla, le propondrá participar como guionista; y en ese caso él tendrá que oponerse tajantemente a que trabajen juntos, a menos que le dejen a él entrar en ese juegucito.

En el fondo sus películas le gustarán, pues se parecen un poco a las de Godard, siempre con mujeres maltradas de fondo, y guapas además.

Al principio dará clases de francés en una academia, pero debido a sus ataques de pánico frente a la gente, pues le parecen monstruos sedientos de mal, abandonará el trabajo.

Mónica lo comprenderá porque le ama, y tratará de apoyarlo durante los casi diez años que permanecerán juntos, manteniéndose gracias al dinero de su madre, a la que tendrá que cuidar obligatoriamente por ser la única mujer de la familia.

Al menos él se llevará bien con su suegra, porque le interesa, y de ella depende para poder dedicarse exclusivamente a lo que le apasiona, la lectura y las exposiciones.

Mientras se encuentre enamorado, no se sentirá atrapado por la monotonía de una vida en el fondo tan burguesa como la del resto, aunque al menos sin necesidad de enfrentarse a los problemas cotidianos gracias a Mónica.

Pero tras una crisis, la que sufren todas las parejas cuando la atracción sexual comienza a disminuir y el deseo a aplacarse, lamentará el encontrarse atrapado en una ciudad extranjera.

Entonces, ya que Muriel se había divorciado y madurado, como se verán todas las navidades en Lyon, aprovechará que sigue aún perdidamente enamorada de él para garantizarse una vida más confortable.

Ella será quien se ocupe de los gastos y las tareas del hogar, como Mónica, y también de todo lo relativo a sus dos hijos.

Él sólo tendrá que dedicarse a seguir acumulando riqueza cultural y mostrar una gran sensibilidad para satisfacerla.

Cada noche, al irse a dormir, cree que tiene muchas cosas que decir, y le gustaría expresarlas, aunque nunca se atreverá a hacerlo.

Malaika se enfrenta a la fuerza policial, y aquel 15 de mayo resistirá hasta el final. Nadie comprenderá de donde procede su valor, pero ella, ante todo persona, había nacido ya indignada contra la perversión humana, pues su madre, una pobre emigrante

cubana en Nueva York, había sido estafada por un vil maricón.

En el fondo creará que la mayoría de los hombres así, y que incluso los árabes, a los que se considera peores, no lo son tanto como nos hacen creer los medios de comunicación.

La muestra será su cuñado se mostrará cada vez más cariñoso con sus sobrinos y su hermana, que al lado de muchas que se creen las reinas del mambo, parecerá una princesa, siempre sonriente y con una melena larga negra lustrosa.

Según él, la lujuria, la avaricia, la hipocresía y todo lo demás, destruirá la poca fe que nos queda en el amor, la bondad y la verdad.

El problema de la tiranía procederá de la falta de control de los apetitos, también llamada templanza o moderación, pues será lo único que permitiría garantizar la paz y la libertad, el pluralismo y la soberanía del demos; es decir, la democracia.

Sin sus sesiones de BDSM, tan recorfortantes, no sería capaz de enfrentarse a tanto mal, pero gracias a ellas lo hará.

Seguirá castigando a los pequeños y a los grandes pecadores gracias a su divina profesión, ya que considerará que la maldad de las personas se origina siempre en su alma; es decir, sus genitales.

Considerará que un tsunami permanente de testosterona, promovido para generar productividad laboral y consumista, se encuentra arrasando a la humanidad.

Al menos todavía existirán paraísos al margen de la perversión sexual llevada al paroxismo, y uno de ellos será el arte por el arte; es decir, sin buscar ningún tipo de retribución más que el placer de ejecutarlo, como así debiera ser hacer el amor.

En realidad se sentirá una verdadera artista, y llegará a ser conocida por su importante labor frente a las fuerzas de seguridad.

Un buen día, tras darse cuenta de que la indignación ciudadana no hace más que aumentar en vano, porque los despliegues policiales serán cada vez mayores, se le ocurrirá enfrentarse a ellos empleando las mismas armas.

Entonces, aún sabiendo que va a convertirse inmediatamente en un fenómeno mediático, aparecerá delante de los cordones policiales frente al parlamento vestida de rojo desde la punta de los tacones a la de los pelos de la peluca.

Como todos aquellos chiquillos inflados a hormonas estarán acostumbrados a masturbarse adorando a mujeres de ese estilo en revistas o en internet, en el fondo la amarán tanto que serán incapaces de mover un dedo.

Y una vez desarmados, los manifestantes podrán acceder hasta los gobernantes y exponerle sus quejas libremente.

En el fondo, los propios políticos, a excepción de algunos psicópatas ultracatólicos que obedecen ciegamente a un todopoderoso viejo con faldas, se sentirán igual de afectados por la tiranía global, y tratarán finalmente de enfrentarse a Alemania.

Los españoles, como siempre, lo harán de un modo mucho menos enérgico que en Francia, donde se producirá prácticamente una revolución, y de ahí el conflicto se extenderá a su amado eterno enemigo.

Entre el país femenino y el masculino por excelencia se armará la gorda, y al final vendrán los puritanos estadounidenses a imponer su modelo de paz; es decir, de violencia inhibida, o de sexo violento reprimido hasta la saciedad.

Pero Malaika resistirá, enfrentándose a las fuerzas del maligno engendradas por el hambre y la sed de amor más exacerbadas de la historia de la humanidad.